

AQUILES

EL SEÑOR DE LOS BARCOS NEGROS



SALVADOR RANGEL ABUD

AQUILES, EL SEÑOR DE LOS BARCOS NEGROS

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Antes de que existiera la leyenda, existió el hombre. Y el hombre era más complicado, más contradictorio y más humano que cualquier cosa que los poemas hayan podido capturar en tres mil años de transmisión. Esta novela es la historia de Aquiles despojada de la mitología que la recubre: no el semidiós invulnerable cuyo único punto débil es un talón olvidado en el río del infierno, sino el hijo de un rey modesto de Tesalia y de una mujer de procedencia incierta que dedicó su vida a construir en ese hijo algo que pudiera sobrevivir en el mundo que le esperaba. Es la historia del guerrero más veloz de su generación que descubrió, en el centro de la guerra más famosa de la Antigüedad, que la velocidad no era suficiente para lo que realmente importaba. Es la historia de una amistad entre Aquiles y Patroclo que sostuvo a ambos durante años y cuya pérdida destruyó lo que la guerra no había podido destruir. Es la historia de Briseida, la cautiva anatoliense que le mostró el mundo desde el lado que él estaba destruyendo. Y es, sobre todo, la historia de cómo un hombre que buscaba la gloria descubrió que la gloria era una abstracción y que lo que era real eran las personas que lo veían completamente. Narrada contra el telón de fondo del colapso de la Edad del Bronce, con las mini historias de Tetis, Patroclo, Agamenón, Helena, Héctor, Andrómaca, Briseida y Príamo integradas como digresiones dentro de la gran historia del héroe, esta novela intenta recuperar lo que los poemas perdieron cuando convirtieron a un hombre en un mito: la carne, la duda, el amor y la humanidad.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones de combate y violencia bélica propias del contexto histórico de la Edad del Bronce, incluyendo la muerte en batalla de personajes relevantes. Aborda también la captura y la condición de las personas reducidas a botín de guerra en el mundo micénico, sin romantizar esa condición pero sin eludir su realidad. El tratamiento del duelo, la pérdida y la violencia es sobrio y sin complacencia. No hay contenido sexualmente explícito.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Aquiles, el señor de los barcos negros
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Novela histórica desmitificada
Ambientación: El Mediterráneo oriental, siglo XIII antes de nuestra era
Estructura: Prólogo, quince capítulos y epílogo
Extensión aproximada: Novela de extensión completa
Idioma: Español
Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Aquiles existió, o algo suficientemente parecido a él como para que tres mil años de poesía lo hayan recordado. Lo que no existió de la manera en que los poemas lo describen era la invulnerabilidad, la motivación exclusivamente gloriosa, la ausencia de duda. Los hombres que hacen cosas extraordinarias en el mundo real son personas completas, con todo lo que la completitud implica: contradicciones, aprendizajes, momentos donde son algo menos de lo que se supone que deben ser y momentos donde son algo más. Esta novela no pretende saber con precisión lo que Aquiles pensaba o sentía, porque nadie puede saberlo tres mil años después. Pretende algo más modesto: mostrar el tipo de persona que habría podido ser alguien que hizo lo que hizo y vivió lo que vivió, en el mundo en que lo vivió, con las personas con quienes lo compartió. Los errores históricos son del autor. Las verdades históricas pertenecen a los historiadores que han reconstruido la Edad del Bronce con una paciencia y una erudición que esta novela intenta honrar sin pretender igualar.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen modificaciones a la obra.

PALABRAS CLAVE

Novela histórica, Aquiles, guerra de Troya, Edad del Bronce, desmitificación, Grecia micénica, Héctor, Troya, Patroclo, Briseida, literatura histórica, épica desmitificada, mundo antiguo, Mediterráneo oriental

TEMAS PRINCIPALES

La diferencia entre la gloria abstracta y los valores concretos que las personas reales encuentran en sus vidas. El colapso de los sistemas complejos y su relación con los conflictos bélicos que esos sistemas

generan. La amistad como la relación que define quién uno es más completamente que ninguna otra. La guerra vista simultáneamente desde ambos lados de las murallas, con la humanidad de cada bando igualmente visible. La manera en que las historias que los pueblos transmiten sobre sus héroes dicen tanto sobre las necesidades de quienes las transmiten como sobre las personas reales que las originaron. El precio real de la guerra, medido no en territorios ni en riquezas sino en las personas que moldea y destruye. La posición de las mujeres en el mundo micénico: sus restricciones reales y su inteligencia real funcionando dentro de esas restricciones.

CITAS DESTACADAS

"Los hombres que observaban esos resultados sin entender sus causas crearon las explicaciones que tenían disponibles. Un origen divino. Una protección sobrenatural. La leyenda hizo el resto."

"Aquiles combatía por la gloria. Héctor combatía por esas caras. La diferencia entre esas dos motivaciones no haría que ninguno de los dos combatiera peor. Los haría combatir de maneras distintas, con distintas resistencias y distintas vulnerabilidades."

"El miedo no es una razón para no hacer lo que hay que hacer. Es simplemente una información sobre el costo de hacerlo."

"Hay una diferencia entre ganar una guerra y ser el tipo de persona que uno quiere ser."

"Lo que ocurre no puede no haber ocurrido. Eso también es una forma de permanencia. Eso también es suficiente."

COMPARACIONES LITERARIAS

Aquiles, el señor de los barcos negros comparte con La canción de Aquiles de Madeline Miller la voluntad de humanizar al héroe homérico y de explorar las relaciones que lo definen más allá del combate, aunque esta novela adopta un registro más histórico y menos lírico, con mayor atención al contexto geopolítico del colapso de la Edad del Bronce. Con las novelas históricas de Arturo Pérez-Reverte, particularmente Alatriste y Trafalgar, comparte el narrador omnisciente con conciencia histórica, la atención a los mecanismos reales del poder y la guerra, y la prosa que combina la amplitud panorámica con el detalle íntimo. Con El nombre de la rosa de Umberto Eco comparte la voluntad de colocar una historia de personas específicas dentro de un contexto histórico y filosófico que le da a esa historia resonancias que van más allá de sus personajes individuales.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué medida la educación que Tetis dio a Aquiles fue un regalo y en qué medida fue una carga? ¿Habría Aquiles elegido ser lo que fue si hubiera tenido opciones diferentes? ¿Es la amistad entre Aquiles y Patroclo una historia de amor en el sentido más amplio del término, o es algo que requiere categorías diferentes? ¿Por qué Héctor eligió enfrentar a Aquiles cuando sabía que probablemente perdería? ¿Qué dice sobre Agamenón el hecho de que su decisión más costosa fuera también la más calculada? ¿Qué habría pasado con Aquiles si Patroclo hubiera sobrevivido? ¿Es la humanización de los héroes míticos una forma de respeto hacia ellos o una forma de reducirlos?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Aquiles, el señor de los barcos negros*. México, 2025. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que se encuentran *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado*, *Esto es lo que hicimos de México*, *Oro viejo*, *Tormenta de arena en el Hotel Al-Rashid* y *Un intruso en la red*, entre otras.

MENSAJE FINAL

Esta novela nació de una convicción simple: que los hombres reales son siempre más interesantes que los héroes que los sustituyen en la memoria colectiva, aunque sean menos útiles para las funciones que la memoria colectiva necesita que sus héroes cumplan. Aquiles fue inmortal porque los poetas lo hicieron inmortal. Pero antes de ser inmortal fue una persona que nació en las tierras frías de Tesalia, que aprendió lo que pudo aprender en el tiempo que tuvo, que amó a las personas que amó de la manera en que pudo amarlas, y que murió antes de que el aprendizaje terminara. Esa historia, la historia del hombre y no del héroe, es la que estas páginas han intentado contar. No mejor que Homero. De otra manera. Desde más cerca del suelo donde los pies dejan huella.

ÍNDICE

Prólogo:	La cima del mundo antes del abismo
Capítulo 1:	El hijo de Tetis
Capítulo 2:	El exiliado y el príncipe
Capítulo 3:	La red del mundo
Capítulo 4:	El joven rey
Capítulo 5:	Helena y el juramento que cambió el mundo
Capítulo 6:	Los barcos negros zarpan
Capítulo 7:	Las primeras costas
Capítulo 8:	Héctor, el escudo de Troya
Capítulo 9:	Briseida
Capítulo 10:	La cólera
Capítulo 11:	El peso de la ausencia
Capítulo 12:	La muerte de Patroclo
Capítulo 13:	El cazador y la presa
Capítulo 14:	Príamo en la noche

Capítulo 15: La flecha y la leyenda
Epílogo: Lo que los poetas no cantaron

AQUILES, EL SEÑOR DE LOS BARCOS NEGROS
Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La cima del mundo antes del abismo

El Mediterráneo oriental, siglo XIII antes de nuestra era

Antes de que existiera la leyenda, existió el mundo que la hizo posible. Y ese mundo, en el siglo en que nació el hombre que estas páginas intentan rescatar de la hojarasca de los poemas, era el más complejo y el más próspero que los seres humanos habían construido hasta entonces. Conviene mirarlo desde lejos antes de acercarse al hombre, porque sin ese mundo el hombre no se entiende, y porque ese mundo, como el hombre, estaba a punto de desaparecer sin que nadie que viviera en él pudiera verlo completamente.

Al imaginar al Mediterráneo oriental visto desde la altura de un dios, si es que los dioses tienen esa paciencia, podría verse un mar interior que parece pequeño en los mapas de las civilizaciones que vendrán después pero que en el siglo XIII antes de nuestra era es el centro del universo conocido.

Por sus aguas navegan constantemente barcos cargados de mercancías que conectan mundos que de otra manera nunca se tocarían: el cobre de Chipre que se convierte en armas en los talleres de Ugarit, el estaño que llega desde regiones tan remotas que los mercaderes que lo transportan no saben con precisión de dónde viene, el aceite de oliva de las islas griegas que termina condimentando la comida de familias en el delta del Nilo, la madera del Líbano que se convierte en barcos en los astilleros del Egeo que

transportarán más madera y más aceite y más cobre en un circuito que se alimenta a sí mismo con la eficiencia de las cosas que han aprendido a funcionar durante generaciones.

No hay mapas que representen ese comercio en el sentido en que los hombres posteriores entenderían la cartografía. No hay instituciones internacionales que lo regulen. No hay moneda común que facilite los intercambios. Lo que hay es algo más antiguo y más resistente que cualquiera de esas invenciones: la red. Una red de relaciones construida durante siglos entre mercaderes, navegantes, diplomáticos y gobernantes que han aprendido que la prosperidad de uno depende de la prosperidad de los otros. Una red tan densa que ningún nudo puede romperse sin que el efecto se propague hasta los extremos más alejados.

En los palacios micénicos de la Grecia continental, escribas de uñas manchadas de arcilla registran en tablillas con un sistema de signos que las generaciones posteriores tardarán tres mil años en descifrar el tributo que cada ciudad subordinada debe entregar, el número de ruedas de queso que han llegado del campo, la cantidad de vino que se distribuirá en las próximas fiestas religiosas.

Los reyes de Micenas, de Tirinto, de Pilos, de Tebas, gobiernan desde fortalezas de piedra construidas con bloques tan enormes que las generaciones que vengan después los atribuirán a gigantes, porque les resultará más fácil imaginar gigantes que aceptar que unos seres humanos corrientes tuvieran la voluntad y la organización necesarias para moverlos.

En los puertos de Siria, mercaderes que hablan simultáneamente cuatro lenguas distintas negocian cargamentos que han atravesado medio mundo conocido. En las ciudades hititas de Anatolia, diplomáticos redactan en cuneiforme acuerdos de paz y alianzas comerciales con un protocolo tan elaborado que no tiene nada que envidiarle a los tratados de cualquier época posterior.

En Egipto, los escribas de Ramsés registran las llegadas de los barcos extranjeros con la meticulosidad de quien sabe que la prosperidad del reino depende en parte de esa información.

Todo funciona. Todo está conectado. Y es precisamente esa interconexión, esa dependencia mutua construida durante siglos de prosperidad acumulada, la que hace al sistema extraordinariamente vulnerable. Porque las redes no se rompen por los extremos. Se rompen por los nudos.

Las primeras grietas son invisibles para quienes las observan desde adentro. Un invierno más frío de lo habitual en las mesetas del interior de Anatolia que reduce las cosechas. Una ruta comercial que se vuelve insegura durante meses por razones que los mercaderes que la usan no terminan de entender. Una ciudad que deja de responder a los mensajes diplomáticos sin una explicación clara. Tomadas por separado, estas cosas son anomalías. Acumuladas durante años, son el principio del fin de una civilización.

Pero eso es algo que nadie hace tres mil trescientos años sabe todavía. O si alguien lo sospecha, no tiene palabras para decirlo, porque las palabras para describir el colapso de un sistema complejo no existen hasta que el sistema ya ha colapsado y alguien puede mirar hacia atrás y darle nombre a lo que ocurrió.

Lo que los hombres de ese siglo sí pueden ver, si tienen ojos suficientemente atentos, es que el mundo está cambiando. Que hay cosas que eran sólidas y que empiezan a temblar. Que hay prosperidades que se daban por garantizadas y que de pronto no lo son tanto. Que los barcos llegan con menos frecuencia. Que los mercados tienen días en que los puestos están medio vacíos. Que los jóvenes que salen a buscar fortuna en ciudades lejanas tardan más tiempo en regresar, y algunos no regresan.

En ese mundo de prosperidad amenazada y de grietas que todavía no se llaman grietas, existe una ciudad que concentra todos los elementos de la época con la intensidad de quien ha sido construida específicamente para eso.

Los habitantes de Anatolia la llamaban Wilusa. Los griegos la llamarían Troya. Y antes de hablar del hombre que estas páginas tienen por protagonista, conviene detenerse en ella, porque entender a Aquiles sin entender a Troya es como intentar entender el rayo sin entender la tormenta de la que procede.

La historia de Troya es, en su forma más sencilla, la historia de un lugar inteligente.

No inteligente en el sentido en que los hombres hablan de inteligencia cuando se refieren a las personas. Inteligente en el sentido en que lo son los organismos que han aprendido a adaptarse a su entorno con una precisión que supera cualquier planificación consciente.

Troya no fue grande porque algún gobernante extraordinario la hiciera grande. Fue grande porque la posición que ocupaba en el mundo la obligó a serlo, y porque las personas que la habitaron durante generaciones tuvieron la lucidez suficiente para entender lo que la geografía les ofrecía y aprovecharlo.

Una colina. Un estrecho. Dos continentes a un lado y al otro.

Eso es lo que vieron los primeros agricultores que se instalaron en ese lugar, probablemente sin saber exactamente lo que veían. Construyeron casas de barro y madera, cultivaron lo que la tierra producía, pescaron en las aguas cercanas como habían hecho incontables comunidades antes que ellos. No tenían ninguna razón para pensar que estaban fundando algo distinto de lo que habían fundado antes que ellos.

Pero la colina estaba donde estaba. Y el estrecho que se veía desde ella era el único paso entre el mar Egeo y las inmensas aguas del norte que los griegos llamarían Ponto. Todo barco que quisiera atravesar esa frontera tenía que pasar por delante de esa colina. Todo mercader que quisiera

llegar desde las costas del mar Negro hasta el Mediterráneo tenía que navegar por esas aguas. Todo ejército que quisiera mover tropas entre Anatolia y Europa por ruta marítima tenía que rozar esa orilla.

Las generaciones que siguieron a los primeros agricultores comprendieron esto con la lentitud con que se comprenden las cosas importantes: no de golpe sino por acumulación. Un año en que alguien cobró un pequeño tributo a un barco que pasaba. Una temporada en que se ofreció refugio a los navegantes que llegaban antes de las tormentas y se descubrió que los navegantes pagaban bien por ese refugio. Una generación en que se construyó el primer almacén para guardar las mercancías que los barcos dejaban en consigna mientras cruzaban el estrecho con cargas más ligeras.

Pequeñas decisiones, cada una de ellas razonable, cada una de ellas modesta. Pero acumuladas durante siglos producen algo que ninguna de esas decisiones individuales anticipaba: una ciudad que no puede ser ignorada por nadie que quiera prosperar en el Mediterráneo oriental.

Así creció Troya. No por conquista sino por posición. No por la fuerza de sus ejércitos sino por la lógica implacable de su geografía. Y así fue moldeando su carácter, que era el carácter de los lugares que prosperan porque saben que les conviene que todo el mundo prospere: abierta a los extranjeros porque los extranjeros traen mercancías, respetuosa con las tradiciones ajenas porque las tradiciones ajenas son los códigos que abren los mercados, defensiva cuando era necesario porque ninguna prosperidad dura sin murallas que la protejan.

En el siglo en que nació el hombre que estas páginas narran, Troya había alcanzado la séptima versión de sí misma. Cada una de las anteriores había sido destruida por terremotos, incendios o guerras y reconstruida sobre los escombros de la anterior, como si la ciudad supiera que lo que importaba no era el edificio sino el lugar, y que el lugar siempre valdría la pena reconstruir.

La séptima Troya era la más grande y la más compleja. Sus murallas eran lo suficientemente altas y lo suficientemente gruesas como para que los ingenieros militares de cualquier ejército de la época las miraran con respeto. Sus almacenes contenían mercancías llegadas de centenares de lugares distintos. Sus mercados eran un resumen del mundo conocido donde podían escucharse media docena de lenguas distintas en un solo día. Sus calles olían a especias de Oriente, a cuero trabajado de Anatolia, a vino de las islas, a madera de los bosques del norte.

Y sus gobernantes, encabezados por el anciano Príamo que llegaría a la historia envuelto en la tragedia de sus últimos años, habían aprendido el arte más difícil de todos los que exige el poder: mantenerse en el centro de la red sin volverse prescindibles para ninguno de sus nudos.

Pero Troya, como todo lo que ha alcanzado la cima, atraía las miradas de quienes no estaban en ella.

Al otro lado del Egeo, en la Grecia continental, los reinos micénicos observaban esa prosperidad con una mezcla de admiración y codicia que es el sentimiento más antiguo de la política internacional. Los reyes de Micenas, de Argos, de Pilos, de Esparta conocían el valor de Troya porque dependían de ella: cada temporada mandaban barcos que pagaban los peajes del estrecho, que almacenaban mercancías en los depósitos troyanos, que negociaban con los intermediarios que la ciudad mantenía para facilitar el comercio con las regiones interiores de Anatolia. Sabían perfectamente lo que Troya valía porque le pagaban por ello.

Y sabían también lo que significaría poseerla.

Entre todos los gobernantes aqueos que contemplaban esas murallas con ese sentimiento mezclado, ninguno lo sentía con la intensidad que lo sentía Agamenón de Micenas.

La historia de Agamenón comienza donde comienzan todas las historias de los hombres poderosos que lo son demasiado: en una infancia que no tenía por qué serlo. La familia de los Atridas, los gobernantes de Micenas, había construido su grandeza sobre una sucesión de crímenes que los poetas posteriores envolverían en maldiciones divinas porque atribuirlos simplemente a la ambición humana resultaba demasiado perturbador.

El padre de Agamenón, Atreo, había llegado al trono de Micenas a través de una historia de traiciones y venganzas que había dividido a la familia durante generaciones. Su hermano Tiestes, su propio linaje, una serie de actos que el pudor de épocas posteriores prefirió cubrir con el manto de la intervención de los dioses.

Agamenón creció en ese entorno. Aprendió desde niño que el poder era frágil, que los aliados de hoy podían ser los enemigos de mañana, y que la única manera de conservar lo que se tenía era estar dispuesto a hacer lo que los demás no estaban dispuestos a hacer. No se convirtió en un hombre cruel porque disfrutara de la crueldad. Se convirtió en un hombre duro porque la dureza era lo que había que ser para sobrevivir en el mundo que le había tocado.

Cuando finalmente consolidó su posición como rey de Micenas, Agamenón tenía ya la mirada del hombre que ha visto demasiado como para sorprenderse por nada y la ambición del hombre que ha perdido demasiado como para conformarse con lo que tiene. Y lo que tenía era mucho. Pero lo que veía al otro lado del mar era más. Él veía a Troya y la quería para él.

No la quería destruir. Eso sería un malentendido que los siglos han perpetuado. Los hombres inteligentes no quieren destruir las fuentes de riqueza. Las quieren controlar. Agamenón miraba Troya y veía lo que cualquier gobernante con visión estratégica habría visto en su lugar: el nudo más importante de la red más valiosa del mundo conocido. Quien lo controlara no necesitaría conquistar nada más. Todo lo demás llegaría solo.

Solo necesitaba un pretexto...Y el pretexto, en el mundo micénico, siempre terminaba llegando.

Mientras Agamenón calculaba en Micenas y Príamo gobernaba en Troya y los mercaderes continuaban su incesante circulación por las rutas del Mediterráneo, en una región fría del norte de Grecia que los aqueos llamaban Tesalia ocurrió algo que en apariencia no tenía ninguna relación con ninguna de esas grandes historias.

Una mujer de procedencia incierta dio a luz un niño.

La mujer se llamaba Tetis, aunque ese nombre diría poco a quien no conociera las historias que circulaban sobre ella en la corte de Ptía. Era la esposa de Peleo, señor de aquellas tierras, un rey de segunda categoría en el orden de los reinos aqueos, suficientemente poderoso para mantener su independencia pero no tanto como para aspirar al liderazgo regional.

Peleo la había deseado desde la primera vez que la vio y se había casado con ella a pesar de los rumores, o tal vez precisamente por ellos, porque los hombres como Peleo suelen confundir lo que los demás temen con lo que merece ser tenido.

Los rumores sobre Tetis eran muchos y contradictorios, pues algunos la situaban en una estirpe de sacerdotisas vinculadas a cultos marinos anteriores a los dioses olímpicos, otros hablaban de conocimientos medicinales que las civilizaciones palaciegas habían perdido en su carrera hacia la complejidad y los más supersticiosos, preferían creer que no era completamente humana y dejaban el resto a la imaginación de quien los escuchara.

Tetis se instaló en el palacio de Ptía con Peleo, que quería una esposa convencional que gobernara su casa, le diera herederos y apareciera con la dignidad apropiada en las ceremonias públicas. Lo que obtuvo fue algo que no sabía cómo nombrar con las palabras que tenía disponibles.

Cuando nació el niño, Tetis tomó el control de su crianza con una determinación que no admitía discusión. Nunca hubo laguna Estigia. No hubo inmersión en aguas mágicas ni talón olvidado que quedaría como el único punto vulnerable de un cuerpo de otro modo invencible. Todo eso fue fantasía que los hombres siglos después cantarían como una historia que necesitaban para tener una imagen que explicara lo inexplicable, que es la combinación de extraordinaria resistencia física y mortalidad inevitable, y la imagen que encontraron era hermosa y era falsa.

Lo que hubo en Ptía fue una mujer que quiso hacer de su hijo alguien diferente. Y eso fue lo que los hombres pudieron observar sin entender sus causas y creando las explicaciones que tenían disponibles. Un origen divino. Una protección sobrenatural. Una invulnerabilidad que era casi completa pero no completamente, porque la muerte tenía que poder llegar de alguna manera para que la historia tuviera el final que las historias necesitan.

El niño se llamaba Aquiles.

Y lo que Tetis sabía, y que no podía decirle a nadie porque las palabras para decirlo no existían en el mundo en que vivía, era que había traído al mundo

a un ser humano completamente mortal. Que todos sus cuidados, toda su ciencia y toda su determinación podían hacer de él alguien extraordinariamente difícil de matar, pero no imposible de matar. Que la diferencia entre casi invulnerable y completamente mortal es la diferencia que importa cuando llega el momento en que importa.

Y que ese momento, lo sabía con la certeza de quien ha visto demasiado mundo como para engañarse a sí misma, llegaría alguna vez.

El prólogo de esta historia podría cerrarse aquí, con el niño recién nacido en brazos de una madre que ya sabe demasiado sobre lo que le espera. Pero hay una última imagen que la honestidad obliga a poner antes de que el relato empiece.

En Troya, en ese mismo año o en uno cercano que la imprecisión de los registros de la época no permite determinar con exactitud, los albañiles estaban reforzando la séptima versión de las murallas. Añadían piedra sobre piedra con el cuidado de quien construye para durar, con la confianza de quien no tiene razón para dudar de que lo que construye durará. El polvo de la cal se mezclaba con el olor del mar que llegaba desde el estrecho.

Los capataces gritaban órdenes. Los animales de carga subían materiales por las rampas provisionales. La ciudad respiraba con el ritmo de las ciudades que se saben importantes y que actúan en consecuencia.

Nadie en esas murallas sabía que estaban construyendo el último nivel que construirían.

Nadie en el palacio de Ptía sabía que el niño que lloraba en los brazos de Tetis terminaría siendo parte de la razón por la que esas murallas caerían.

Y nadie, ni en Troya ni en Ptía ni en Micenas ni en ninguno de los reinos del Mediterráneo oriental, podía saber que el mundo que todos ellos habitaban estaba a punto de terminar de una manera que haría que todas sus guerras, todos sus tratados y todas sus riquezas parecieran, desde la distancia de los siglos que vendrían después, tan frágiles como la llama de una antorcha al borde del mar en una noche de tormenta.

Lo que quedó fue la leyenda.

Y la leyenda, como todas las leyendas, es la sombra que dejan las cosas reales cuando la luz de su tiempo se apaga.

Esta novela intenta, con la humildad de quien sabe que tres mil años de poesía son una competencia difícil, recuperar algo de lo real que hay detrás de esa sombra. No para destruir la leyenda, que es hermosa y que cumple funciones que la realidad desnuda nunca podría cumplir. Sino para recordar que detrás de ella hubo un hombre. Un hombre que nació en las tierras frías de Tesalia, que corrió más rápido que todos los que corrieron a su lado, que amó a un amigo con una intensidad que hizo imposible sobrevivir a su pérdida, que conoció en medio de una guerra a una mujer que le mostró el mundo desde el lado que él estaba destruyendo, y que murió joven, como

mueren los que viven demasiado deprisa, sin haber terminado de aprender todo lo que el mundo todavía tenía para enseñarle.

Su nombre era Aquiles y ésta es su historia.

No la que cantaron los poetas.

Es la otra...la verdadera

CAPÍTULO 1

El hijo de Tetis

Ptía, Tesalia — Los primeros años

Ptía no era una ciudad que aspirara a la grandeza. Lo sabían sus habitantes, lo sabían los mercaderes que la visitaban de paso hacia puertos más importantes, y lo sabía sobre todo Peleo, su señor, que había aprendido a gobernar ese reino modesto con la eficiencia pragmática de quien entiende que la ambición desproporcionada es el lujo de los que pueden permitirse perder.

Ptía era lo que era: una ciudad de tierras fértiles en el norte de Tesalia, suficientemente poderosa para mantener su independencia frente a los reinos vecinos y suficientemente pequeña para que nadie considerara que la conquista valiera el esfuerzo. Sus graneros nunca estuvieron vacíos. Sus murallas nunca fueron elegantes. Sus reyes nunca aparecieron en las canciones que los bardos componían para los palacios del sur.

Peleo llevaba veinte años gobernando ese equilibrio con la paciencia de quien ha comprendido que la estabilidad es una forma de victoria que los hombres ambiciosos raramente reconocen como tal. Era un hombre de mediana estatura y constitución sólida, con manos que habían sostenido tanto un arado como una lanza y que mostraban las marcas de ambas ocupaciones.

No era un guerrero extraordinario ni un diplomático de primera categoría. Era algo más difícil de encontrar y más valioso para un reino pequeño: era un gobernante capaz de leer la situación con precisión suficiente para no cometer errores mayores, pero hubo uno que sí cometió no por error de cálculo político, sino de corazón, que es siempre el tipo de error más difícil de prever y el más difícil y costoso de corregir.

La primera vez que vio a Tetis fue en el puerto de Yolco, durante las fiestas de primavera que los tesalios celebraban con la religiosidad ambigua de quienes adoran a los nuevos dioses sin haber terminado de olvidar a los antiguos. Ella estaba entre el grupo de mujeres que participaban en los rituales del mar, esos ritos que los aqueos del sur miraban con una mezcla de desconcierto y desprecio porque no entendían del todo a qué divinidad iban dirigidos ni qué tipo de poder pretendían invocar.

Peleo la vio y no pudo dejar de verla. No por la razón habitual que empuja a los hombres hacia las mujeres, aunque eso también estuviera presente,

sino por algo más desconcertante: la certeza de que había algo en ella que no podía clasificar con las palabras que tenía disponibles, y que esa imposibilidad de clasificarla lo atraía más que cualquier cosa que hubiera podido comprender de inmediato.

Preguntó quién era. Las respuestas que recibió fueron variadas y contradictorias, lo cual era en sí mismo una información.

Algunos decían que procedía de una tribu costera del norte, de esas comunidades que vivían en los márgenes del mundo aqueo practicando tradiciones que los grandes reinos habían olvidado o nunca habían conocido. Otros afirmaban que pertenecía a un linaje de sacerdotisas vinculadas a los cultos del mar, una religión más antigua que los olímpicos, más oscura y más cercana a lo que el mar realmente es cuando uno lo mira de noche sin la seguridad de las murallas detrás.

Los más supersticiosos, y en Tesalia había muchos de ese tipo, murmuraban que no era completamente humana, que había algo en sus ojos y en sus manos y en la manera en que el agua parecía comportarse de forma diferente a su alrededor que no podía explicarse con la biología ordinaria.

Peleo escuchó todas esas versiones con la atención del hombre que sabe que los rumores contienen información aunque rara vez contengan la verdad completa. Lo que decidió, finalmente, era más sencillo que cualquiera de esas explicaciones: que quería casarse con ella. Y que si los dioses o los hombres tenían objeciones que presentar, ya las escucharía cuando llegaran.

La boda se celebró con los rituales apropiados para un rey de segunda categoría que se casaba con una mujer de origen incierto. No hubo invitados de las grandes cortes del sur. No hubo bardos famosos que compusieran canciones para el evento. Hubo comida suficiente, vino bueno, las ceremonias que el protocolo exigía y, al final de todo, Tetis instalada en el palacio de Ptía con la actitud de quien ha aceptado una propuesta que no era exactamente lo que habría elegido en un mundo con más opciones disponibles.

Peleo nunca supo con certeza qué fue lo que había acordado cuando se casó con ella. Sospechó, en algunos momentos más lúcidos que otros, que el acuerdo era más complejo de lo que parecía en la superficie. Tetis cumplía con todo lo que la posición de reina de Ptía requería. Gobernaba la casa con una eficiencia que superaba a la de cualquier administrador que Peleo hubiera tenido antes. Trataba a los sirvientes con una justicia que no era exactamente calidez pero que producía una lealtad más duradera que la calidez habitual. Participaba en las ceremonias públicas con la dignidad apropiada. Y, cuando llegó el momento, le dio el hijo que todo rey necesita para que el futuro del reino tenga forma.

Lo que no hizo nunca fue comportarse como si Ptía fuera el lugar donde su historia comenzaba. Había algo en Tetis que sugería siempre una historia anterior, un mundo que existía antes de este palacio y de este rey y de

estas montañas de Tesalia, y que continuaba existiendo en paralelo aunque ella no lo mencionara.

Peleo aprendió a no preguntar por ese mundo. Era más fácil así.

Cuando nació el niño, en el quinto año de su matrimonio, Tetis tomó el control de su crianza con una firmeza que no admitía negociación y que Peleo, con la sabiduría práctica que lo caracterizaba, decidió no intentar negociar. Reconocía cuándo estaba en presencia de una voluntad que superaba a la suya, y en lo que respectaba a ese niño, la voluntad de Tetis era absoluta desde el primer día.

El niño era notable desde antes de que hubiera razón para notarlo. Había en él esa especie de intensidad que ciertos seres humanos traen consigo desde el nacimiento, como si la vida les llegara con más fuerza de la habitual, como si el mundo que percibían fuera más brillante y más ruidoso y más urgente que el que percibían los que los rodeaban. Lloraba menos que otros niños pero cuando lloraba lo hacía con una convicción total que hacía difícil ignorarlo. Observaba todo con unos ojos que parecían almacenar lo que veían con una precisión desconcertante. Aprendía más rápido que ninguno de los otros niños del palacio, y eso era evidente mucho antes de que hubiera algo que aprender en el sentido formal del término.

Tetis vio todo eso y lo catalogó sin emoción visible, con la metodología de alguien que está verificando que un proceso está funcionando según lo previsto. Luego comenzó a trabajar.

Los métodos que empleó para la crianza de Aquiles eran, en el sentido estricto del término, inexplicables para cualquiera que intentara describirlos usando el lenguaje de la medicina micénica. Los curanderos de los grandes palacios del sur usaban cataplasmas de plantas y ungüentos de origen animal y oraciones dirigidas a los dioses de la salud.

Tetis usaba sustancias que nadie en Ptía había visto antes y cuyos ingredientes nunca reveló a nadie, preparadas en procedimientos que realizaba sola en las horas en que el palacio dormía. Las aplicaba sobre la piel del niño con una regularidad y una precisión que sugerían no un ritual sino un protocolo, algo diseñado con un propósito específico y ejecutado con la disciplina de quien conoce exactamente qué resultados está buscando.

Los efectos eran observables por cualquiera que prestara atención. La piel del niño cicatrizaba heridas con una velocidad que los sirvientes que lo cuidaban encontraban perturbadora y que terminaron atribuyendo, con el pragmatismo de las personas que necesitan explicaciones manejables, a la naturaleza especial de su madre. Cuando caía y se golpeaba, como caen y se golpean todos los niños, el moretón desaparecía en la mitad del tiempo que habría tardado en cualquier otro. Cuando le llegaban las fiebres de los primeros años de vida, que llegaban a todos los niños del palacio con la regularidad de las estaciones, en él duraban la mitad que en los demás y producían la mitad de los síntomas.

Tetis observaba todo esto con la serenidad de quien espera los resultados y los encuentra dentro de los parámetros que calculó. No celebraba. No explicaba. Continuaba con el proceso siguiente.

Los ejercicios físicos comenzaron cuando Aquiles tenía tres años, que era antes de lo que cualquier padre micénico habría considerado razonable para empezar a entrenar a un hijo varón. No los ejercicios de los guerreros, que vendrían después, sino algo más fundamental: la construcción sistemática de un cuerpo que respondiera con precisión a lo que se le pidiera.

Carreras cortas que se fueron alargando semana a semana. Equilibrio sobre superficies que se volvían progresivamente más difíciles. Resistencia al frío del agua del río en las mañanas de invierno y al calor de las piedras calentadas al sol en los mediodías del verano. Nada de esto era agradable. Nada de esto era lo que un niño de tres años elegiría hacer con su tiempo. Y sin embargo Aquiles lo hacía, no porque Tetis lo obligara mediante el miedo sino porque había algo en la manera en que su madre le explicaba cada ejercicio, con esa voz que tenía el peso específico de las palabras que no admiten discusión, que producía en el niño la convicción de que lo que hacía era necesario sin que nadie tuviera que decirle exactamente para qué.

Peleo observaba todo esto desde la distancia prudencial que había aprendido a mantener. No lo desaprobaba. Había algo en los resultados que producía ese proceso que hacía difícil desaprobarlo: su hijo crecía más rápido y más fuerte que cualquier otro niño de su edad que Peleo hubiera visto, y en el mundo micénico, donde la fuerza física era una de las variables más importantes del destino de un hombre, eso era difícil de objetar.

Lo que Peleo sí notaba, con la perspicacia modesta pero funcional que le era propia, era que Tetis construía algo en ese niño que iba más allá de la fuerza física. Construía una cierta relación con el dolor. Una manera de habitar el propio cuerpo que no era el endurecimiento brutal que practicaban algunos señores guerreros con sus hijos, esa pedagogía del sufrimiento que producía hombres que no sentían nada pero que tampoco pensaban demasiado.

Era más matizado que eso. Era como si Tetis estuviera enseñando a su hijo a registrar el dolor con precisión sin ser gobernado por él, a conocer los límites de su cuerpo no para ignorarlos sino para saber exactamente hasta dónde podía llegar antes de que esos límites comenzaran a importar.

Las leyendas que se construirían después dirían que Aquiles era invulnerable excepto en el talón. La realidad era más interesante y menos fantástica: era un hombre que había sido entrenado desde la infancia para resistir lo que destruía a los demás, y que esa resistencia, construida pacientemente durante años mediante métodos que nadie más conocía, lo

hacía parecer invulnerable a quien lo observara sin entender el proceso que lo había producido.

Conviene detenerse aquí un momento, porque la leyenda y la realidad van a divergir constantemente a lo largo de esta historia, y establecer desde el principio qué tipo de hombre era Aquiles —humano, extraordinariamente construido, pero humano— es condición necesaria para entender lo que hizo y lo que no pudo hacer.

No era un dios. No era el hijo de una divinidad marina en el sentido sobrenatural del término. Era el hijo de un rey modesto de Tesalia y de una mujer que sabía cosas que los demás no sabían, y esa combinación, más el trabajo sistemático de años, lo convirtió en algo que el mundo de su época no tenía palabras para describir con precisión y que por tanto describió con las palabras que tenía: un héroe. Un semidiós. Alguien a quien los dioses habían dotado de poderes que los mortales ordinarios no podían alcanzar.

Los dioses no tuvieron nada que ver. Tetis lo hizo todo.

Y lo hizo sabiendo que no sería suficiente para lo que vendría.

Aquiles tenía ocho años cuando ocurrió algo que Peleo recordaría el resto de su vida con la claridad específica de los momentos que cambian la manera en que uno ve a alguien. Había una carrera entre los muchachos del palacio, una de esas competiciones informales que surgían espontáneamente en los patios cuando el trabajo de la tarde había terminado y quedaba todavía luz suficiente para moverse. Los muchachos que participaban tenían entre ocho y doce años. La distancia era la del patio principal, de un extremo al otro y de vuelta.

Aquiles ganó con la facilidad de quien no ha tenido que esforzarse del todo. No fue una victoria apretada ni una demostración de superación en el último momento. Fue simplemente más rápido que todos los demás durante todo el recorrido, con esa fluidez en el movimiento que los corredores naturales tienen y que es inconfundible para quien sabe reconocerla.

Lo que Peleo observó después fue lo que le quedó grabado. Aquiles regresó a donde estaba su madre, que lo había visto desde el corredor, y en lugar de la satisfacción o la alegría que habrían mostrado otros niños en su lugar dijo algo que Peleo escuchó sin que ninguno de los dos lo supiera:

—Los demás corrieron todo lo que podían, ¿verdad?

Tetis lo miró durante un momento con esa atención total que dedicaba a su hijo cuando hacía una pregunta que merecía ser tomada en serio.

—Sí —dijo.

Aquiles permaneció en silencio unos instantes, procesando eso con la intensidad que ponía en todo lo que procesaba.

—¿Y siempre va a ser así?

Tetis no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su voz tenía el peso de alguien que elige las palabras porque sabe que van a quedarse.

—No siempre —dijo—. El mundo es grande. Hay hombres que todavía no conoces.

Aquiles asintió. No pareció aliviado ni decepcionado. Pareció, en la medida en que un niño de ocho años puede parecerlo, algo más complejo que ambas cosas: interesado en lo que vendría.

Peleo, que había escuchado sin moverse desde el umbral del corredor, comprendió en ese momento algo que no habría podido articular con palabras pero que sintió con suficiente claridad como para no necesitarlas: que lo que Tetis había construido en ese niño era más grande que Ptía. Que era más grande, probablemente, que todo lo que él mismo había construido en veinte años de gobierno prudente. Y que eso, aunque debería haberlo llenado de orgullo, lo llenaba sobre todo de algo parecido al vértigo.

Porque los padres que crían hijos más grandes que ellos mismos también crían la conciencia de su propia pequeñez, y esa es una carga que no todos los padres están preparados para llevar.

Peleo la llevó en silencio, como llevaba la mayoría de las cosas que no sabía cómo manejar de otra manera. Y mientras la llevaba, su hijo seguía creciendo.

El año siguiente, Tetis tomó una decisión que Peleo no anticipó y que no podría haber anticipado porque no correspondía a ninguna lógica que él conociera. Mandó buscar a Quirón.

No todos en Tesalia sabían quién era Quirón, pero los que lo sabían lo describían con esa mezcla de respeto y cautela que reservaban para las cosas que superaban su capacidad de clasificación. Vivía en los montes Pelión, en esa zona donde las montañas de Tesalia se vuelven más oscuras y más densas y donde los árboles tienen el aspecto de árboles que llevan ahí más tiempo del que la memoria de los hombres alcanza a recordar. No era un sacerdote en el sentido convencional del término, aunque conocía los rituales de una docena de tradiciones distintas. No era un médico, aunque su conocimiento de las plantas y de sus propiedades superaba al de cualquier curandero de palacio. No era un filósofo, aunque pensaba sobre el mundo con una profundidad que habría avergonzado a muchos de los que sí usaban ese título.

Era, en el sentido más preciso disponible, un maestro. Pero un maestro de la especie rara: no de los que enseñan lo que saben sino de los que enseñan a aprender lo que todavía no se sabe.

Las generaciones posteriores lo convertirían en un centauro, mitad hombre y mitad caballo, con todas las implicaciones de fuerza animal y sabiduría humana que esa imagen contiene. La realidad era más sencilla y menos cinematográfica: era un hombre de gran estatura que se movía con una agilidad extraordinaria para su edad, que montaba a caballo con una

intimidad tal que los que lo veían de lejos podían confundirlo brevemente con una sola criatura, y que pertenecía a una tradición de pastores y montañeses que llevaban siglos acumulando conocimientos sobre el mundo natural que las civilizaciones palaciegas, en su carrera hacia la escritura y la administración y el comercio, habían perdido sin darse cuenta de que los perdían.

Sabía cosas acerca de las estrellas, con una precisión que los navegantes aqueos habrían envidiado. Conocía las plantas con la intimidad del que las ha estudiado durante décadas en su entorno natural, no en los jardines controlados de los palacios. Conocía la anatomía de los animales y, por extensión y comparación, la anatomía humana, con un detalle que los médicos de la época no podían igualar porque su acceso al interior de los cuerpos era necesariamente más limitado.

Y conocía algo más difícil de nombrar: el arte de hacer preguntas que los jóvenes no podían responder todavía pero que no podían dejar de intentar responder, que es la única pedagogía que funciona con las personas que ya saben que son más rápidas que quienes las rodean y que por tanto no pueden ser educadas mediante la autoridad sino únicamente mediante el desafío.

Aquiles pasó dos años en los montes Pelión y volvió diferente de como se fue, lo cual es la única evidencia de que una educación ha funcionado.

Había aprendido a curar además de saber como herir, que es una distinción que la mayoría de los guerreros de su época nunca alcanzaban. Había aprendido los nombres de las estrellas y los principios básicos de la navegación por ellas, que en un mundo donde los barcos eran la principal tecnología del poder estratégico era una forma de conocimiento que pocos señores guerreros se tomaban la molestia de adquirir.

Había aprendido a escuchar el silencio del bosque con la atención del cazador que entiende que lo que no se escucha dice tanto como lo que se escucha. Y había aprendido, sobre todo, a tolerar las preguntas sin respuesta con la paciencia que esas preguntas exigen, que es el aprendizaje más difícil de todos y el más raro entre los hombres que han sido contruidos para ser mejores que los demás en todo lo que hacen.

No aprendió la humildad. Eso sería exagerar lo que Quirón podía lograr y lo que la naturaleza de Aquiles permitía. Pero aprendió algo que en la práctica produce resultados similares a la humildad: la consciencia de que el mundo es más grande que cualquier hazaña individual que uno pueda realizar dentro de él.

Cuando regresó a Ptía, Peleo lo miró durante un momento largo y pensó que el muchacho que había enviado a los montes Pelión y el joven que había vuelto de ellos compartían el mismo cuerpo pero no exactamente la misma persona. Eso también era una carga. Pero esta vez, Peleo la encontró más manejable que la anterior.

Porque hay algo reconfortante, aunque sea difícil de articular, en descubrir que el hijo al que uno no entiende del todo está en manos de alguien que sí lo entiende. Y Quirón, eso Peleo lo había comprendido sin necesidad de conocerlo, entendía a Aquiles de la manera en que las personas excepcionales necesitan ser entendidas: no como problemas que resolver sino como posibilidades que desarrollar.

Aquiles tenía doce años cuando regresó de los montes Pelión. El año siguiente llegaría a Ptía un muchacho de su misma edad procedente de otra ciudad tesalia, cargando el peso de una muerte accidental que lo había convertido en exiliado antes de que hubiera tenido tiempo de entender qué significaba vivir sin ese peso.

Su nombre era Patroclo. Y esa es otra historia, aunque en la vida de Aquiles terminaría siendo la misma.

CAPÍTULO 2

El exiliado y el príncipe

Ptía, Tesalia — La llegada de Patroclo

Hay amistades que nacen de la semejanza y amistades que nacen de la diferencia, y entre ambos tipos existe una distinción que los hombres que han tenido la suerte de experimentar los dos reconocen sin necesidad de que nadie se la explique. Las primeras son más fáciles al principio y más frágiles después: dos personas que se reconocen en el otro encuentran un espejo cómodo hasta el día en que el espejo les devuelve algo que no querían ver. Las segundas son más difíciles al principio y más sólidas después, porque lo que las construye no es el reconocimiento sino el complemento, y el complemento no se desgasta con el tiempo sino que se vuelve más necesario a medida que cada uno de los dos va descubriendo con más precisión lo que le falta.

La amistad entre Aquiles y Patroclo pertenecía a la segunda categoría. Tan claramente, tan desde el principio, que incluso quienes los observaban desde afuera sin conocerlos bien podían percibirlo. Lo que tardó más en quedar claro, tanto para ellos como para quienes los rodeaban, era la profundidad de lo que esa diferencia contenía y la manera en que cada uno se convertiría, con el paso de los años, en la única persona que podía dar al otro lo que ningún otro podía dar.

Pero eso vendría después. Antes estaba el principio, que fue todo lo incómodo que los principios de las amistades verdaderas suelen ser.

Patroclo llegó a Ptía en el otoño del año en que Aquiles cumplió trece, cuando las montañas de Tesalia empezaban a ponerse del color específico del final de las cosas, ese amarillo que no es tristeza sino simplemente el reconocimiento de que los ciclos son reales y que lo que termina lo hace para dar paso a lo que viene. Llegó acompañado de dos sirvientes de su padre y de muy poco más: una mudanza modesta que correspondía a la

situación modesta de quien no sabe cuánto tiempo va a quedarse en ningún lugar y que por tanto no tiene sentido cargar con demasiado.

Su nombre era Patroclo, hijo de Menetio, y antes de que esa historia importara por lo que era en sí misma conviene entender el mundo del que procedía, porque los hombres son siempre también el mundo que los formó, y el mundo que formó a Patroclo era uno que no aparecía en los grandes poemas pero que existía con la misma concreción que Micenas o Esparta o cualquiera de los reinos cuyo nombre conocían todos.

La familia de Menetio pertenecía a esa extensa categoría de la aristocracia micénica que era suficientemente noble para tener obligaciones pero no suficientemente poderosa para tener realmente opciones. Habían servido durante generaciones como oficiales militares, administradores locales y aliados de los reinos más grandes de la región, acumulando una reputación de competencia y fidelidad que les garantizaba respeto sin garantizarles influencia. Menetio administraba un territorio de dimensiones modestas en Lócride con la eficiencia de quien ha aceptado que sus límites son los que son y que dentro de ellos puede hacerse un trabajo honesto.

Había depositado en su hijo Patroclo las esperanzas moderadas que un hombre razonable deposita en un hijo que promete: que creciera sano, que aprendiera a manejar las armas con competencia, que desarrollara el tipo de carácter que permitía a los hombres de su clase moverse con dignidad en el mundo que les había tocado. No era una ambición pequeña en términos de lo que realmente importaba, que era la construcción de una vida que se pudiera sostener. Era simplemente una ambición que no incluía la grandeza, porque Menetio era suficientemente lúcido para saber que la grandeza no se planea sino que ocurre o no ocurre, y que planear para ella en lugar de planear para la competencia y el carácter es la manera más eficaz de no conseguir ninguna de las dos cosas.

Patroclo, por su parte, creció con la conciencia clara de lo que se esperaba de él y con la disposición genuina de un muchacho que no encontraba esas expectativas ni opresivas ni insuficientes. Era un niño serio sin ser sombrío, capaz de reírse de las cosas que merecían risa pero no de las que no la merecían, lo cual lo distinguía de la mayoría de sus contemporáneos en ambas direcciones. Aprendió a manejar la espada y la lanza con la competencia que su posición requería, no con el brillo del guerrero nato pero sí con la solidez del que ha entendido que el combate es una técnica y que las técnicas se aprenden mediante la práctica sistemática. Aprendió a montar, a cazar, a leer los signos que los administradores usaban para registrar los tributos y los inventarios. Y aprendió, sobre todo, a observar a las personas con una atención que los que lo rodeaban raramente tenían en cuenta porque estaba demasiado bien disimulada detrás de sus modales tranquilos.

Fue esa capacidad de observación la que lo metió en el problema que lo trajo a Ptía. O más exactamente: fue la incapacidad de actuar sobre lo que

observaba antes de que la situación superara el punto en que la acción habría podido cambiar el resultado.

Los hechos, desprovistos de la dramatización que los años fueron añadiéndoles, eran los siguientes: Patroclo tenía once años cuando una discusión con un muchacho de su misma edad terminó en violencia. La naturaleza exacta de la discusión se perdió con el tiempo, como suelen perderse los detalles que en el momento parecen cruciales y que después, vistos desde la distancia, resultan ser exactamente lo que siempre fueron: el pretexto. Lo que no se perdió fue el resultado. El muchacho murió. Patroclo no había querido matarlo, de eso no había duda razonable entre quienes conocían a ambos, pero en el mundo micénico la intención era una consideración secundaria cuando el resultado era una muerte.

La familia del muchacho muerto exigió justicia con la voz de quien tiene derecho a exigirla y que sabe que la costumbre respalda esa exigencia. Menetio buscó el camino que en esas situaciones se buscaba siempre cuando el objetivo era evitar que una muerte se convirtiera en el inicio de una cadena de venganzas que podía prolongarse durante generaciones: el exilio. No como castigo sino como separación, como la distancia necesaria entre la causa del dolor y las personas a quienes ese dolor pertenecía.

Patroclo comprendió. Eso era lo más difícil de entender para quien no estuviera en su lugar: que comprendió. No porque no le doliera, porque le dolía con la intensidad específica de quien lleva el peso de una muerte que no quiso causar y que no puede deshacer. Sino porque tenía la suficiente claridad mental para ver la lógica de la situación incluso desde adentro de ella, y esa claridad, esa capacidad de entender lo que era justo incluso cuando eso que era justo le costaba todo lo que tenía, sería una de las marcas distintivas de su carácter durante el resto de su vida.

El camino desde Lócride hasta Ptía lo hizo en varios días de viaje que fueron, en su manera silenciosa, una especie de segunda infancia. Había salido de su ciudad siendo una cosa y llegaría siendo otra, no porque el viaje en sí mismo lo cambiara sino porque la conciencia de lo que había dejado atrás y de lo que lo esperaba lo obligó a revisarse de maneras que los niños que no han pasado por algo semejante no tienen necesidad de hacer.

Para cuando llegó a las puertas de Ptía, Patroclo era un muchacho de once años con la mirada de alguien dos o tres años mayor, lo que producía una ligera disonancia en quien lo veía por primera vez que era difícil de ignorar pero igualmente difícil de articular.

Peleo lo recibió con la hospitalidad correcta que su posición requería y con la discreción adicional que la situación pedía. La historia de por qué estaba ahí no era un secreto, pero tampoco era algo que Peleo considerara necesario pregonar. En el mundo micénico, el exilio de un joven noble que había causado una muerte accidental era suficientemente frecuente como para no requerir mayores explicaciones, y Peleo tenía la experiencia

suficiente para saber que las personas que llegan con cargas propias son a menudo más útiles que las que llegan sin ninguna, porque las cargas enseñan cosas que la comodidad no puede enseñar.

El primer encuentro entre Aquiles y Patroclo no fue el tipo de encuentro que los bardos habrían compuesto. No hubo reconocimiento inmediato ni declaración de fraternidad ni ninguno de esos gestos que la memoria colectiva pone en los momentos que después resultan decisivos. Hubo dos muchachos de edad similar mirándose con la evaluación cautelosa de los que saben que van a tener que convivir y que todavía no saben qué pensar el uno del otro.

Aquiles vio a un muchacho serio con los ojos del que ha visto algo que no debería haber visto todavía y que no sabe todavía qué hacer con eso. Lo que Aquiles habría esperado, lo que la mayoría de los que llegaban a Ptía en búsqueda de refugio o de formación mostraban, era alguna combinación de deferencia o de fanfarronería, dos maneras distintas de responder a la presencia de alguien cuya reputación los precedía.

Patroclo no mostró ninguna de las dos cosas. Miró a Aquiles con atención, sin la agresividad de quien quiere impresionar y sin la sumisión de quien quiere evitar el conflicto, y dijo algo completamente inesperado:

—¿Es verdad que Tetis es una nereida?

Aquiles lo miró durante un momento.

—Eso dicen algunos —dijo.

—¿Y tú qué dices?

—Que es mi madre —dijo Aquiles—. Y que eso es suficientemente complicado sin añadirle lo de las nereidas.

Patroclo consideró eso durante un segundo.

—Es razonable —dijo.

Y algo en esa respuesta, en la sequedad sin pretensión con que fue pronunciada, hizo que Aquiles mirara al recién llegado de una manera ligeramente diferente a como lo había mirado hasta ese momento.

Los primeros meses de convivencia transcurrieron con la lentitud y la incomodidad de los procesos que no se pueden apresurar. Compartían las prácticas de armas con los otros jóvenes del palacio, las cacerías en los bosques cercanos, las lecciones de administración y protocolo que Peleo consideraba parte de la educación de cualquier joven de posición. En esos contextos, las diferencias entre ambos eran tan evidentes que habrían resultado cómicas si no hubieran sido tan reales.

Aquiles era más rápido en todo lo que requería velocidad física: en el combate, en la carrera, en la percepción de lo que ocurría alrededor. Tenía una intuición táctica que sus instructores describían como instintiva, aunque lo que realmente era, si se miraba con atención, era el resultado de años de entrenamiento físico que le habían dado una conciencia de su

propio cuerpo y de su relación con el espacio que la mayoría de sus contemporáneos no alcanzarían nunca.

En los entrenamientos con la lanza, era capaz de lanzar con una precisión que hacía que los instructores veteranos se miraran entre ellos sin decir nada, porque no tenían palabras para describir lo que veían que no sonaran a exageración.

Patroclo era más lento. Pero era más preciso. Y era, en el único sentido que importa cuando la batalla deja de ser un entrenamiento y se convierte en algo real, más capaz de leer lo que ocurría antes de que ocurriera. No en el sentido físico: Aquiles veía los movimientos del adversario antes que nadie. En el sentido más abstracto y más difícil de cuantificar: entendía las razones de los movimientos. Entendía qué había llevado a la situación presente y qué consecuencias tendría lo que ocurriera en el siguiente momento. Tenía la paciencia del que sabe que el tiempo es también un aliado y que no todo lo que puede resolverse ahora debe resolverse ahora.

Aquiles combatía como el rayo: brillante, veloz, definitivo. Patroclo habría combatido como el agua: encontrando siempre el camino, cediendo donde había que ceder para avanzar donde había que avanzar. Eran dos maneras completamente distintas de entender el mundo, y en un ejército que necesitara las dos para funcionar habrían sido complementarias de una manera que ningún otro par de guerreros podría haber replicado.

Lo que tardó más en construirse entre ellos, más que la familiaridad y más que el respeto, fue la confianza. La confianza real, no la camaradería superficial que se desarrolla entre personas que comparten el mismo espacio durante suficiente tiempo, sino la otra, la más difícil, la que permite decir lo que se piensa sin calcular primero cómo va a ser recibido.

Para Aquiles, esa confianza era algo que no había tenido antes con nadie que no fuera Tetis. No porque fuera cerrado o desconfiado en el sentido habitual del término, sino porque la distancia que su excepcionalidad creaba entre él y los demás era una barrera que los demás construían desde su lado y que él no sabía cómo derribar sin transformarse en algo diferente de lo que era. Los otros jóvenes del palacio lo admiraban. Lo que la admiración hace con la posibilidad de la amistad real es exactamente lo mismo que hace el miedo: la impide.

Con Patroclo, esa distancia no existió desde el principio. No porque Patroclo no reconociera la excepcionalidad de Aquiles: la veía con más claridad que nadie porque tenía más capacidad de observación que nadie. Sino porque lo que Patroclo observaba no era únicamente la velocidad y la fuerza y la precisión del combate. Era también todo lo demás: las noches en que Aquiles se quedaba mirando el fuego con esa expresión que no era melancolía exactamente pero que tampoco era la satisfacción que debería acompañar a alguien que había ganado todos los combates del día.

Las preguntas que hacía a Peleo sobre la administración del reino y que Peleo nunca respondía con suficiente profundidad como para satisfacerlo. El

modo en que escuchaba a los viajeros que llegaban al palacio con noticias de tierras lejanas, con una atención que iba más allá de la curiosidad ordinaria y que parecía hambre.

Una tarde, durante el otoño del segundo año de convivencia, Aquiles y Patroclo estaban en el límite del bosque que comenzaba detrás del palacio, en ese borde donde los árboles todavía dejan pasar suficiente luz como para ver con claridad pero donde el sonido del mundo habitado empieza a perder fuerza frente al silencio de lo que hay más adentro. Habían salido a cazar y habían regresado con poco, no por falta de habilidad sino porque ninguno de los dos había estado realmente concentrado en la caza.

—¿Qué fue lo que pasó? —dijo Aquiles.

Patroclo no preguntó a qué se refería. No con una persona que llevaba meses observándolo con la atención con que Aquiles observaba todo.

—Una discusión —dijo—. Un muchacho de mi edad. Yo no quería que terminara como terminó.

—¿Y él?

Patroclo pensó durante un momento.

—No creo que él tampoco —dijo—. Creo que las dos personas que estaban ahí en ese momento no querían lo que ocurrió. Pero ocurrió de todas maneras.

—¿Cómo es eso posible?

—Hay situaciones que se mueven solas —dijo Patroclo—. Cuando llegas a cierto punto, ya no eres tú quien decide. Es la situación quien decide, y tú simplemente estás ahí.

Aquiles permaneció en silencio durante un tiempo que era más largo de lo que la conversación habría requerido si fuera solo una conversación.

—Eso me asusta —dijo finalmente.

Patroclo lo miró. Era la primera vez que escuchaba a Aquiles decir que algo lo asustaba. No como confesión sino como observación, con la misma calma con que habría descrito el tiempo que hacía.

—A mí también —dijo Patroclo—. Por eso intento pensar antes de llegar a esos puntos.

—¿Y si no hay tiempo?

—Entonces intento pensar más rápido.

Aquiles soltó una carcajada corta, sin pretensión, el tipo de risa que no se calcula sino que simplemente ocurre cuando algo resulta más verdadero que gracioso. Patroclo lo observó y pensó que era la primera vez que lo escuchaba reírse así.

—Eres raro —dijo Aquiles.

—Lo sé —dijo Patroclo.

—No lo decía como insulto.

—Lo sé —repitió Patroclo.

Regresaron al palacio con las manos vacías y la conversación todavía flotando entre ellos de esa manera en que flotan las conversaciones que han dicho algo que no podría decirse de otra manera. Peleo los vio llegar desde el patio y notó algo que no supo nombrar con precisión pero que reconoció como importante: que caminaban juntos sin guardar la distancia que los jóvenes guardan cuando todavía están evaluándose mutuamente. Caminaban como las personas que ya saben que van a seguir caminando juntas durante mucho tiempo y que han dejado de calcular si eso es conveniente o no.

En los años que siguieron, esa proximidad se fue volviendo el eje alrededor del cual giraba la vida de ambos en Ptía. No de una manera exclusiva que excluyera a los demás, sino de una manera que hacía que todo lo demás resultara más manejable.

Las prácticas eran más intensas cuando los dos participaban porque cada uno llevaba al otro más allá de donde habría llegado solo. Las conversaciones con Peleo sobre administración y política resultaban más productivas cuando Patroclo estaba presente porque él hacía las preguntas que Aquiles no habría hecho, las preguntas que van al fondo de las cosas en lugar de a su superficie brillante.

Y las noches junto al fuego, cuando el palacio había terminado el día y el silencio se instalaba con el peso específico del silencio tesalio en invierno, eran algo que ninguno de los dos habría sabido describir con precisión pero que los dos reconocían como el centro de lo que tenían.

Aquiles hablaba. De lo que veía en el horizonte político cuando escuchaba las conversaciones de los mercaderes. De lo que le preocupaba del modo en que los reinos del sur se miraban entre sí. De las preguntas que le había dejado Quirón sobre la naturaleza del mundo y sobre el lugar que un hombre puede encontrar en él cuando es más rápido y más fuerte que los que lo rodean y esa velocidad y esa fuerza no son suficientes para responder las preguntas que importan.

Patroclo escuchaba. Y cuando respondía, lo hacía con esa precisión tranquila que era su modo de estar en el mundo: no para impresionar sino para ser útil, no para demostrar que había pensado más que nadie sino para añadir lo que había pensado y que le parecía que faltaba.

Fue en una de esas noches cuando Patroclo dijo algo que Aquiles recordaría durante años con la exactitud con que se recuerdan las palabras que nombran algo que uno ya sabía pero que no había podido nombrar solo.

Habían estado hablando de la guerra. No de ninguna guerra específica, porque en ese momento no había ninguna que los afectara directamente, sino de la guerra como fenómeno, como esa constante del mundo micénico que aparecía y desaparecía con la regularidad de las estaciones pero que a diferencia de las estaciones no tenía nada de natural en su interior.

—¿Para qué sirve? —había preguntado Aquiles.

—Para que los reyes resuelvan los problemas que no saben resolver de otra manera —dijo Patroclo.

—Eso es lo que dice todo el mundo.

—Porque es lo que es —dijo Patroclo—. La diferencia es que todo el mundo lo dice como si fuera una justificación y yo lo digo como si fuera una descripción.

—¿Y no son lo mismo?

—No —dijo Patroclo—. Una justificación dice que está bien que las cosas sean así. Una descripción solo dice que así son. Y que así son no significa que así deban ser.

Aquiles miró las llamas durante un momento.

—¿Y cómo deberían ser?

—No lo sé —dijo Patroclo—. Pero creo que saberlo empieza por no confundir las dos cosas.

En el mundo que les esperaba, con sus guerras y sus reyes y sus glorias que costaban más de lo que nadie en los poemas se molestaba en contabilizar, esa distinción que Patroclo había aprendido en el peor momento de su infancia sería la única brújula que alguno de los dos tendría disponible cuando todo lo demás dejara de funcionar.

Pero eso vendría después. Antes estaba Ptía, con su fuego en invierno y sus montañas al fondo y los dos muchachos que con el tiempo serían los dos hombres que la historia no podría haber separado aunque lo hubiera intentado.

Y el mundo, por el momento, seguía siendo lo suficientemente grande como para contenerlos a ambos sin pedirles que eligieran.

CAPÍTULO 3

La red del mundo

El Mediterráneo oriental — Los grandes reinos en el umbral de la guerra

Para entender lo que estaba a punto de ocurrir, hay que alejarse de Ptía y de sus fuegos de invierno y de los dos muchachos que habían comenzado a construir la amistad que definiría sus vidas. Hay que subir, como esta historia hizo al principio, a esa altura desde la que el Mediterráneo oriental se ve completo, con sus rutas y sus ciudades y sus reyes y sus cálculos, y desde la que se puede observar el mecanismo de lo que vendría con la claridad que solo da la distancia.

El mundo del siglo XIII antes de nuestra era, era en su aspecto superficial, un mundo que funcionaba. Las rutas comerciales seguían operando. Los palacios micénicos seguían llenando sus tablillas de arcilla con registros de tributos y mercancías. Los barcos seguían cruzando el Egeo con sus

cargamentos de aceite, cobre, estaño y lino. Los diplomáticos hititas seguían redactando sus tratados en cuneiforme con el protocolo elaborado que la tradición exigía. Si uno miraba únicamente la superficie, el orden parecía sólido.

Pero las superficies mienten. O más exactamente: dicen la verdad de lo que fue, no de lo que es. Y lo que era en ese momento, invisible todavía para la mayoría de quienes vivían dentro del sistema, era el principio del deshielo. Las grietas que se habían mencionado en el prólogo de esta historia no habían desaparecido. Habían crecido. Lentamente, con la paciencia de los procesos que no necesitan prisa porque el tiempo trabaja para ellos, se habían extendido por la estructura de un mundo cuya fortaleza dependía de la interdependencia, y la interdependencia, como toda cadena, es exactamente tan fuerte como su eslabón más débil.

En las costas del Levante, los mercaderes que llevaban décadas operando las rutas entre Egipto y Grecia empezaban a cambiar sus itinerarios para evitar sectores que antes eran seguros. No lo hacían con alarma, porque los mercaderes rara vez reaccionan con alarma ante cosas que pueden gestionarse ajustando las rutas, sino con la adaptación silenciosa de quienes han aprendido que los caminos del comercio no son líneas rectas sino curvas que se van modificando según lo que encuentran.

Y lo que encontraban, con una frecuencia que hasta hace poco era excepcional y que ahora empezaba a ser corriente, eran costas donde los pescadores habían desaparecido, puertos donde los almacenes estaban vacíos o quemados, aldeas que habían sido algo y que ahora eran solo el recuerdo de haber sido algo.

En las cancillerías hititas, los archiveros que catalogaban la correspondencia diplomática con las potencias del Mediterráneo occidental empezaban a acumular un tipo de silencio que tenía su propio peso: el silencio de las ciudades que no respondían. Un rey que no responde a un mensaje diplomático puede estar enfermo, puede estar en campaña o puede haber muerto sin que la noticia haya llegado todavía.

Tres reyes que no responden simultáneamente son una anomalía. Diez son algo diferente, algo que los archiveros catalogaban en las tablillas con la escritura cuidadosa de quien documenta una situación sin tener palabras adecuadas para describirla.

Y en los puertos del Egeo, los navegantes que venían del norte traían relatos fragmentarios sobre pueblos que se movían en masa, que no pedían permiso para cruzar los territorios de otros y que dejaban detrás de ellos paisajes que se parecían mucho a lo que queda después de que el fuego ha hecho su trabajo y ha seguido adelante.

Nadie sabía con precisión de dónde venían ni hacia dónde iban. Nadie sabía qué los movía, si el hambre o la guerra o alguna combinación de ambas cosas que en ocasiones resulta indistinguible. Lo que sí sabían los navegantes era que esos pueblos existían, que eran numerosos, y que los

territorios que habían estado atravesando no habían vuelto a ser los mismos después de que los atravesaran.

Los hombres que gobernaban los grandes reinos del Mediterráneo oriental en ese momento conocían todas estas noticias. La información fluía hacia los palacios con la regularidad de las mareas, traída por mercaderes, diplomáticos, espías, viajeros y mensajeros de toda descripción. El problema no era la ausencia de información. Era la interpretación que cada gobernante hacía de esa información, que estaba necesariamente sesgada por los intereses que tenía en que la situación fuera de una manera determinada y no de otra.

Así funciona siempre el poder: no mediante la ignorancia de los hechos sino mediante la selección de los hechos que confirman lo que ya se quiere creer. Y lo que los grandes reyes del Mediterráneo oriental querían creer en ese momento, con pocas excepciones, era que las anomalías que percibían eran locales, temporales y manejables, y que el orden del mundo que les había dado su prosperidad y su posición era más robusto de lo que esas anomalías sugerían.

Equivocarse sobre una cosa así cuesta todo.

Pero antes de que ese costo llegara a cobrarse, estaba el mundo como era: complejo, brillante, interconectado, lleno de reinos que calculaban sus intereses con la precisión de quien sabe que el error tiene consecuencias, y al frente de esos reinos, hombres que eran exactamente lo que sus circunstancias habían hecho de ellos.

Conviene detenerse en algunos de ellos, no en todos, porque la historia que estas páginas narran no es la historia del mundo de la Edad del Bronce en su conjunto sino la historia de un hombre que vivió dentro de ese mundo y cuya vida fue moldeada por las decisiones que esos otros hombres tomaron.

Pero no se puede entender al hombre sin entender el mundo, y no se puede entender el mundo sin entender a las personas que lo gobernaban.

Ramsés II había muerto hacía décadas y Egipto, el reino más antiguo y más estable del Mediterráneo, navegaba en ese momento bajo el gobierno de sus sucesores con la inercia específica de las civilizaciones que han durado tanto que han aprendido a funcionar casi sin necesidad de que nadie tome decisiones importantes.

Era un reino que absorbía los cambios con la paciencia del Nilo, que crecía y decrecía con sus propias estaciones y que había visto desaparecer imperios suficientes como para saber que la permanencia es el lujo de quien tiene suficiente profundidad. Los escribas del faraón seguían registrando los cargamentos que llegaban de Grecia y de Siria, seguían enviando mensajes a las cortes aliadas con la misma fórmula epistolar que se usaba desde hacía generaciones, seguían administrando la vasta maquinaria del estado con la eficiencia de quienes han tenido siglos para perfeccionar los procedimientos.

Lo que Egipto no estaba haciendo, y que en retrospectiva resultaría decisivo, era prestar atención a lo que ocurría en los márgenes del mundo que consideraba propio.

El Imperio Hitita, en el norte de Anatolia, (que hoy puede ser considerado el origen biológico, aunque no étnico de Armenia, Turquía, y partes de Siria y Líbano) era una historia diferente. Los hititas habían construido su poder mediante una combinación de fuerza militar y diplomacia sofisticada que los convertía en la potencia continental más importante de la región. Sus ejércitos eran formidables. Su sistema de tratados con los reinos vasallos era elaborado y funcionaba con relativa eficacia mientras los centros de poder se mantenían estables.

Y su posición en Anatolia los convertía en el interlocutor inevitable de cualquier reino que quisiera operar en esa región, incluyendo Troya, cuya relación con los hititas era el tipo de alianza que beneficiaba a ambas partes en la medida en que ambas partes la necesitaban.

Lo que los hititas estaban comenzando a experimentar en ese período era algo que sus archivos diplomáticos registraban con la objetividad burocrática que registraban todo lo demás, sin el dramatismo que la retrospectiva añadiría: la presión creciente en sus fronteras del norte y del oeste, procedente de los mismos pueblos que los navegantes describían en los puertos del Egeo. Esa presión todavía no era una crisis. Era una fricción. Pero las fricciones que no se atienden a tiempo terminan siendo siempre lo mismo.

Y luego estaban los reinos micénicos de la Grecia continental, que eran el mundo más inmediato y más relevante para el hombre cuya historia estas páginas narran.

El mundo micénico de ese período era, en términos políticos, una constelación de individualidades que competían entre sí con la energía de quienes saben que hay un premio disponible y que no están seguros de cuántos pueden ganarlo. Micenas era la más poderosa de las ciudades aqueas, pero esa supremacía era de facto y no de derecho, lo cual quería decir que dependía de que los demás aceptaran continuar reconociéndola, y que esa aceptación no era gratuita sino el resultado de un equilibrio de fuerzas que se renegociaba constantemente mediante alianzas, matrimonios, guerras pequeñas y amenazas que raramente llegaban a cumplirse porque cumplirlas era más costoso que mantenerlas en el umbral.

Esparta era respetada por sus guerreros y por su posición estratégica en el Peloponeso. Pilos tenía una flota que le daba una influencia marítima desproporcionada respecto a su tamaño. Tirinto controlaba recursos que los demás necesitaban. Tebas mantenía sus propias ambiciones con la paciencia de quien sabe que el momento correcto llega si uno espera suficiente. Y entre todas ellas, Micenas, gobernada por Agamenón, cuya historia ya se insinuó en el prólogo y que merece ser contada ahora con

más detalle, porque sin Agamenón no hay guerra, y sin esta guerra, lo que le ocurrió a Aquiles habría sido diferente, aunque no necesariamente mejor.

Agamenón de Micenas tenía en ese momento alrededor de cuarenta años, aunque la precisión cronológica en la Edad del Bronce es siempre aproximada. Era un hombre que la vida había tallado con la herramienta de la necesidad, que es la más eficaz de todas pero también la que deja las marcas más visibles. Había llegado al trono de Micenas a través de una sucesión de circunstancias que los poetas posteriores describirían como la manifestación de una maldición hereditaria, porque necesitaban un marco que explicara la acumulación de violencia en una sola familia, y la maldición cumplía esa función narrativa con más elegancia que la explicación alternativa, que era más sencilla y más brutal: que el poder atrae la ambición, que la ambición produce traición, y que las familias que gobiernan durante suficiente tiempo terminan encontrando dentro de sí mismas sus peores enemigos.

El padre de Agamenón, Atreo, había llegado al trono mediante la derrota de su hermano Tiestes, que incluía episodios que los griegos posteriores convertirían en los momentos más oscuros de su mitología. Sin entrar en los detalles que los bardos elaborarían con una minuciosidad que servía tanto a la moral como al entretenimiento, lo relevante para esta historia era el efecto que esa historia familiar tuvo en el carácter de quien creció dentro de ella.

Agamenón había aprendido, mucho antes de lo que ningún niño debería aprender esas cosas, que la lealtad era provisional, que los vínculos de sangre no garantizaban nada, y que el poder que no se defiende activamente no tarda en ser reclamado por alguien más dispuesto a defenderlo.

No era un hombre cruel en el sentido en que la crueldad implica placer en el sufrimiento ajeno. Era un hombre que había desconectado el sufrimiento ajeno de sus cálculos porque incluirlo los habría complicado sin producir mejores resultados. Esa desconexión, que los filósofos de épocas posteriores intentarían describir con conceptos que todavía no existían en el vocabulario de la Edad del Bronce, era en la práctica lo que hacía de Agamenón el gobernante más peligroso de la Grecia continental: la capacidad de evaluar una situación sin el filtro de las emociones que hacen que la mayoría de los hombres tomen decisiones peores de las que tomarían si pudieran pensar con la frialdad que la situación requiere.

Lo que pensaba Agamenón en ese período, cuando los mensajes sobre las anomalías del sistema comercial llegaban a su palacio con creciente frecuencia, era esto: que el mundo estaba cambiando y que los cambios, como todas las situaciones de inestabilidad, producen perdedores pero también producen ganadores. Que los perdedores serían los que no actuaran a tiempo. Y que actuar a tiempo requería identificar qué cambio era posible hacer antes de que la situación se saliera del control de cualquier actor individual.

La respuesta que había llegado a esa pregunta no era nueva. Llevaba años construyéndola con la paciencia del que sabe que las grandes obras no se improvisan. Lo que necesitaba era reunir a todos los reinos aqueos bajo una causa común, algo suficientemente grande para que los reyes que normalmente competían entre sí encontraran más conveniente cooperar. Algo que prometiera riqueza suficiente para recompensar a todos los participantes. Algo que legitimara su liderazgo de una manera que los poemas cantaran durante generaciones.

Y al otro lado del mar, visible en los días claros desde las costas del Ática, estaba Troya. Rica, indispensable, irritantemente próspera, sentada sobre el paso más estratégico del mundo conocido como una ciudad que llevaba siglos cobrando por el derecho a existir de todos los que dependían de sus servicios.

Agamenón la miraba y veía exactamente lo que era: la clave que abría el futuro que quería para Micenas y para él mismo. Pero necesitaba un pretexto. Algo que el mundo siempre proporcionaba a quien tenía la paciencia de esperar. Lo que veía Agamenón era la estructura subyacente: que Troya era demasiado valiosa para dejarla en manos de quien la había tenido durante siglos solo porque así había sido siempre, y que el orden que había prevalecido durante esos siglos estaba suficientemente debilitado como para que alguien con la visión y la determinación adecuadas pudiera reemplazarlo.

El pretexto llegaría. Siempre llegaba.

Mientras tanto, en Esparta, en el extremo meridional de la Grecia continental, había una mujer cuyo nombre los poetas pronunciarían durante milenios como si fuera la causa de todo lo que vino después, con la simplificación habitual de quien necesita un origen claro para una historia cuyo origen real era demasiado complicado para caber en un poema.

Helena, hija de Tindáreo, rey de Esparta, había nacido en una posición que la convertía en un recurso político desde el momento en que el mundo tomó nota de su existencia. En el orden micénico, donde los matrimonios entre casas reales eran instrumentos de política tanto como de continuidad biológica, una princesa de Esparta con las conexiones y la posición de Helena era algo que los reyes del mundo griego evaluaban con la misma atención con que evaluaban una flota o una ruta comercial.

No era una persona, en el vocabulario político de la época, aunque tampoco era únicamente un recurso. Era, con la precisión que el mundo micénico aplicaba a estas cosas, una posición estratégica con sentimientos.

Su infancia en Esparta fue la infancia de alguien que aprende desde muy temprano que su vida pertenece en parte a decisiones que otros tomarán. Tindáreo era un padre afectuoso dentro de los límites que su posición le imponía, que eran límites considerables, y Esparta era una ciudad que gobernaba con la austeridad que definiría su carácter durante siglos pero

que en ese período era todavía una sociedad más abierta de lo que la tradición posterior sugeriría.

Helena creció conociendo a los viajeros y diplomáticos que pasaban por el palacio, escuchando conversaciones sobre política y comercio y alianzas, desarrollando esa inteligencia práctica que se adquiere cuando uno vive en el centro de los procesos de toma de decisiones desde antes de tener edad para participar en ellos.

Cuando llegó el momento de su matrimonio, la lista de pretendientes fue suficientemente larga como para constituir un problema diplomático por sí misma. Cada rechazo era un posible enemigo. Cada aceptación era una alianza que implicaba obligaciones en ambas direcciones. Tindáreo resolvió el problema con la solución que alguien particularmente astuto le sugirió, y cuyo nombre los historiadores discutirían durante siglos sin llegar a un acuerdo definitivo: hizo que todos los pretendientes juraran respetar la decisión final y defender el matrimonio que resultara de ella si alguna vez era amenazado.

Era una solución elegante. Era también, aunque nadie podía saberlo en ese momento, la firma del documento que un día autorizaría la guerra más famosa de la Antigüedad.

Helena eligió a Menelao. O más exactamente, lo escogió entre las opciones disponibles, porque Menelao era la que mejor correspondía al conjunto de consideraciones que en ese momento pesaban sobre la decisión. Era hermano de Agamenón, lo cual hacía del matrimonio una alianza con la potencia más importante de la Grecia continental. Heredero del trono de Esparta, lo cual significaba que Helena gobernaría como reina en su propia ciudad y no como consorte en una corte ajena. Hombre que no deslumbraba por su brillantez pero que tampoco amenazaba con esa clase de excesos que hacen la vida imprevisible.

Se casaron. Menelao heredó el trono de Esparta cuando Tindáreo murió. Helena se convirtió en reina. Los años pasaron con la regularidad de los años que no contienen ninguna historia que nadie necesite contar.

Hasta que llegó París.

El segundo hijo de Príamo, rey de Troya, era todo lo que Héctor, el primogénito y el heredero, no era: impulsivo donde Héctor era deliberado, encantador donde Héctor era serio, inclinado hacia lo que deseaba en el momento presente donde Héctor pensaba siempre en las consecuencias que el presente dejaría en el futuro.

Los que conocían bien a ambos hermanos describían la diferencia con la imagen que más fácilmente se presentaba: Héctor miraba siempre hacia las murallas de Troya, como quien verifica que la ciudad que algún día gobernará sigue en pie. París miraba siempre hacia el mar, como quien imagina lo que hay del otro lado.

En la corte de Príamo, París había aprendido que ser el segundo hijo de un rey poderoso es una posición que tiene sus privilegios pero que carece de su principal compensación: el futuro garantizado. Héctor heredaría Troya. Lo que heredaría París dependía de lo que París construyera. Esa consciencia, instalada desde muy joven, podía producir dos tipos de hombres: el que acepta su posición y la trabaja con la paciencia de lo posible, o el que busca en otro lugar lo que el orden establecido no le dará. París era, sin ambigüedad posible, del segundo tipo.

La misión diplomática que el rey Príamo envió a Esparta fue una de esas oportunidades que se presentan cuando la situación política lo permite y el carácter de quien la aprovecha lo empuja. Los detalles exactos de lo que ocurrió en el palacio de Menelao durante la visita de Héctor y París son, como tantos detalles cruciales de esta historia, objeto de versiones que divergen en los puntos que más importan. Lo que todas las versiones tienen en común es el resultado: cuando los hermanos troyanos regresaron a Troya, Helena se fue con París.

Si fue seducida o si fue su elección consciente. Si fue raptada o si escapó. Si el amor fue la razón o fue solamente la cobertura narrativa de algo más complejo que incluía cansancio de Esparta y curiosidad por Troya y el atractivo específico de un hombre que miraba hacia el mar en lugar de hacia las murallas, son preguntas que los poetas respondieron de maneras distintas según las necesidades de cada época y de cada audiencia.

Lo que nadie discutía era la consecuencia. La reina de Esparta había abandonado el hogar de Menelao. El juramento pronunciado por decenas de reyes aqueos hacía años, que en ese momento parecía una formalidad prudente, se convertía de pronto en la obligación más cara que cualquiera de ellos había firmado.

Menelao fue a ver a su hermano.

Y Agamenón, que llevaba años esperando exactamente este tipo de pretexto sin saber que sería este pretexto específico, comprendió en el momento en que escuchó la historia que el mundo le estaba entregando lo que había estado calculando. No sin costo. No sin sacrificio. No sin la sangre que todas las grandes empresas requieren de quien las lidera.

Pero se lo estaba entregando...y empezó a trabajar de inmediato.

Los mensajes fueron saliendo del palacio de Micenas hacia todas las cortes aqueas con la urgencia medida de quien sabe que la urgencia excesiva asusta y que la insuficiente convierte la indignación en olvido. El tono era el correcto: herido en el honor, firme en la demanda, generoso en las promesas de lo que la expedición ofrecería a quienes se unieran. Las palabras que usaba eran las palabras que los reyes micénicos usaban cuando querían que otros reyes hicieran cosas que en circunstancias normales no harían: honor, deber, juramento, gloria.

Lo que pensaba mientras escribía esos mensajes era diferente. Lo que pensaba era: Troya. Troya. Troya.

Y en Ptía, lejos de esas cortes y de esos cálculos y de esa maquinaria que empezaba a moverse con la inercia de las cosas que no podrán detenerse fácilmente, Aquiles y Patroclo continuaban su vida con la indiferencia de los jóvenes que todavía no saben que el mundo ha comenzado a moverse en su dirección.

Pero el mundo se mueve aunque nadie lo sepa todavía. Y los mensajeros de Agamenón ya estaban ensillando sus caballos.

CAPÍTULO 4

El joven rey

Ptía, Tesalia — Aquiles hereda el poder

Peleo murió en el invierno, que es la estación en que mueren los hombres que han gobernado durante mucho tiempo y que han gastado su energía en la gobernación como se gasta una vela: completamente, hasta que ya no queda nada que arder. No fue una muerte violenta ni particularmente dramática, que eran los dos tipos de muerte que el mundo micénico consideraba dignos de ser contados. Fue la muerte de un hombre de más de sesenta años cuyo cuerpo había decidido, con la lógica inapelable de los cuerpos viejos, que el trabajo estaba suficientemente hecho como para poder detenerse.

Aquiles tenía dieciséis años cuando se quedó sin padre.

El duelo se hizo con los rituales apropiados para un rey de la posición de Peleo: la pira funeraria en el claro del bosque que el difunto había señalado en vida, los animales sacrificados, las libaciones de vino y aceite, las competiciones atléticas entre los hombres del palacio que honraban la memoria del muerto con la única moneda que el mundo micénico aceptaba como pago suficiente al mérito: la demostración física de que los que quedaban eran dignos de continuar lo que el difunto había comenzado. Los sirvientes que habían servido a Peleo durante décadas lloraron con la discreción que la jerarquía exigía. Los nobles que lo habían servido mostraron el duelo adecuado con la eficiencia de quienes ya estaban calculando qué significaba para sus propias posiciones el cambio de mando.

Tetis no lloró. O si lo hizo, lo hizo en la privacidad de sus propias habitaciones, donde nadie podía verla, porque la manera que Tetis tenía de atravesar el mundo no incluía mostrar a los demás lo que sentía en los momentos en que sentirlo era suficientemente costoso como para requerir toda la energía disponible. Lo que sí hizo, en las horas que siguieron a la muerte de Peleo, fue buscar a Aquiles y hablar con él durante largo tiempo en el corredor que daba al patio interior del palacio, de pie, con la voz baja y los ojos directos de quien dice lo que tiene que decir sin rodeos porque los rodeos son un lujo del que en ese momento no había tiempo.

Patroclo los vio desde la distancia pero no escuchó lo que se dijeron. Lo que sí observó, con esa atención que era su rasgo más característico, fue la

postura de Aquiles durante esa conversación: la espalda recta, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza ligeramente inclinada hacia Tetis con la concentración de quien no quiere perder ninguna palabra. Y al final de la conversación, cuando Tetis se fue hacia sus habitaciones con ese paso suyo que nunca tenía prisa porque nunca necesitaba tenerla, Aquiles permaneció solo en el corredor durante varios minutos mirando el patio sin ver nada en particular.

Luego se giró, encontró a Patroclo con la mirada y dijo simplemente:

—Ya es nuestro.

No era una celebración. Era una constatación. El tono era el de alguien que acaba de comprender que algo que era teórico se ha vuelto real, y que la realidad, como suele ocurrir, tiene un peso que la teoría nunca termina de anticipar del todo.

—¿Cómo te sientes? —dijo Patroclo.

—Como si me hubieran dado algo más grande de lo que sé manejar todavía —dijo Aquiles.

—Eso es exactamente lo que te han dado —dijo Patroclo—. La pregunta es si eso importa.

—¿Y bien?

—No creo que importe —dijo Patroclo—. Creo que el tamaño de las cosas que se nos dan raramente corresponde al tamaño de lo que sabemos hacer con ellas cuando las recibimos. La correspondencia se construye después.

Aquiles lo miró durante un momento.

—¿Tú lo crees de verdad o me lo dices porque es lo que necesito escuchar?

—Las dos cosas —dijo Patroclo—. Y eso no lo hace menos verdadero.

Lo que siguió a la muerte de Peleo fue el período más difícil de la vida de Aquiles hasta ese momento, más difícil que los entrenamientos de Tetis y más difícil que los años en los montes Pelión con Quirón, porque aquello había sido dificultad de un tipo que tenía solución si uno trabajaba lo suficiente. Gobernar tenía una dificultad diferente: era el tipo de dificultad que no se resuelve sino que se gestiona, día tras día, con la paciencia de quien ha aceptado que algunas situaciones no tienen desenlace sino únicamente proceso.

Los nobles de Ptía eran el primer problema. No porque fueran desleales en el sentido abierto del término, porque abiertamente desafiar al nuevo rey de dieciséis años habría requerido una determinación que ninguno de ellos tenía individualmente. Eran desleales de la manera más difícil de confrontar: con la deferencia calculada de quienes obedecen la letra de las instrucciones mientras trabajan activamente para que esas instrucciones sean menos de lo que el que las da pretendía. Un noble que ejecuta cada orden con exactamente el mínimo de recursos necesario y no un ápice más. Otro que reporta exactamente la información que se le pide y retiene

cuidadosamente la que no se le pide aunque sería relevante. Un tercero que habla en los pasillos de la experiencia que el nuevo señor no tiene todavía, de los años que hacen falta para entender cómo funciona realmente Ptía, con el tono de quien comparte una preocupación sincera y no de quien está construyendo el argumento que justificará su próxima infidelidad.

Aquiles lo vio todo. Ver las cosas era una de sus capacidades más desarrolladas, tanto en el combate como fuera de él. Lo que no sabía todavía con suficiente precisión era qué hacer con lo que veía, porque la velocidad con que actuaba en el campo de batalla no tenía el mismo valor en el salón de gobierno, donde la acción demasiado rápida podía convertir una prueba de autoridad en una exhibición de inseguridad.

Fue aquí donde la diferencia entre él y Patroclo resultó más útil que en ningún otro contexto anterior.

Patroclo no tenía la velocidad de Aquiles. Pero tenía algo que en ese momento era más necesario: la paciencia de quien ha aprendido que las situaciones complicadas se leen mejor desde el borde que desde el centro. Mientras Aquiles estaba en el centro de cada conversación, cada reunión, cada decisión, gestionando la posición que había heredado con una energía que lo consumía visiblemente, Patroclo se movía por los márgenes del palacio con la invisibilidad del que nadie toma completamente en serio porque no porta ningún título que lo obligue a ser tomado en serio.

Esa invisibilidad era un instrumento de una eficacia que sorprendió incluso a quien la usaba.

Los sirvientes hablaban con Patroclo como no habrían hablado con Aquiles. Los administradores inferiores compartían con él sus preocupaciones cotidianas porque era alguien que escuchaba sin juzgar. Los viajeros que llegaban al palacio encontraban en él un interlocutor que hacía las preguntas correctas sin el peso de autoridad que habría cambiado sus respuestas. Y todo lo que recogía Patroclo en esos márgenes llegaba a Aquiles en las conversaciones nocturnas, organizadas con esa claridad tranquila que era la marca de su inteligencia: sin dramatismo, sin interpretación innecesaria, simplemente los hechos con el contexto suficiente para que los hechos tuvieran sentido.

—El noble Alcídamas —dijo Patroclo una de esas noches, con el fuego entre ellos y el palacio en silencio alrededor— habla de ti con el tono de quien está midiendo el tiempo que falta para que algo cambie.

—¿Qué tipo de cambio?

—No lo dice directamente. Pero el tono que usa cuando habla de la experiencia que te falta dice más que las palabras que elige para no decirlo.

—¿Y qué hago?

—Nada todavía —dijo Patroclo—. El hombre que actúa antes de que la amenaza sea visible parece paranoico. El hombre que actúa cuando la

amenaza ya es visible parece reactivo. Lo que necesitas es actuar exactamente en el momento en que la amenaza sea lo suficientemente visible como para que nadie la niegue y lo suficientemente reciente como para que nadie la haya elaborado del todo.

Aquiles lo miró con esa atención que Patroclo había aprendido a reconocer como señal de que estaba siendo escuchado de verdad.

—¿Y cómo sé cuándo es ese momento?

—Yo te lo digo —dijo Patroclo.

Era un acuerdo que no necesitó ser formalizado porque nunca había sido propuesto formalmente. Fue simplemente lo que ocurrió: Aquiles gobernaba y Patroclo observaba, y entre los dos construyeron una manera de administrar Ptía que resultó ser, con el paso de los meses, considerablemente más efectiva de lo que los nobles que calculaban el tiempo que faltaba para que algo cambiara habían anticipado.

El momento con Alcídamas llegó cuatro meses después de la muerte de Peleo, en el contexto de una disputa sobre derechos de pastoreo en los límites orientales del territorio de Ptía. Era un asunto menor en términos de lo que estaba en juego materialmente, pero que Alcídamas había convertido en algo más grande mediante la manipulación sistemática de los relatos que llegaban a Aquiles: exagerando la demanda del reino vecino, minimizando los recursos disponibles para responderla, sugiriendo que la situación requería la intervención de guerreros más experimentados que los que el señor de Ptía podía comandar con la autoridad que da el tiempo.

Aquiles esperó, como Patroclo le había dicho que esperara, hasta que Alcídamas hizo explícito en una reunión de nobles lo que hasta ese momento había dejado implícito: que la resolución del conflicto requería nombrar a un comandante militar con experiencia suficiente que pudiera actuar de manera independiente del criterio del joven señor en situaciones que excedieran su competencia actual.

Fue una reunión que Alcídamas recordaría durante mucho tiempo, aunque no por las razones que habría anticipado.

Aquiles lo dejó terminar. Era capaz de eso: de escuchar hasta el final sin interrumpir, sin mostrar en la cara lo que estaba pensando, con la inmovilidad del cazador que espera el momento exacto. Cuando Alcídamas terminó de hablar, hubo un silencio en la sala que duró lo suficiente para que cada persona presente comprendiera que lo que venía después iba a definir algo.

—Entiendo tu preocupación —dijo Aquiles, con una calma que era algo completamente diferente a la calma de quien ha aceptado lo que le proponen—. Y la tomo en cuenta con la seriedad que merece. Por eso he decidido resolver el conflicto de los pastos personalmente, al frente de los mirmidones, mañana al amanecer. Los que quieran acompañarme son

bienvenidos. Los que prefieran quedarse administrando el palacio mientras yo estoy fuera harán bien en tener las cuentas en orden cuando regrese.

No fue una amenaza en el tono. Fue simplemente la descripción de lo que iba a ocurrir, pronunciada con la suficiente precisión para que nadie en esa sala tuviera dudas sobre cuál de las dos opciones era la que Alcídamas debería elegir si quería continuar siendo parte de lo que ocurría en Ptía.

Alcídamas eligió acompañarlo.

El conflicto de los pastos se resolvió en dos días, de la manera en que Aquiles resolvía la mayoría de los problemas cuando tenía libertad de elegir el método: rápidamente, con precisión suficiente para que el resultado no requiriera revisión posterior, y con la economía de medios del que ha entendido que la demostración de fuerza desproporcionada es una forma de debilidad disfrazada de poder. No destruyó al reino vecino. Estableció los términos que le convenían a Ptía con la claridad de quien sabe exactamente lo que quiere y la determinación de quien está dispuesto a obtenerlo.

Alcídamas observó todo esto desde la distancia cuidadosa del hombre que está revisando sus cálculos en tiempo real y que está llegando a conclusiones que no esperaba llegar. Cuando regresaron a Ptía, su actitud en las reuniones de nobles había cambiado de maneras que eran sutiles para quien no supiera leerlas y perfectamente evidentes para quien sí.

La segunda dificultad era más difícil de resolver porque no tenía la forma de un adversario identificable. Era la dificultad de gobernar en tiempos de incertidumbre creciente, cuando las noticias que llegaban de los reinos vecinos y de los mercaderes que pasaban por Ptía dibujaban un mundo que se estaba volviendo menos predecible que el que Peleo había gestionado durante décadas.

Los mirmidones eran el activo más valioso de Ptía en ese mundo cambiante, y Aquiles lo sabía con una claridad que los años bajo la tutela de Tetis y de Quirón habían afilado hasta convertirla en certeza operativa. No eran simplemente el ejército de Ptía en el sentido convencional del término. Eran algo que los reinos vecinos miraban con la atención que se presta a las cosas que no se comprenden del todo pero que se reconocen como superiores a lo que uno mismo tiene.

La historia de los mirmidones era la historia de una tradición militar que Ptía había desarrollado durante generaciones con la paciencia de quien entiende que la ventaja competitiva en el combate no se improvisa sino que se construye. No eran más numerosos que los ejércitos de los reinos vecinos. En algunos casos eran menos. Lo que los distinguía era algo más difícil de cuantificar y más difícil de replicar: la disciplina colectiva del organismo que actúa como una sola unidad sin perder la capacidad de cada individuo de tomar decisiones en el momento en que la situación cambia demasiado rápido para esperar instrucciones.

Los griegos posteriores los llamarían hormigas, y en esa imagen había algo de verdad si se la interpretaba correctamente: no la imagen de la fuerza

bruta sino la del funcionamiento coordinado, la de la capacidad de cada elemento de hacer exactamente lo que le corresponde en relación con lo que hacen los elementos que lo rodean. Una hormiga sola es insignificante. Un ejército de hormigas que actúa con la coordinación de un organismo único es una de las fuerzas más eficaces que la naturaleza ha producido.

Los mirmidones funcionaban así. Aquiles los había observado desde niño con la atención del que sabe que algún día serán suyos y quiere entender antes de heredar. Los había acompañado en sus entrenamientos cuando Peleo lo permitía y en sus descansos cuando Peleo no prestaba atención. Había aprendido sus nombres, sus historias, los conflictos que existían entre ellos y los vínculos que los unían, porque un comandante que conoce a sus hombres como individuos y no como unidades intercambiables tiene una ventaja sobre quien los trata como recursos que es imposible de cuantificar pero perfectamente posible de observar en el campo de batalla.

Lo que Aquiles añadió a los mirmidones cuando se convirtió en su señor fue algo que ningún entrenamiento podía proporcionar y que resultó ser más valioso que cualquier técnica específica: la confianza. No la confianza en el sentido sentimental del término sino en el más práctico: la certeza de que el hombre que los comandaba sabía exactamente lo que hacía, que sus decisiones podían ejecutarse sin la fracción de segundo de duda que en el combate real marca la diferencia entre el éxito y el desastre. Esa confianza no se declara. Se gana. Y Aquiles la fue ganando con cada ejercicio, con cada decisión tomada en el momento correcto, con cada problema resuelto de la manera que los hombres que habían visto muchos problemas reconocían como la manera correcta de resolverlos.

Al cabo de un año de gobierno, Ptía era todavía el reino modesto que había sido siempre. Sus graneros seguían siendo los mismos. Sus murallas no habían crecido. Su posición en el mapa de los grandes reinos micénicos no había cambiado. Pero algo en su interior sí había cambiado, de una manera que los que vivían dentro podían sentir aunque les resultara difícil articular: había una dirección. No la inercia de un reino que continúa haciendo lo que ha hecho siempre porque cambiar requeriría más energía de la disponible, sino una dirección consciente, elegida, sostenida por la voluntad de alguien que sabía adónde quería ir aunque no supiera todavía exactamente el camino para llegar.

Fue en ese momento, cuando Aquiles empezaba a encontrar el ritmo de su propio gobierno con esa mezcla de intuición y aprendizaje que es el único método real de convertirse en quien uno necesita ser, cuando llegaron los mensajeros de Agamenón.

Llegaron a mediodía, con los caballos cubiertos del polvo de varios días de viaje y la actitud de quienes traen algo importante y lo saben. Peleo había recibido mensajeros de Micenas en algunas ocasiones durante su reinado, y Aquiles recordaba la impresión que producían en el palacio: una especie de atención colectiva, el instinto de quien comprende que los mensajes de Micenas raramente son intrascendentes.

Los recibió en la sala principal, con Patroclo a su lado y los nobles de Ptía distribuidos a lo largo de las paredes con la expresión de quienes saben que lo que están a punto de escuchar va a requerir una posición y que todavía están calculando cuál es la que conviene tener.

El mensajero principal era un hombre de mediana edad con las marcas de quien ha viajado mucho y ha aprendido que la dignidad en la presentación es parte del mensaje tanto como las palabras. Se presentó con el nombre de Fénix, identificó su procedencia con la fórmula protocolaria que el protocolo micénico exigía, y luego expuso la situación con la claridad de quien ha memorizado lo que tiene que decir y lo dice exactamente como fue preparado para decirlo.

La historia era la que era: la partida de Helena de Esparta con el príncipe troyano París, el deshonor de Menelao, el juramento que los pretendientes habían pronunciado años antes, la convocatoria de Agamenón a todos los reyes aqueos para honrar ese juramento con una expedición conjunta contra Troya.

Lo que el mensajero añadió al relato oficial, con el tacto de quien sabe que los detalles adicionales son a veces más eficaces que los argumentos principales, era la descripción de la expedición que Agamenón estaba organizando: la más grande que los reinos aqueos habían reunido hasta entonces, una coalición de fuerzas que prometía ser la demostración más espectacular del poder griego en una generación. Los nombres de los reyes que ya habían confirmado su participación. Las riquezas que Troya ofrecía a quien la conquistara. Y, pronunciado con el énfasis calculado de quien conoce el efecto que va a producir, el nombre de los hombres cuya presencia definiría el carácter de la expedición: hombres cuya participación haría que su nombre sobreviviera en los poemas durante generaciones.

Los nobles de Ptía miraron a Aquiles.

Aquiles no miraba a nadie. Miraba el suelo frente a él con la concentración del que está pensando en algo que no puede pensar en voz alta todavía.

Era un joven rey de dieciséis años que llevaba un año aprendiendo a gobernar un reino pequeño. Era también el guerrero cuya reputación había comenzado a extenderse más allá de Tesalia con la velocidad específica de las reputaciones que tienen algo real detrás. Era el señor de los mirmidones. Era el hijo de Tetis, que sabía cosas que los demás no sabían sobre el destino de las personas que nacen con ciertas capacidades en ciertos momentos de la historia.

Y era, en ese momento, alguien que sentía el peso de una decisión que sabía que iba a tomar antes de haberla terminado de razonar, porque la razón tarda en llegar a las conclusiones que el instinto ya había alcanzado, y su instinto le decía que la expedición que el mensajero describía era exactamente lo que siempre había imaginado sin saber que lo imaginaba: un escenario lo suficientemente grande como para que sus capacidades tuvieran un espacio en el que extenderse completamente.

Ptía era lo que era. El mundo que el mensajero describía era otra cosa.

Levantó la mirada del suelo y la dirigió al mensajero.

—Dile a Agamenón que Aquiles de Ptía y los mirmidones estarán en Áulide —dijo.

El mensajero asintió con la satisfacción contenida de quien ha cumplido su misión de la manera en que esperaba cumplirla.

Los nobles de Ptía intercambiaron miradas que contenían todo tipo de cosas: alivio de algunos, preocupación de otros, y en todos ellos la consciencia de que acababan de presenciar algo que no tenían palabras completamente adecuadas para describir pero que reconocían como un umbral. Del otro lado de ese umbral, Ptía seguiría siendo Ptía. Pero Aquiles sería algo diferente.

Patroclo, que había escuchado todo esto en silencio desde su posición junto a la pared, esperó a que el mensajero fuera llevado a descansar y los nobles se dispersaran antes de acercarse a Aquiles.

—¿Lo has pensado bien? —dijo.

—Lo suficiente —dijo Aquiles.

—¿Y Tetis?

—Ya lo sabe —dijo Aquiles—. No sé cómo, pero ya lo sabe.

Patroclo asintió.

—Voy también —dijo.

No era una pregunta ni una solicitud. Era simplemente la constatación de algo que para Patroclo era tan evidente como que el sol salía por el este.

—Lo sé —dijo Aquiles.

Salieron de la sala por el corredor que daba al patio interior, donde la luz de la tarde empezaba a alargar las sombras sobre las piedras con esa precisión matemática que tienen las sombras del Mediterráneo cuando el sol ya no está en el punto más alto y el mundo empieza a prepararse para otra clase de oscuridad.

En algún lugar del palacio, Tetis había escuchado la respuesta de su hijo al mensajero. Lo que pensó en ese momento, nadie podría saberlo. Lo que hizo fue ir a las habitaciones donde guardaba las sustancias que usaba para los tratamientos de Aquiles y pasar el resto de esa tarde preparando algo que su hijo iba a necesitar más que nunca en los años que venían.

No lloraba. O si lloraba, era en ese lugar interior donde los llantos que no pueden hacerse afuera encuentran el espacio que necesitan.

Y afuera, el mundo continuaba siendo el mundo: más grande que Ptía, más exigente que cualquier entrenamiento, más indiferente a las esperanzas individuales de lo que nadie que no lo hubiera experimentado podría imaginar.

Los mirmidones iban a necesitar sus barcos negros.

CAPÍTULO 5

Helena y el juramento que cambió el mundo

Esparta, Áulide — El pretexto se convierte en guerra

Esparta no era Micenas. Esa diferencia, que parece obvia cuando se la enuncia, contenía en realidad toda una filosofía de gobierno que los griegos posteriores convertirían en una de las grandes narrativas de su propia identidad: la tensión entre dos maneras de entender lo que un reino debe ser y para qué sirve el poder de quien lo gobierna. Micenas acumulaba: riqueza, alianzas, influencia, la red de dependencias que convertía a un rey en el centro de todo lo que ocurría en su territorio y más allá. Esparta construía: guerreros, disciplina, la capacidad de sostener con el cuerpo y la voluntad lo que la política construía con las palabras.

En el siglo XIII, esa diferencia todavía no había alcanzado la forma extrema que la historia posterior le atribuiría. La Esparta de ese período era una ciudad de la Grecia continental con pretensiones y capacidades propias, respetada por sus vecinos en la medida en que los reinos pequeños son respetados por sus vecinos cuando tienen suficientes guerreros para hacer costoso el irrespeto y suficiente prudencia para no provocar sin razón. Tindáreo la había gobernado durante décadas con el pragmatismo de quien sabe que el tamaño de su reino no le permite los lujos que se permiten los grandes y que por tanto debe elegir sus batallas con más cuidado que ellos.

En ese contexto, Helena había crecido.

La imagen que los siglos construirían sobre ella —la mujer más hermosa del mundo, la causa de la guerra más famosa de la Antigüedad, el símbolo de todo lo que los hombres son capaces de destruir por poseer lo que desean— era, como todas las imágenes que la historia construye sobre las personas reales, una simplificación que decía algo verdadero sobre ella y omitía todo lo que hacía que ese algo verdadero fuera comprensible en su contexto real.

Era hermosa. Eso no requería exageración: en una época donde la apariencia de los nobles era parte de su capital político y donde los visitantes de las cortes hacían circular descripciones de los reyes y sus familias con la misma atención que prestaban a las descripciones de sus ejércitos y sus territorios, la belleza de Helena era suficientemente notable como para que los mensajeros que habían estado en Esparta la mencionaran de manera consistente en sus reportes. Pero la belleza, por notable que fuera, no habría bastado para convertirla en la figura que se convirtió. Lo que la convirtió en eso era su posición: el nudo en la red micénica que cualquier rey con ambiciones necesitaba o, en el mínimo, necesitaba que ningún otro poseyera.

Lo que raramente se contaba, porque las historias sobre las mujeres en el mundo micénico tenían una tendencia a reducirlas a lo que los hombres

hacían con ellas y no a lo que ellas hacían con lo que les daba la vida, era que Helena había aprendido a navegar esa posición con una habilidad que era el resultado de años de observación cuidadosa. Había crecido en el palacio de Tindáreo viendo llegar embajadores, negociadores, mercaderes y viajeros de toda descripción, escuchando conversaciones que en otro tiempo y otro lugar habrían tenido lugar fuera de su alcance pero que en Esparta ocurrían lo suficientemente cerca como para que una muchacha lista pudiera escucharlas si prestaba atención y no hacía demasiado ruido.

Lo que aprendió en esas conversaciones era lo mismo que aprenden todos los que crecen en el centro de los mecanismos de poder sin tener todavía el poder formal de participar en ellos: que las razones declaradas y las razones reales raramente coinciden, que los acuerdos que parecen equitativos en la superficie suelen beneficiar más a una de las partes cuando se leen con atención, y que las personas que tienen éxito a largo plazo en ese mundo son las que consiguen que sus intereses parezcan los intereses de todos. Era una educación informal e involuntaria, la mejor de las educaciones porque nadie puede fingir para quien aprende observando en lugar de escuchando lo que le dicen.

Cuando llegó el momento de su matrimonio, Helena tenía suficiente comprensión de la situación como para saber que la elección no era completamente suya pero que tampoco era completamente ajena. En el estrecho espacio entre esos dos extremos, eligió a Menelao.

Menelao era el hermano de Agamenón, lo cual lo convertía automáticamente en la alianza más poderosa disponible. Era el heredero del trono de Esparta, lo cual significaba que Helena gobernaría como reina en su propia ciudad en lugar de ser trasplantada a una corte ajena donde su posición dependería siempre del grado en que el marido eligiera reconocerla. Y era, en lo personal, un hombre que no deslumbraba pero que tampoco amenazaba: sin la brillantez que hace impredecibles a los hombres brillantes, sin la brutalidad que hace peligrosos a los hombres brutales, con la competencia suficiente para gobernar Esparta razonablemente bien y la inteligencia suficiente para saber que algunas de las decisiones que ese gobierno requería eran mejor tomarlas después de consultar con quien tenía mejor perspectiva sobre ellas.

Helena y Menelao gobernaron Esparta durante años que transcurrieron con la regularidad de los años que no contienen ningún drama que nadie necesite recordar. Hubo una hija, Hermione. Hubo las ceremonias que el protocolo exigía, las recepciones de los embajadores que llegaban de los distintos reinos, las conversaciones sobre política y comercio en las que Menelao participaba con más comodidad de lo que sus contemporáneos habrían predicho. Había algo en la alianza que funcionaba, no con la pasión que los bardos preferían cantar sino con la eficiencia de dos personas que habían construido algo juntos y que lo administraban con el cuidado de quien sabe que lo que se construye tarda más en hacerse que en deshacerse.

Y luego llegó París a Esparta.

El segundo hijo de Príamo de Troya tenía entonces alrededor de veinticinco años y todo el encanto de los hombres que han crecido sabiendo que el mundo tiene cosas que desea y que el encanto es la herramienta más eficaz para obtenerlas cuando la herencia no es suficiente. Era apuesto de la manera específica en que los son los hombres que han prestado atención a cómo usar lo que tienen: no simplemente con la apariencia sino con la conciencia de que la apariencia es una señal que los demás leen y que puede ser gestionada si uno sabe cómo hacerlo.

Su visita a Esparta tenía el propósito diplomático que los protocolos exigían declarar: consolidar los lazos entre Troya y los reinos aqueos del sur, explorar las posibilidades de expansión comercial, llevar los saludos de Príamo a las cortes que Troya tenía interés en mantener como interlocutores favorables. Era exactamente el tipo de misión que los segundos hijos de los grandes reyes realizaban cuando el primogénito estaba demasiado ocupado con las responsabilidades del poder real y la corte necesitaba representantes capaces de moverse en el mundo sin cargar con el peso de la sucesión.

Lo que París buscaba en Esparta además de eso, con la honestidad que el tiempo permite aplicar a motivaciones que en el momento habrían sido políticamente inconvenientes de admitir, era algo que le había faltado durante toda su vida en la sombra de Héctor: la sensación de que lo que él hiciera importaba, que sus decisiones tenían consecuencias reales, que el destino de algo relevante dependía de lo que él eligiera hacer. Era una necesidad comprensible en alguien que había crecido viendo a su hermano mayor ocupar el espacio que en cualquier otra familia habría correspondido a él.

Menelao lo recibió con la hospitalidad que el protocolo requería y que su carácter honesto hacía genuina. Durante los días que siguieron, la corte de Esparta funcionó con la rutina de las cortes que reciben visitantes de posición: banquetes, presentaciones, conversaciones formales sobre comercio y política, los entretenimientos que se esperaban. Menelao era un anfitrión competente que trataba bien a sus invitados porque le parecía lo correcto hacerlo.

Lo que no hizo, porque no tenía razón para hacerlo en el contexto de una visita diplomática de rutina, fue prestar atención especial a las conversaciones que su invitado tenía con Helena.

Esas conversaciones existían, como existen todas las conversaciones entre personas que se encuentran en un contexto social suficientemente amplio como para permitir los intercambios laterales. Lo que las hacía diferentes de las conversaciones diplomáticas en las que Menelao participaba era que en ellas, según los testimonios que sobrevivieron en las versiones más concretas de la historia, ninguno de los dos hablaba con los filtros que las conversaciones oficiales requerían. Helena, que llevaba años escuchando

exactamente el tipo de conversaciones que París era capaz de sostener pero que nunca había tenido con nadie directamente, encontraba en él a alguien que conocía el mundo que ella había estudiado desde la distancia de los pasillos de Esparta. París encontraba en ella a alguien que entendía lo que decía sin necesitar que se lo explicara, que respondía con la precisión de quien ha pensado en las mismas cosas aunque desde otro ángulo.

Lo que ocurrió después es donde las versiones divergen de maneras que resultan insalvables porque nadie con acceso a los hechos precisos tenía interés en registrarlos neutralmente. Que Helena partió de Esparta con París es incontrovertible. Que se llevó objetos de valor del palacio también. Que Menelao regresó de un viaje a Creta que había comenzado mientras París todavía estaba en Esparta para encontrar el palacio sin su esposa ni su invitado es la descripción básica de lo que ocurrió materialmente.

Si fue raptada o si eligió, si el amor fue la fuerza que movió la situación o si hubo cálculo político de algún tipo detrás, si París le prometió algo que Menelao no podía darle o si simplemente fue el momento y el hombre correctos en el momento en que una mujer que había construido una vida razonable pero no elegida estaba suficientemente cansada de lo razonable como para que lo diferente resultara irresistible: estas preguntas no tienen respuesta disponible porque las respuestas que sobrevivieron fueron construidas por quienes tenían interés en que la versión fuera de una manera determinada.

Lo que sí tiene respuesta disponible es lo que la partida de Helena significó para todos los que no eran Helena.

Para Menelao fue una humillación de las que el mundo micénico no permitía ignorar. No porque el amor traicionado lo destruyera interiormente, aunque ese componente sin duda existía, sino porque en el sistema de honor que gobernaba las relaciones entre los reinos aqueos, el marido al que su esposa abandona con un huésped que ha recibido bajo su propio techo ha sufrido un ultraje que no puede quedar sin respuesta visible. Responderlo en privado no era suficiente. Responderlo de manera que los demás reyes lo vieran era la única forma de respuesta que el código aceptaba.

Fue directamente a Micenas.

Para Agamenón, que recibió a su hermano con la calma del hombre que ya había pensado en esta posibilidad o en una suficientemente similar, la noticia fue el instrumento que llevaba años esperando que la situación produjera. No es que hubiera anticipado exactamente esto. Era que había comprendido que los sistemas humanos siempre producen el tipo de incidente que hace posible lo que la ambición requería y que la única habilidad necesaria era la de reconocerlo cuando llegara.

Lo reconoció de inmediato.

Lo que vino después fue la demostración de que Agamenón era exactamente lo que sus circunstancias lo habían hecho: un arquitecto de la

voluntad ajena. En el plazo de semanas, los mensajeros salieron de Micenas hacia todas las cortes aqueas con la historia correctamente enmarcada: no como la oportunidad estratégica que era sino como el imperativo moral que necesitaba ser. El honor de Menelao. El juramento pronunciado por los pretendientes años atrás. La afirmación de que un pueblo que no defiende sus compromisos no merece ser tomado en serio por nadie.

La respuesta fue la que Agamenón esperaba, porque había elegido el momento correcto y las palabras correctas y los mensajeros correctos para llevarlas. Los reyes juramentados comenzaron a confirmar su participación. Los que vacilaron recibieron visitas adicionales con argumentos adicionales. Los que todavía vacilaron después de eso descubrieron que el costo de quedarse fuera de una expedición de esa magnitud era más alto que el costo de entrar en ella.

La flota comenzó a congregarse en Áulide.

Aquiles llegó a Áulide con sus mirmidones veintidós días después de que el mensajero de Agamenón partiera de Ptía. Llegó con los barcos más rápidos de la flota aquea, pintados de negro con la resina que los hacía impermeables y que les daba ese aspecto que los troyanos aprenderían a temer antes de que la guerra terminara. Llegó con cincuenta naves y los hombres que las tripulaban, entrenados durante años para actuar con la coordinación que los mirmidones habían convertido en su rasgo definitorio.

Lo que encontró en Áulide era el espectáculo más grande que había visto en sus dieciséis años de vida.

El puerto estaba lleno de embarcaciones de todos los tamaños y procedencias, cada una con sus propias señales y sus propios colores y sus propias tripulaciones con sus propios idiomas y sus propios métodos y sus propias lealtades que terminaban exactamente donde terminaba la conveniencia de mantenerlas. Miles de hombres que en circunstancias normales habrían estado compitiendo entre sí se encontraban ahora encuadrados en la ficción de una empresa común que Agamenón había construido con la arquitectura invisible del que sabe que las estructuras verdaderas son las que no se ven porque se han hecho tan naturales que nadie las cuestiona.

El primer encuentro entre Aquiles y Agamenón es uno de esos momentos que los historiadores reconstruyen con la precaución de quien sabe que lo que ocurre en la primera impresión entre dos personas que van a definir mutuamente sus destinos tiene una importancia que rara vez puede apreciarse en el momento. Lo que los dos vieron el uno en el otro en ese encuentro en la tienda de mando que Agamenón había establecido en el centro del campamento fue, en esencia, la evaluación que los combatientes hacen instintivamente de quien tienen delante: calibrar la amenaza, calibrar la utilidad, calibrar hasta dónde puede llegarse con ese hombre y hasta dónde ese hombre puede llegar con uno.

Agamenón vio un joven de dieciséis años con los ojos del guerrero nato que sus informantes le habían descrito y con algo más que sus informantes no habían podido describir porque era el tipo de cosa que no existe en el vocabulario de los informantes: una calidad de atención que producía la impresión de estar siendo completamente visto por alguien que no te devolvería necesariamente lo que encontrara. Vio también, con la perspicacia del hombre que ha sobrevivido en un mundo de depredadores, que ese joven era exactamente lo que necesitaba para la expedición que planeaba: el guerrero más capaz disponible, suficientemente joven para no tener todavía las ambiciones políticas que habrían convertido su participación en una amenaza para el liderazgo, suficientemente orgulloso para no tolerar ser tratado como un instrumento y lo suficientemente brillante para ser útil en situaciones que requerían más que la fuerza bruta.

Lo que Agamenón no vio, porque no tenía todavía la información que lo habría hecho visible, era que ese orgullo que reconocía como manejable era en realidad el componente de la personalidad de Aquiles que menos podía ser manejado sin consecuencias, y que las consecuencias de intentarlo serían las más caras que Agamenón pagaría en toda su vida.

Aquiles vio a un hombre que había llegado a donde estaba mediante una combinación de habilidad y determinación que no podía no respetar, y al mismo tiempo vio algo que Patroclo había descrito la noche anterior cuando hablaron del encuentro que venía: la mirada del hombre que evalúa su utilidad y no su persona. Era la diferencia entre ser visto como quien se es y ser visto como lo que se puede hacer. Aquiles llevaba dieciséis años siendo excepcional en todo lo que hacía y había aprendido a reconocer cuándo esa excepcionalidad era reconocida y cuándo simplemente era inventariada.

Agamenón lo estaba inventariando.

Lo que Aquiles decidió en ese momento, sin deliberarlo formalmente sino con esa velocidad que caracterizaba sus decisiones en el umbral de las situaciones que requerían posicionarse antes de que los demás lo posicionaran a uno, fue que participaría en esta expedición en sus propios términos o en ninguno. No lo dijo en esa primera reunión porque no era el momento. Pero lo registró con la precisión de quien sabe que hay cosas que hay que dejar claras antes de que la inercia de las situaciones las decida por uno.

Patroclo, que había acompañado a Aquiles a esa reunión con la invisibilidad que había perfeccionado como herramienta en el año de gobierno de Ptía, observó el intercambio de evaluaciones entre los dos hombres y pensó que la expedición que estaba a punto de zarpar era más complicada de lo que nadie en ese campamento quería admitir. No porque las fuerzas fueran insuficientes o porque el enemigo fuera más poderoso de lo que los cálculos de Agamenón estimaban. Sino porque los intereses de los hombres que estaban en ese campamento eran diferentes entre sí de maneras que la retórica del honor compartido cubría sin resolver, y las cosas que se cubren sin resolver tienen la costumbre de aparecer en el peor momento posible.

Lo que Patroclo no pudo anticipar, porque había cosas que incluso él no podía ver desde la distancia correcta, era lo que iban a encontrar al otro lado del mar y lo que ese encuentro haría a los dos.

Pero antes de que los barcos zarparan, hubo algo en Áulide que ninguno de los dos olvidaría.

Los vientos no soplaban. Durante semanas, la flota más grande que los reinos aqueos habían reunido en una generación permaneció anclada en el puerto de Áulide esperando la dirección correcta del viento, que no llegaba con la obstinación de las cosas que se niegan a someterse a la urgencia de los hombres. El campamento se volvió tenso con la inactividad: miles de guerreros que habían venido a hacer una cosa concreta y que en lugar de hacerla estaban esperando, que es la actividad más corrosiva para la moral de los ejércitos que se conoce desde que los hombres empezaron a organizarse en ejércitos.

Fue en ese período de espera cuando Aquiles comenzó a conocer a los otros líderes de la expedición con la profundidad que solo proporciona el tiempo compartido en condiciones de aburrimiento e incertidumbre, que son las condiciones en que las personas revelan lo que son cuando nadie está observando para el registro oficial.

Odiseo de Ítaca era el que más le interesaba, porque era el más difícil de leer. Era un hombre de mediana estatura con la apariencia del que no hace ningún esfuerzo por impresionar físicamente porque ha aprendido que la impresión que realmente importa se consigue por otros medios. Hablaba con la economía del que sabe que las palabras son instrumentos y que los instrumentos no deben gastarse innecesariamente. Escuchaba con la atención del que está buscando algo específico en lo que el otro dice y que sabe exactamente lo que está buscando.

—¿Por qué viniste? —le preguntó Odiseo a Aquiles en una de esas noches de Áulide, directamente, sin el preámbulo que la cortesía habitual habría requerido.

Aquiles lo miró durante un momento.

—¿Por qué vine o por qué vine realmente? —dijo.

—Son la misma pregunta si uno es honesto —dijo Odiseo.

—Vine porque esto es lo más grande que va a ocurrir en mi tiempo —dijo Aquiles—. Y quedarse en Ptía viendo ocurrir lo más grande de tu tiempo desde lejos me parece una manera de desperdiciar el único tiempo que tienes.

—¿Y la gloria?

—La gloria es el nombre que los bardos le dan a lo que los hombres hacen cuando lo hacen bien —dijo Aquiles—. No vine a buscar el nombre. Vine a hacer las cosas.

Odiseo lo miró con algo que podría haber sido evaluación o podría haber sido algo más cercano al respeto, que en Odiseo eran cosas difíciles de distinguir.

—Eres más joven de lo que pareces —dijo.

—Y tú eres más calculador de lo que muestras —dijo Aquiles.

Odiseo casi sonrió.

—Eso lo reconoce todo el mundo —dijo—. Lo que no reconoce todo el mundo es que tiene sus ventajas.

—Lo sé —dijo Aquiles—. Por eso no lo dije como insulto.

Fue en esos días de Áulide cuando Agamenón tomó la decisión que los bardos cubrirían con el manto de la profecía y de la intervención divina porque la realidad desnuda era demasiado brutal para ser presentada sin ese barniz: Ifigenia, su hija, fue llevada al altar.

Los sacerdotes habían declarado que los vientos no llegarían hasta que se realizara el sacrificio que los dioses reclamaban. Lo que los sacerdotes declaraban en nombre de los dioses en el mundo micénico era, como casi todas las declaraciones religiosas en casi todas las épocas, una combinación de creencia genuina y conveniencia política que resultaba imposible separar con precisión. Los vientos no soplaban. El ejército estaba inquieto. Agamenón necesitaba una razón para que el ejército que empezaba a cuestionar la expedición antes de que comenzara encontrara una causa suficiente para continuar.

Ifigenia fue la causa.

Aquiles estuvo presente en los días que precedieron a lo que ocurrió. La versión que algunos relatos conservaron era que Ifigenia había sido llevada a Áulide con el pretexto de un matrimonio con Aquiles que nunca tuvo intención de celebrarse. Si eso fue verdad o fue una elaboración posterior que añadía traición a la crueldad para hacer la historia más completa no podía saberse con certeza. Lo que sí podía saberse era la reacción de Aquiles cuando comprendió lo que estaba a punto de ocurrir.

Fue la primera vez que Patroclo lo vio enfrentarse a Agamenón directamente. No con las palabras medidas del que ha calculado hasta dónde puede llegar, sino con la urgencia del que ha encontrado una cosa que le resulta intolerable y que no tiene tiempo de gestionar la intolerancia con la diplomacia que las situaciones políticas requieren.

—Esto no puede hacerse —le dijo Aquiles a Agamenón, ante los otros líderes reunidos.

—Ya está decidido —dijo Agamenón, con la calma del hombre que ha tomado la decisión más difícil de su vida y que ha gastado en tomarla toda la emoción disponible para reaccionar ante quien la cuestiona.

—Una decisión que destruye lo que debería proteger no es una decisión —dijo Aquiles—. Es una rendición.

—¿Rendición ante qué?

—Ante la idea de que hay algo más importante que los que te lo confían —dijo Aquiles—. No hay expedición que valga eso.

Lo que Agamenón respondió a eso, Patroclo lo recordaría durante años como el momento en que comprendió exactamente con qué tipo de hombre tendrían que convivir durante los años que vendrían. No fue brutalidad. Fue algo más frío y más permanente que la brutalidad: la explicación paciente de que en la política de lo posible hay cosas que se hacen porque sin ellas lo demás no puede hacerse, y que quien no puede hacer esas cosas no puede llevar el peso de lo que lidera.

Era una lógica perfecta. Era también la lógica que había construido los peores momentos de la historia humana desde que los hombres empezaron a organizarse en grupos lo suficientemente grandes como para que los individuos se volvieran prescindibles en nombre del conjunto.

Aquiles no encontró las palabras para responderla en ese momento, porque las palabras para responder ese tipo de lógica no estaban en el vocabulario que el mundo micénico le había dado. Las encontraría después, demasiado tarde para que le sirvieran de algo.

Los vientos llegaron.

La flota zarpó de Áulide con el tipo de determinación que solo tienen los ejércitos que han visto algo que los obliga a seguir adelante porque detenerse significaría tener que mirar de frente lo que acaban de permitir. La determinación de los que necesitan que lo que viene justifique lo que ya ocurrió.

Aquiles observó la costa de Áulide alejarse desde la proa de su barco negro con Patroclo a su lado. No dijo nada durante un tiempo que Patroclo respetó con el silencio que las situaciones que no tienen palabras adecuadas merecen.

—¿Qué piensas? —dijo Patroclo finalmente.

—Que hemos empezado mal —dijo Aquiles.

—¿Y seguimos de todas formas?

—No hay otra manera de llegar al otro lado del mar —dijo Aquiles.

Patroclo asintió. El viento llenaba las velas de los barcos negros con la indiferencia específica del viento hacia los asuntos de los hombres. El Egeo se extendía adelante con ese azul profundo que el mar tiene cuando el sol está en el punto más alto y el horizonte es una línea perfecta entre el agua y el cielo.

Al otro lado de ese horizonte estaba Troya.

Y en Troya, aunque ninguno de los que navegaban en esa flota pudiera verlo todavía, había un hombre parado sobre las murallas mirando el mar con la expresión de quien ha escuchado las noticias y que ha comprendido, con la claridad que le daba el haber pensado en este momento durante

años, lo que esas noticias significaban para la ciudad que algún día iba a gobernar y que ahora tenía que defender.

Héctor, el hijo mayor de Príamo, miraba el mar y veía lo que venía.

Y lo que veía no le gustaba. No porque no estuviera dispuesto a enfrentarlo. Sino porque llevaba suficiente tiempo pensando en las consecuencias como para saber que algunas de ellas, las peores, eran inevitables independientemente de lo bien que uno se preparara.

Los barcos negros venían hacia Troya.

Y el mundo que había conocido empezaba a terminarse.

CAPÍTULO 6

Los barcos negros zarpan

El Egeo — La travesía y las primeras costas

El mar no tiene opinión sobre los hombres que lo cruzan. Eso es lo primero que aprende cualquiera que haya pasado suficiente tiempo en él: que la indiferencia del mar no es hostilidad sino algo más absoluto y más difícil de aceptar, la simple ausencia de cualquier consideración hacia lo que ocurre sobre su superficie. Las tormentas no discriminan entre el barco del rey y el del pescador. Las corrientes no favorecen a los justos. El viento llega cuando llega y se va cuando se va, sin consultar los planes de los que dependen de él para llegar a donde necesitan llegar.

La flota aquea aprendió esto durante los primeros días de navegación con la eficiencia brutal de las lecciones que el mar imparte: sin preámbulo, sin gradación, directamente en el punto donde duele más. El tiempo que los habían esperado en Áulide resultó haber sido, en retrospectiva, una preparación para la travesía en el sentido en que el aburrimiento extremo prepara para la acción extrema: agotando la paciencia hasta el punto en que cualquier movimiento, incluso el movimiento hacia lo peligroso, resulta preferible a la inmovilidad.

Los primeros días de navegación transcurrieron con ese silencio cargado que tienen los inicios de las empresas grandes: la conciencia colectiva de que se ha pasado un umbral que no puede cruzarse en la dirección contraria con la misma facilidad con que se cruzó en esta, combinada con la inevitabilidad de que lo que viene va a ser diferente de lo que se dejó atrás aunque nadie pueda decir todavía exactamente en qué sentido va a ser diferente.

Aquiles pasó los primeros días de navegación entre la cubierta de su barco y las conversaciones con los capitanes de las otras embarcaciones de su flota, aprendiendo el lenguaje específico del mar con la velocidad que aprendía todo lo que le importaba aprender. No era un navegante nato de la manera en que lo eran los isleños que habían crecido con el agua por todas partes, esos hombres para quienes el mar era una extensión natural de la tierra y no un mundo aparte regido por leyes diferentes. Pero tenía la

ventaja del que aprende algo nuevo sin los hábitos que impiden ver la lógica subyacente de lo que se aprende: para Aquiles, el mar era un sistema con sus propias reglas, y las reglas de los sistemas podían aprenderse si uno prestaba suficiente atención a sus manifestaciones.

Patroclo, que se mareaba con la regularidad desoladora de quien ha nacido para vivir en tierra firme y que había decidido que eso no era razón suficiente para quedarse en ella, observaba la costa desde la borda con la expresión del que está negociando un acuerdo de compromiso entre su cuerpo y su voluntad. Los marineros lo trataban con la solidaridad silenciosa que los que no se marean dedican a los que sí, que es una solidaridad que contiene más compasión genuina que burla porque todos saben que el mareo no distingue el valor del miedo y que el hombre que tiene náuseas pero sigue en el barco es, en cierto sentido, más valiente que el que no las tiene.

—¿Cómo estás? —le preguntó Aquiles en uno de esos momentos.

—Mal —dijo Patroclo—. Pero funcional.

—¿Necesitas algo?

—Necesito tierra —dijo Patroclo—. Pero como no hay, me conformo con que te vayas y no me hagas hablar.

Aquiles se fue. Era una de las cosas que había aprendido de Patroclo en años de convivencia: que algunas formas de ayuda consisten exactamente en no ayudar.

La flota navegó hacia el sur antes de girar al este, siguiendo las rutas que los marinos aqueos conocían de generaciones de comercio: la cadena de islas que jalonaba el Egeo central, los puntos de referencia que los navegantes usaban para orientarse antes de que existiera ningún instrumento más sofisticado que los ojos y la memoria acumulada de los hombres que habían recorrido ese camino antes. En varios de esos puntos, la flota hacía escala para abastecerse de agua y de alimentos frescos, y esas escalas tenían la calidad de los paréntesis: momentos donde la tensión del viaje cedía brevemente y los hombres podían ser lo que eran cuando no había que ser guerreros ni marineros ni ciudadanos de ninguna expedición histórica.

En una de esas escalas, en la isla de Esciros, ocurrió algo que Aquiles nunca mencionaría voluntariamente y que sin embargo formaría parte de los relatos sobre él con la persistencia de las historias que la gente necesita contar aunque el protagonista preferiría que no se contaran.

Tetis, que conocía el mundo con una profundidad que Peleo nunca había terminado de comprender, había hecho llegar antes de la partida de Áulide cierta información a ciertas personas en Esciros sobre la conveniencia de que el rey de esa isla recibiera a Aquiles con la hospitalidad que su posición merecía. Lo que Aquiles encontró en Esciros era exactamente eso: hospitalidad genuina combinada con la propuesta discreta de que

permaneciera en la isla el tiempo que considerara apropiado. Los bardos posteriores adornarían esta historia con disfraces femeninos y la búsqueda heroica de Odiseo, porque necesitaban un episodio que reconciliara la imagen de invulnerabilidad absoluta con la realidad de que Aquiles estuvo efectivamente en Esciros mientras la flota continuaba su camino.

La verdad era más sencilla y más ambigua: Tetis quería que su hijo no fuera a Troya. No porque ignorara que la decisión ya estaba tomada sino porque una madre que ha pasado dieciséis años construyendo a un ser humano para que sea lo más resistente posible al mundo que le esperaba no termina de aceptar que ese mundo va a reclamar lo que construyó, y la resistencia a esa aceptación toma las formas que puede tomar cuando uno sabe que no puede detener lo inevitable.

Aquiles pasó un tiempo en Esciros. Cuánto exactamente, los registros no lo precisaban con suficiente claridad para saberlo. Lo que sí podía saberse era que cuando volvió a reunirse con la flota, que Agamenón había retenido pacientemente sin explicaciones públicas porque necesitaba a los mirmidones y sabía que los mirmidones seguían a Aquiles y no a él, algo había cambiado en la manera en que Aquiles hablaba de lo que venía. No en la determinación, que era la misma. En el peso que cargaba con ella.

Fue en ese período de navegación, entre Esciros y las costas de Anatolia, cuando la flota aquea comenzó a mostrar lo que mostraban todos los ejércitos en los momentos de transición entre la preparación y la acción: su estructura real. No la estructura formal que Agamenón había diseñado con los nombres de los reyes en las posiciones que correspondían a sus rangos, sino la estructura que emerge cuando las personas pasan suficiente tiempo juntas en condiciones de incomodidad compartida, que es la única estructura que importa cuando llega el momento en que las cosas se complican.

La estructura real de la flota aquea era esta: Agamenón en el centro porque tenía la autoridad formal y los recursos para respaldarla y porque en ausencia de esa autoridad la coalición se disolvería en los competidores que en realidad eran. Odiseo en el margen porque era donde Odiseo prefería estar y donde era más efectivo: el hombre que resolvía los problemas que la autoridad formal no podía resolver directamente sin crear precedentes que socavarán esa autoridad. Áyax el Grande en la vanguardia porque era lo que Áyax era y lo que nadie en la flota disputaba, no porque admiraran esa manera de estar en el mundo sino porque la reconocían como genuina y la autenticidad siempre tiene su propia forma de autoridad. Diomedes en algún lugar entre todos ellos, callado y eficaz con la calidad de los hombres que hacen el trabajo sin necesitar que nadie lo note.

Y Aquiles en otra parte completamente, en esa posición que no tiene nombre en los organigramas militares porque no encaja en ninguna de las categorías que los organigramas reconocen: ni completamente dentro de la estructura ni completamente fuera de ella, aceptando la empresa sin aceptar del todo la autoridad que la dirigía, reconociendo la necesidad de la

coordinación sin reconocer que la coordinación requería su subordinación completa.

Era una posición que Agamenón encontraba irritante de la manera específica en que los hombres de poder encuentran irritante aquello que funciona según sus propias reglas y no según las reglas que el poder establece. No podía ignorar a Aquiles porque Aquiles era demasiado valioso para ser ignorado. No podía integrarlo completamente porque Aquiles no era integrable en el sentido en que los comandantes que necesitan estructuras claras entienden la integración. Lo que podía hacer, y lo que haría durante años con la paciencia del estratega que sabe que las situaciones incómodas se gestionan mejor que se resuelven, era mantener ese equilibrio inestable durante el tiempo que la expedición requiriera.

El equilibrio duraría hasta que no durara más. Pero eso todavía estaba por venir.

La primera visión de las costas de Anatolia llegó al décimo día de navegación desde Esciros, en la claridad específica de las mañanas del Egeo cuando el sol lleva suficiente tiempo en el horizonte como para que el aire pierda la bruma nocturna y el mundo adquiere esa definición de contornos que en otras épocas del día no tiene. Los vigías en las proas de los barcos de vanguardia gritaron lo que veían y el grito se propagó por la flota con la velocidad de las noticias que todos esperaban escuchar.

Aquiles estaba en la proa de su barco cuando lo escuchó. Miró hacia donde los vigías señalaban y vio lo que miles de años de poesía describirían después como la orilla de Troya aunque en realidad era la orilla de las costas de Anatolia, que son más extensas y más variadas que cualquier simplificación épica puede representar. No era la ciudad todavía. Era simplemente tierra al otro lado del agua, con la calidad específica de la tierra que uno ha cruzado un mar para ver y que por tanto tiene un peso en la percepción que la tierra que se tiene cerca nunca tiene.

—Ahí está —dijo Patroclo, que había mejorado notablemente desde Esciros y que se había instalado junto a Aquiles en la proa con la calidad de faro del que no se mueve porque sabe que el otro necesita que algo no se mueva.

—Ahí está —confirmó Aquiles.

—¿Cómo te sientes?

—Como el primer día en los montes Pelión con Quirón —dijo Aquiles—. Como que lo que viene va a ser diferente de todo lo que ha habido antes y que eso es lo único que sé con certeza sobre ello.

Patroclo lo miró.

—¿Y eso te parece bien?

—Me parece verdadero —dijo Aquiles—. Lo que me parece bien o mal está por verse.

Lo que vieron en los días siguientes era la realidad de un desembarco militar en costas defendidas, que era muy diferente de cualquier

descripción que los bardos harían después y muy diferente también de cualquier descripción que los propios participantes harían cuando la distancia del tiempo convirtiera el caos en narrativa. El desembarco en las costas de Troya fue costoso. Las primeras bajas llegaron antes de que los primeros hombres pusieran pie en tierra firme, porque los defensores troyanos y sus aliados habían tenido tiempo de prepararse y habían elegido sus posiciones con la inteligencia táctica de quien conoce el terreno.

Aquiles desembarcó de los primeros. No porque Agamenón se lo hubiera ordenado, sino porque era lo que hacía el señor de los mirmidones cuando sus hombres necesitaban que alguien fuera primero: iba primero. No como gesto heroico en el sentido que los poemas darían a esa expresión después, sino como consecuencia natural de quién era y de lo que los mirmidones necesitaban de él en ese momento.

Lo que ocurrió en la playa en esas primeras horas era el tipo de experiencia que cambia para siempre la manera en que uno ve la guerra. No la guerra abstracta de los entrenamientos y las discusiones estratégicas y los relatos de los veteranos, sino la guerra concreta: el ruido que no tiene nada que ver con el ruido imaginado, el polvo y el calor y el olor de los cuerpos en movimiento masivo, la velocidad con que las situaciones cambian de manera que ningún plan puede anticipar completamente, la diferencia entre la muerte imaginada y la muerte real que está al lado de uno y que no tiene la calidad narrativa que le asignan las canciones sino simplemente la calidad de haberse terminado una cosa que había estado viva.

Aquiles lo procesó todo con la eficiencia que Tetis y Quirón habían construido en él durante años: registrando, adaptando, actuando con la velocidad que la situación requería. Los mirmidones funcionaron en la playa con la coordinación que los había hecho famosos en Tesalia, ampliada ahora al contexto de una acción real, donde la diferencia entre la coordinación entrenada y la coordinación en combate es la diferencia entre saber nadar en una piscina y saber nadar en el mar: el principio es el mismo pero todo lo demás es diferente.

Patroclo, que había elegido su posición con la sabiduría de quien conoce sus propias capacidades con precisión, mantuvo la comunicación entre los distintos grupos de mirmidones con la eficacia de un sistema nervioso bien calibrado: los mensajes correctos a las personas correctas en el momento en que esos mensajes cambiaban el resultado de lo que estaba ocurriendo. No estaba en el frente. No necesitaba estar en el frente. Lo que hacía desde donde estaba era igualmente decisivo aunque ninguna canción lo mencionara.

Al final del primer día en suelo anatolio, la flota aquea había establecido una cabeza de playa. No la victoria espectacular que la retórica previa a la expedición había prometido, sino algo más modesto y más real: un trozo de costa donde los barcos podían permanecer con suficiente seguridad como para descargar y donde los hombres podían pasar la noche sin miedo a ser arrasados antes de que amaneciera. Era un comienzo.

Agamenón reunió a los líderes de la expedición esa noche en la tienda que sus sirvientes habían levantado con la eficiencia de quienes han practicado ese proceso en muchas campañas anteriores. La evaluación del día fue lo que eran todas las evaluaciones del primer día de una campaña: una mezcla de los hechos reales con la interpretación de esos hechos que cada líder necesitaba para justificar ante sí mismo y ante sus hombres que el primer día había sido suficientemente bueno.

Aquiles escuchó las evaluaciones con la paciencia de quien sabe que algunas de las cosas que escucha son verdad, algunas son esperanza disfrazada de verdad y algunas son simplemente lo que la gente dice cuando necesita decir algo. Cuando le tocó hablar, dijo lo que había observado: los puntos donde la defensa troyana había sido más efectiva, los sectores donde las alianzas entre los troyanos y sus aliados regionales mostraban tensiones que podían aprovecharse, la naturaleza del terreno en las áreas que los mirmidones habían recorrido durante el día.

Era información útil presentada de manera útil. Agamenón la recibió con el reconocimiento mínimo que la cortesía exigía y continuó con la reunión.

Eso también era información. Sobre cómo iba a funcionar esa estructura durante los años que vendrían.

Fuera de la tienda de Agamenón, el campamento aqueo se instalaba en la playa con la determinación de los que han venido a quedarse el tiempo que haga falta. Los fuegos se encendían. Los guardias tomaban sus posiciones. Los que habían perdido amigos durante el día los lloraban con el silencio específico del luto en campaña, que no puede ser el luto completo porque el luto completo requiere tiempo que la campaña no da.

Aquiles y Patroclo caminaron hasta el borde del agua cuando la oscuridad era ya completa. El Egeo a sus espaldas. Delante, las tierras oscuras de Anatolia donde en algún lugar entre las colinas y la costa estaba la ciudad que habían cruzado un mar para tomar y que desde aquí, en la primera noche real de la expedición, no se veía en absoluto.

—Sigue siendo invisible —dijo Aquiles, mirando hacia donde debería estar Troya.

—Por ahora —dijo Patroclo—. Las cosas invisibles de noche se ven de día.

—¿Y si cuando la veamos resulta diferente de lo que imaginamos?

—Será diferente de lo que imaginamos —dijo Patroclo—. Todo lo que vale la pena siempre lo es.

El agua lamía la arena con la indiferencia de siempre. Lejos, en algún punto de las colinas que ninguno de los dos podía ver todavía, las antorchas de Troya brillaban con la constancia de las ciudades que han sobrevivido a suficientes noches difíciles como para saber que la oscuridad siempre termina.

Y en esa playa, en esa primera noche de lo que serían diez años, dos hombres miraban hacia donde estaba la ciudad que iban a intentar

conquistar sin saber todavía lo que esa conquista iba a costarles, porque hay precios que no se pueden conocer de antemano y que solo se comprenden cuando ya se han pagado.

El mar siguió siendo indiferente.

La oscuridad siguió siendo oscura.

Y Troya siguió siendo invisible hasta que el sol la encontró al día siguiente, dorada y alta sobre las colinas, exactamente donde había estado siempre y donde estaría mucho tiempo más.

Lo que nadie en ese campamento de playa podía saber en esa primera noche, y que el narrador que observa desde la distancia de los siglos tiene la obligación de señalar, era que la guerra que comenzaba no era únicamente la guerra que los poemas cantarían. Era también el inicio del proceso que terminaría con el mundo que todos ellos conocían.

Las noticias que llegaban a los puertos durante la travesía, traídas por los barcos de mercaderes que cruzaban el Egeo en la dirección contraria, comenzaban a tener una consistencia que el tiempo haría legible: más ciudades que no respondían a los mensajes diplomáticos, más rutas que se volvían inseguras, más relatos sobre pueblos que se movían en masa sin destino claro pero con consecuencias que se leían perfectamente en el paisaje que dejaban a su paso. El sistema comercial que había sostenido la prosperidad del Mediterráneo oriental durante generaciones estaba crujiendo de maneras que todavía sonaban a madera que se dobla y no a madera que se rompe, pero la diferencia entre esos dos sonidos era más delgada de lo que nadie quería reconocer.

Los hombres que habían zarpado de Áulide en busca de la riqueza de Troya navegaban hacia el futuro sin saber que el futuro al que navegaban era diferente del futuro que habían imaginado cuando zarparon. Eso también es la guerra: un conjunto de personas que actúan sobre la base de información que ya es obsoleta cuando la usan, guiadas por mapas que describen un mundo que está dejando de ser el mundo mientras los miran.

Pero eso era algo que solo podía verse desde la distancia. Y la distancia, en ese momento, era un lujo que ninguno de los que estaban en esa playa tenía disponible.

Tenían el presente. El fuego, el mar, la oscuridad y la ciudad invisible en las colinas.

Por ahora, eso era suficiente para empezar.

CAPÍTULO 7

Las primeras costas

Anatolia — Los años iniciales del asedio

Los años se cuentan de manera diferente en la guerra que fuera de ella. Fuera de la guerra, los años tienen la textura de las cosas que ocurren y

que se acumulan: nacimientos, cosechas, decisiones que se toman y cuyas consecuencias se despliegan con la lentitud de los procesos que el tiempo acompaña. En la guerra, los años tienen la textura del agua que se escurre entre los dedos: uno intenta retenerlos y lo único que consigue es sentir cómo se van, sin que ninguno de los instantes que los componen tenga suficiente consistencia como para distinguirse de los demás en la memoria.

Los primeros años del asedio de Troya fueron exactamente así.

El campamento aqueo creció desde la cabeza de playa inicial hasta convertirse en algo que los mercaderes que ocasionalmente se acercaban desde el mar describían con el vocabulario que usaban para las ciudades y no para los campamentos: tenía sus barrios, sus zonas de influencia, sus jerarquías informales superpuestas a las formales, sus mercados improvisados donde los hombres intercambiaban lo que tenían por lo que necesitaban, sus lugares de reunión que con el tiempo adquirieron la calidad de los lugares donde siempre ocurría lo mismo y por tanto la calidad de lugares. Era una ciudad provisional habitada por hombres que esperaban que la provisionalidad terminara pronto y que con el paso del tiempo fueron comprendiendo que lo provisional puede durar más que muchas cosas permanentes.

Las murallas de Troya resistían.

Eso era lo fundamental. Lo que los planificadores de la expedición habían imaginado como una campaña de meses se fue convirtiendo en algo que ninguno de ellos habría querido llamar por su nombre verdadero, que era una guerra de desgaste, porque las guerras de desgaste eran lo opuesto de lo que los bardos cantaban y de lo que los reyes prometían cuando convocaban ejércitos con la retórica del honor y la gloria y el botín espectacular. Una guerra de desgaste decía que el otro lado era suficientemente fuerte como para que la fuerza directa no bastara, y eso era exactamente lo que las murallas de Troya decían cada mañana cuando el sol las iluminaba y los hombres del campamento aqueo las miraban y veían exactamente lo mismo que habían visto el día anterior.

Aquiles había comprendido esto antes que la mayoría. No porque fuera más pesimista sino porque era más preciso: miraba las murallas con la evaluación del guerrero que tiene que saber exactamente lo que enfrenta para saber exactamente cómo enfrentarlo, y lo que las murallas le decían era que no iban a caer por asalto frontal en ningún período que la lógica pudiera predecir. Lo que funcionaría, si algo funcionaba, era la paciencia combinada con la presión sistemática: el debilitamiento progresivo de las líneas de suministro, la reducción de los aliados de Troya en la región, la erosión lenta de la capacidad troyana de mantener lo que tenía sin poder recuperar lo que perdía.

Era una estrategia que los bardos no cantarían nunca porque no tenía momentos. Era la estrategia correcta.

Lo que hacía Aquiles en esos primeros años era exactamente eso: incursiones sistemáticas contra las ciudades aliadas de Troya en la región costera de Anatolia. No ataques aleatorios sino operaciones calculadas para producir el máximo efecto con el mínimo de desgaste propio, seleccionando objetivos que cortaran las rutas por donde llegaban a Troya los suministros que necesitaba para sostener un asedio prolongado, debilitando las alianzas que mantenían a los troyanos con respaldo en los territorios circundantes.

Los mirmidones eran el instrumento ideal para ese tipo de operación. Su coordinación les permitía moverse más rápido que las fuerzas que podrían oponerles la mayoría de las ciudades secundarias, establecer su posición antes de que los defensores tuvieran tiempo de reorganizarse y retirarse con lo que necesitaban antes de que llegaran los refuerzos que invariablemente vendrían desde algún punto de la red de alianzas troyanas. No era guerra espectacular. Era guerra eficaz, que son dos cosas que raramente coinciden pero que cuando coinciden producen resultados que la guerra espectacular nunca alcanza.

La reputación de Aquiles creció en esos primeros años con la velocidad de las reputaciones que tienen algo real detrás. Los troyanos organizaban sus defensas, durante las incursiones, alrededor de un principio simple que sus capitanes habían aprendido después de varios episodios costosos: cuando los mirmidones se acercaban, la opción más sensata era retirarse hacia las murallas y dejar que los atacantes tomaran lo que habían venido a tomar. Intentar defenderlo costaba más de lo que valía. La presencia de Aquiles al frente era la variable que los capitanes troyanos usaban para decidir: con Aquiles, se retiraba. Sin él, se podía intentar resistir.

Era un tipo particular de poder. Aquiles lo reconocía sin celebrarlo, con la misma objetividad con que reconocía cualquier otro elemento de la situación. El poder que produce la presencia de uno es un instrumento útil que conviene entender con precisión porque el instrumento que no se entiende termina siendo difícil de controlar.

Lo que los meses iniciales del asedio le estaban enseñando, con la brutalidad específica de las lecciones que solo la experiencia puede impartir, eran cosas que Quirón había insinuado pero que solo ahora podían completarse: que la guerra a distancia, la que se imagina y se planifica y se describe, y la guerra real, la que ocurre en cuerpos concretos en terreno concreto bajo condiciones que ningún plan puede anticipar completamente, son dos cosas que comparten el nombre y muy poco más. Que la distancia entre ambas no se cierra con más entrenamiento sino únicamente con la acumulación de las experiencias que el entrenamiento intenta preparar para recibir. Que los hombres que salen de la guerra son diferentes de los que entran en ella de maneras que no siempre tienen palabras disponibles, porque las palabras para describir lo que la guerra hace a las personas que pasan suficiente tiempo dentro de ella son las palabras de los que

sobreviven para buscarlas, y los que sobreviven no siempre son los más indicados para describirla.

Fue en el contexto de una de esas incursiones, en el segundo año del asedio, cuando llegaron a una ciudad costera cuyo nombre los registros recogen de manera inconsistente pero que el narrador puede situar con suficiente precisión geográfica como para saber que era una de las ciudades medianas de la red de alianzas troyanas en el litoral anatolio, suficientemente próspera para ser un nudo relevante en el sistema de suministros que abastecía a Troya y suficientemente secundaria como para no tener las defensas que habrían hecho la operación costosa.

Lo que encontraron en esa ciudad, además de lo que habían ido a encontrar, fue a Briseida.

Antes de que Briseida entrara en esta historia de la manera en que entró, en el revuelto de una ciudad tomada entre el polvo y el ruido de los hombres que hacen lo que los hombres hacen cuando una ciudad cede, conviene contar su historia de la manera que merece ser contada: no como la historia de una mujer que se convirtió en el objeto de una disputa entre dos reyes, que es la manera en que la mayoría de los relatos la presentaron, sino como la historia de una persona que existió completamente antes de que ninguno de esos reyes supiera de su existencia.

Briseida había crecido en esa ciudad costera con el mundo particular de quien vive en el margen de dos culturas sin pertenecer completamente a ninguna. Su familia tenía raíces en la tradición anatolia que los siglos de convivencia con las influencias hititas habían enriquecido sin borrar, y al mismo tiempo había absorbido elementos de la cultura troyana que llegaba desde el norte con los mercaderes y los administradores y los sacerdotes que recorrían la red de ciudades aliadas. Era el tipo de crianza que los reinos grandes desprecian porque produce personas que no tienen una sola lealtad clara y que los reinos pequeños valoran porque produce personas capaces de hablar con todo el mundo.

Había aprendido varias lenguas con la naturalidad de quien aprende los idiomas que la geografía de su vida hace necesarios: el griego aqueo que los mercaderes usaban en el comercio, el hitita que los documentos administrativos de la región todavía empleaban, el luvita que las comunidades más antiguas de la costa seguían usando en sus rituales. Había aprendido el uso de plantas medicinales con la especialización de quien ha crecido en una comunidad donde ese conocimiento era un recurso práctico y no un adorno de cortesana. Había aprendido a leer las situaciones con la rapidez que aprenden esa habilidad las personas que viven en lugares donde la situación puede cambiar sin previo aviso y donde la velocidad de lectura marca la diferencia entre la adaptación y la catástrofe.

Tenía veinte años cuando los mirmidones llegaron a su ciudad.

Lo que ocurrió en las horas del ataque quedó en la memoria con esa imprecisión que tienen todos los momentos de violencia masiva: el sonido antes de la visión, el instinto de movimiento antes de que el pensamiento pueda dar instrucciones, las decisiones tomadas en fracciones de segundo que determinan trayectorias enteras. Briseida tomó las decisiones que tomó con la rapidez de quien ha pensado en esa posibilidad sin querer pensarla, y esas decisiones la llevaron a donde la llevaron: al campamento aqueo, como parte del conjunto de personas y cosas que la incursión se llevó de la ciudad.

No era la primera vez en la historia del Mediterráneo oriental que una mujer de buena familia terminaba en esa situación como resultado de una guerra que nadie en su ciudad había iniciado. Era, de hecho, la situación suficientemente frecuente como para que el mundo de la época tuviera formas de gestionarla que no eran exactamente buenas pero que eran funcionales en el sentido de que existían y de que producían resultados predecibles. Briseida lo sabía porque lo había visto ocurrirles a otras personas y porque la capacidad de aprender de las situaciones ajenas era precisamente uno de los rasgos que su formación había desarrollado.

Lo que no había podido aprender de ninguna situación ajena era exactamente lo que iba a ocurrir en el campamento de Aquiles.

Aquiles la vio por primera vez en el contexto del reparto de lo que la incursión había producido, que era el momento menos indicado para ver a nadie con claridad porque era el momento en que la adrenalina del combate todavía no había cedido completamente y en que el inventario de lo que se había obtenido ocupaba la atención que en otras circunstancias habría estado disponible para otras cosas. No la vio entonces de la manera en que después diría haberla visto. La registró, con la eficiencia que registraba todo en ese tipo de situaciones, como una persona que estaba ahí y que tendría que ser gestionada de la manera en que el protocolo del campamento gestionaba ese tipo de situación.

Fue en los días siguientes cuando ocurrió lo que los poetas describirían con el vocabulario del amor que encierra en sí la causa de una guerra pero que era, en su realidad más concreta, algo más gradual y más complejo que cualquier imagen instantánea.

Briseida hablaba con una precisión que Aquiles no estaba acostumbrado a encontrar en su entorno inmediato. No la precisión del guerrero que describe una situación de combate con los términos técnicos que el combate requiere, sino la precisión de alguien que ha aprendido a ver el mundo desde varios ángulos simultáneamente y que por tanto puede describir lo que ve con una complejidad que los que solo ven desde un ángulo no alcanzan. Hablaba de su ciudad, de las personas que la habitaban, de la manera en que funcionaba la red de relaciones que conectaba esa ciudad con Troya y con las ciudades vecinas, con la calidad de quien proporciona información sin haberlo decidido explícitamente

porque la información es simplemente la manera en que esa persona habita el mundo.

Aquiles escuchó. Y escuchando, comenzó a ver algo que las incursiones de los dos años anteriores no le habían mostrado con esa claridad: el otro lado de lo que hacía. No en el sentido moral abstracto, que habría sido más fácil de gestionar, sino en el sentido concreto: las personas reales cuyas vidas habían sido alteradas de manera permanente por cada operación que él había planificado y ejecutado con esa eficiencia que tanto lo enorgullecía.

No fue una revelación que lo paralizó. Aquiles no era el tipo de persona que la revelación paralizaba. Fue algo más silencioso y más persistente: la instalación de una pregunta que antes no había tenido y que ahora no podía dejar de tener, sobre la diferencia entre hacer bien lo que se hace y hacer lo correcto con la forma en que se hace.

Patroclo observaba todo esto con la atención que le era propia y con algo adicional que era difícil de nombrar pero que existía: una incomodidad específica. No con Briseida, a quien reconocía como alguien cuya inteligencia y cuya situación merecían respeto. Sino con lo que la presencia de Briseida estaba haciendo a Aquiles, que era algo que Patroclo había intentado hacer durante años sin conseguirlo completamente: mostrarle la guerra desde el lado opuesto de la lanza.

Que hubiera sido necesaria una cautiva anatoliense para conseguirlo era una de esas verdades que el orgullo de Patroclo habría preferido que no fuera verdad, pero que su honestidad consigo mismo le obligaba a reconocer como exactamente lo que era.

Una tarde, después de que Aquiles y Briseida habían tenido una de esas conversaciones largas que se habían convertido en parte de la rutina del campamento, Patroclo y Aquiles caminaron hacia el mar como hacían frecuentemente cuando necesitaban hablar de lo que no tenía lugar en los espacios donde siempre había alguien escuchando.

—¿Qué te dice? —preguntó Patroclo.

—Cosas que ya sabía —dijo Aquiles—. Pero que no había escuchado dicho de esta manera.

—¿Qué manera?

—Desde adentro —dijo Aquiles—. Yo sabía que las ciudades que tomamos eran ciudades con personas dentro. Lo sabía de la manera en que se saben las cosas que uno nunca ha necesitado saber realmente. Ahora lo sé de otra manera.

—¿Y qué haces con eso?

—Todavía no lo sé —dijo Aquiles—. Pero no puedo no saberlo.

Patroclo lo miró durante un momento.

—Llevo dos años intentando decirte algo que ella te dijo en dos semanas —dijo.

—Tú me lo decías desde el mismo lado que yo —dijo Aquiles—. Eso tiene un límite.

Era una observación sin crueldad pero con esa exactitud que Aquiles aplicaba a las cosas cuando las veía con claridad y que Patroclo había aprendido a recibir como lo que era: no un golpe sino una descripción. La misma distinción que Patroclo mismo había hecho años atrás, en las noches de Ptía, sobre la diferencia entre justificación y descripción.

—Sí —dijo Patroclo—. Tiene un límite.

Caminaron en silencio durante un rato junto al agua.

—¿Crees que la guerra termina? —dijo Aquiles finalmente.

—Todo termina —dijo Patroclo—. La pregunta es qué queda cuando termina.

—¿Y qué crees que va a quedar?

Patroclo miró el mar. El Egeo en esa hora de la tarde tenía ese color que tiene cuando la luz empieza a cambiar de calidad y que no es ni el azul del mediodía ni el gris de la noche sino algo intermedio que cada observador describe de manera diferente porque es el tipo de color que no tiene nombre en ningún idioma que se haya inventado hasta ahora.

—No lo sé —dijo Patroclo—. Pero creo que lo que quede va a depender más de cómo terminó que de si ganamos o perdimos.

El campamento aqueo seguía creciendo detrás de ellos. Las incursiones continuarían. Las murallas de Troya seguirían resistiendo por los años que faltaban. Los nombres que la historia recordaría y los que olvidaría estaban siendo escritos en ese momento en el registro invisible que la guerra lleva sobre sus participantes, con la tinta específica de las experiencias que no se borran porque se han grabado demasiado hondo para que el tiempo alcance.

Y en algún lugar de la ciudad invisible que seguía brillando sobre las colinas al atardecer, Héctor organizaba las defensas para el día siguiente con la paciencia del que sabe que cada día que Troya resiste es una victoria en sí misma, aunque ningún bardo la cante nunca.

La guerra continuaba.

El mundo, aunque nadie en ese campamento pudiera verlo todavía desde la distancia suficiente, seguía cambiando debajo de la guerra con la lentitud de las placas que se mueven debajo del suelo visible: sin hacer ruido, sin anunciarse, pero produciendo consecuencias que llegarían más lejos y durarían más tiempo que cualquier batalla que ninguno de los hombres en esa playa pudiera imaginar.

Aquiles regresó al campamento antes de que oscureciera completamente, con la puntualidad del hombre que sabe que las responsabilidades no esperan el estado de ánimo de quien las tiene. Había una reunión de comandantes esa noche, uno de esos encuentros rutinarios que Agamenón

convocaba con la regularidad de quien necesita que su autoridad sea visible con regularidad para seguir siendo autoridad.

La reunión transcurrió como transcurrían todas: con los distintos comandantes presentando sus evaluaciones de la situación en sus respectivos sectores, con Agamenón escuchando y decidiendo y distribuyendo las tareas siguientes con la eficiencia del administrador que ha aprendido que el talento más valioso de un líder no es hacer las cosas él mismo sino conseguir que las personas correctas hagan las cosas correctas en el momento correcto.

Aquiles presentó su evaluación con la brevedad que caracterizaba sus contribuciones a esas reuniones: los resultados de las últimas incursiones, las observaciones sobre el estado de las alianzas troyanas en la región, las recomendaciones para las próximas operaciones. Era información de primera calidad, presentada con una precisión que Agamenón valoraba sin necesidad de decirlo porque decirlo habría implicado una reciprocidad que prefería no establecer.

Lo que Aquiles no presentó en esa reunión, porque no era el tipo de cosa que se presenta en reuniones de comandantes sino el tipo de cosa que se lleva a la cama y se examina en la oscuridad antes de dormirse, era lo que Briseida le había estado diciendo sin proponérselo y que él había estado escuchando sin proponérselo tampoco: que la guerra que hacían no era simplemente una guerra entre ejércitos sino una guerra entre mundos, y que los mundos que colisionaban en esas costas eran mundos que habían tardado generaciones en construirse y que tardaban mucho menos en destruirse.

Eso no cambiaría lo que hacía al día siguiente. Tenía incursiones planificadas, objetivos identificados, mirmidones que dependían de que sus órdenes fueran claras y ejecutables. Lo que cambiaba era la capa debajo de lo que hacía: la comprensión de lo que significaba, que era algo diferente de saber qué era.

Briseida le había dado eso. Y eso, aunque no tuviera todavía palabras para decir exactamente qué era lo que le había dado, era más de lo que nadie en ese campamento le había dado antes.

Patroclo lo vio entrar a la tienda después de la reunión, se hizo a un lado para dejarle espacio, y no dijo nada porque había aprendido que los momentos en que Aquiles necesitaba silencio eran distintos de los momentos en que necesitaba conversación y que confundirlos era la única manera de serle menos útil de lo que podía serle.

Afuera, el Egeo hacía lo de siempre.

Adentro, dos hombres dormían con la consciencia, no formulada todavía pero presente, de que el tiempo que les quedaba en ese campamento iba a ser diferente de lo que habían imaginado cuando zarparon de Áulide.

No peor necesariamente. No mejor.

Diferente de las maneras que importan.

CAPÍTULO 8

Héctor, el escudo de Troya

Troya — El otro lado de las murallas

Hay ciudades que son el lugar donde ocurren las cosas y ciudades que son las cosas mismas. Troya pertenecía a la segunda categoría desde mucho antes de que ningún ejército aqueo cruzara el Egeo en su dirección. No era simplemente una ciudad que estaba donde estaba y que hacía lo que hacía. Era una manera de estar en el mundo, acumulada durante siglos de generaciones que habían aprendido a prosperar en el cruce de los caminos donde los continentes se aproximan y los mares convergen. Quien entendía Troya entendía algo sobre cómo funcionan las cosas importantes: que la posición importa más que el tamaño, que el conocimiento del paso obliga y que quien controla el lugar donde todo converge termina siendo necesario para todos sin necesitar declararlo.

Todo eso lo había aprendido Héctor antes de que hubiera palabras para aprenderlo, porque en Troya esas cosas no se aprendían de los libros sino del aire, de las conversaciones que se escuchaban en los mercados y en los salones del palacio, de la manera en que su padre miraba las murallas cada mañana con la atención del que verifica que lo más valioso que tiene sigue en su lugar.

Héctor, hijo mayor de Príamo y de Hécuba, había nacido en el palacio que dominaba la colina más alta de Troya con la consciencia, instalada en él desde antes de que pudiera formularla, de que su vida no le pertenecía completamente. No en el sentido de que le hubiera sido arrebatada, porque nadie en el palacio lo habría formulado así. En el sentido más sutil y más profundo de que ciertas vidas nacen con una deuda que hay que pagar hacia lo que las precedió, y que esa deuda, lejos de ser una carga, era la forma en que esas vidas encontraban su significado más completo.

Príamo lo había comprendido desde que su hijo mayor empezó a mostrar el carácter que mostraría durante toda su vida: no el carácter del guerrero nato que se mide en la velocidad del brazo y en la ferocidad del combate, sino el carácter más raro y más difícil de cultivar del que gobierna la ferocidad con la inteligencia y entiende que la guerra es siempre el fracaso de algo anterior que podría haber evitarse. Héctor tenía eso desde niño. Príamo lo reconoció, lo valoró con la intuición del padre que sabe distinguir entre lo que un hijo es y lo que uno querría que fuera, y moldeó la educación de su heredero en consecuencia.

La mini historia de Príamo, que la historia envolvería en la tragedia de sus últimos años hasta casi hacer olvidar los décadas anteriores, era la historia de un gobernante que había hecho lo más difícil que un gobernante puede hacer: mantener durante generaciones un equilibrio que requería

inteligencia constante porque no tenía la inercia que dan la fuerza bruta o la riqueza inagotable. Troya no era el estado más poderoso militarmente del Mediterráneo oriental. No era el más rico en recursos naturales. Era el más indispensable, que es una forma de poder completamente diferente y en muchos sentidos más frágil porque depende de que los demás continúen necesitándote, y los demás continúan necesitándote únicamente mientras perciben que la alternativa de no necesitarte les cuesta más de lo que les cuesta pagarte.

Príamo había gestionado ese equilibrio con la paciencia del que ha comprendido que la diplomacia no es el arte de conseguir lo que uno quiere sino el arte de conseguir que los demás quieran lo que uno necesita que quieran. Había mantenido las relaciones con el Imperio Hitita en el norte con la deferencia suficiente para ser considerado aliado sin la sumisión que habría convertido esa alianza en vasallaje. Había gestionado las relaciones con los reinos aqueos del sur con la firmeza suficiente para que los peajes del estrecho fueran aceptados como parte del orden natural de las cosas y no como una imposición que requería resistencia. Había equilibrado los intereses de las docenas de ciudades aliadas de su región con la habilidad del que sabe que las alianzas son contratos tácitos que hay que renovar continuamente o se disuelven en los intereses que los desintegran.

Era un logro extraordinario. Era también, y esto Príamo lo sabía mejor que nadie porque lo veía en las noticias que llegaban cada semana desde todas las direcciones, un logro que se estaba volviendo más difícil de mantener con el paso de los años porque el mundo en que había sido concebido estaba cambiando de maneras que ninguna diplomacia podía neutralizar del todo. Las grietas que el narrador omnisciente había señalado desde el principio no eran grietas que Príamo no pudiera ver. Las veía con una claridad que lo perturbaba en los momentos de honestidad que los gobernantes se permiten raramente porque la honestidad sobre la fragilidad del sistema que uno administra es incompatible con la confianza que ese sistema necesita que sus administradores proyecten.

Lo que Príamo había hecho con esa perturbación era lo que los hombres de su generación y su formación hacían con las cosas perturbadoras que no podían resolver: las gestionaba hacia adelante, confiando en que las generaciones que vinieran después tendrían la capacidad de adaptarse a lo que él no había podido prever completamente.

Esas generaciones eran Héctor y sus hermanos.

Héctor había aprendido todo lo que Príamo podía enseñarle y luego había aprendido lo que solo la posición de heredero enseña: que el conocimiento del gobernante no es el mismo que el conocimiento del guerrero ni que el del diplomático ni que el del administrador, sino una combinación específica de los tres que solo se produce cuando uno tiene que tomar decisiones reales sobre cosas reales con consecuencias reales para personas reales. Había acompañado a su padre en reuniones diplomáticas antes de tener edad para hablar en ellas. Había supervisado la distribución

de los recursos del palacio antes de que nadie le hubiera explicado formalmente por qué eso era necesario. Había escuchado durante horas a los ancianos del consejo describir situaciones que habían visto desarrollarse durante décadas y cuyas consecuencias todavía no estaban del todo claras.

Era una educación que la mayoría de los guerreros del mundo micénico no recibía porque los guerreros se educaban para el combate y los administradores para la administración, y la idea de que un solo hombre pudiera necesitar ambas cosas simultáneamente era tan contraintuitiva en ese mundo como siempre lo ha sido en cualquier mundo donde la especialización es la forma más eficiente de producir excelencia en una sola cosa a costa de todo lo demás.

Pero Troya necesitaba exactamente eso: alguien que pudiera combatir con la eficacia que las murallas requerían cuando la situación lo demandaba y que pudiera administrar con la inteligencia que el sistema de alianzas requería cuando la situación lo demandaba también, y que entendiera la diferencia entre esas dos demandas con suficiente claridad para no confundirlas en el momento equivocado.

Andrómaca había llegado a la vida de Héctor con la historia que le correspondía a una mujer de su posición en ese mundo, que era la historia de alguien que había crecido en una familia noble de una ciudad aliada de Troya y que había llegado al palacio de Príamo en el contexto de una de esas alianzas políticas que el mundo micénico gestionaba mediante matrimonios con la eficiencia pragmática de quien no confunde el contrato con el afecto aunque el afecto sea bienvenido cuando ocurre.

La mini historia de Andrómaca merecía ser contada con toda su complejidad, porque era la historia de una mujer que había aprendido muy temprano lo que Briseida aprendería de otra manera: que las guerras no distinguen entre los que las eligieron y los que simplemente estaban ahí cuando comenzaron. Había perdido a su padre y a sus hermanos en un ataque previo de las fuerzas aqueas, años antes de que la expedición de Agamenón organizara la empresa más grande del Mediterráneo. Llegó a Troya sin la familia que la habría acompañado en circunstancias normales, con la carga específica de quien ha perdido lo que debería haber sido permanente y que ha tenido que aprender a construir la permanencia desde lo que queda.

Lo que quedaba era ella misma. Y lo que construyó desde ese punto fue algo que los bardos describirían con el vocabulario del amor conyugal porque era el vocabulario que tenían disponible, pero que era en realidad más complejo que eso: la alianza entre dos personas que comprendían la misma cosa sobre el mundo de maneras ligeramente diferentes y que encontraban en esa diferencia de perspectivas algo más útil que la simple coincidencia.

Andrómaca y Héctor veían la guerra que venía con la misma claridad. Ninguno de los dos tenía ilusiones sobre lo que significaba. Lo que los

separaba era el punto desde donde cada uno la miraba: Héctor desde la posición del que tiene que defenderla sabiendo lo que cuesta y eligiendo defenderla de todas formas porque es lo que corresponde a quien es, Andrómaca desde la posición del que ya sabe lo que cuesta porque ya pagó parte del precio antes de que nadie en Troya lo hubiera pagado todavía.

Era una diferencia que producía conversaciones de una honestidad que raramente existía en los palacios, donde la necesidad de proyectar confianza para que el sistema funcionara hacía que incluso los gobernantes más inteligentes tuvieran que gestionar lo que decían y ante quién lo decían con una cuidadosa economía de la verdad. Con Andrómaca, Héctor podía decir lo que veía y escuchar lo que ella veía, y ese intercambio, esa posibilidad de ver la misma situación desde dos ángulos simultáneamente, era más valioso para él que cualquier informe que sus espías pudieran proporcionarle sobre los movimientos del campamento aqueo.

Una tarde, en el período que los relatos sitúan en el segundo año del asedio, Andrómaca y Héctor estaban en la terraza alta del palacio que daba hacia el oeste y desde la que, en los días claros, podía verse la mancha oscura del campamento aqueo en la playa y los mástiles de los barcos como una arboleda sin hojas contra el horizonte del mar. Era el tipo de conversación que solo podía tenerse en ese lugar porque requería ver lo que hablaban y no simplemente imaginarlo.

—¿Cuánto tiempo puede durar esto? —dijo Andrómaca.

No era la primera vez que formulaba esa pregunta. Era la primera vez que Héctor sentía que tenía algo que responderle que fuera más que una estimación táctica.

—El tiempo que les tome entender que no pueden tomarnos por la fuerza —dijo Héctor—. Y el tiempo que nosotros podamos sostener lo que necesitamos sostener.

—¿Y si los dos tiempos son más largos de lo que podemos soportar?

Héctor la miró.

—Entonces depende de cuál de los dos se agota primero —dijo.

—¿Y cuál crees que es?

—No lo sé —dijo Héctor—. Pero sé que ninguno de los dos lo sabe todavía, y mientras ninguno lo sepa, hay razones para seguir.

Andrómaca asintió. Era el tipo de respuesta que no consolaba pero que era exacta, y ella había aprendido a preferir la exactitud a la consolación porque la consolación que no tiene base real termina siempre siendo más cara que el dolor que intenta aliviar.

—Hay algo más —dijo Andrómaca.

—¿Qué?

—Aquiles —dijo ella, con la calma específica de quien pronuncia un nombre que ha estado pensando durante tiempo y que por fin ha encontrado el momento de decir.

Héctor la miró.

—¿Qué pasa con Aquiles?

—Los comerciantes que llegan del sur describen lo que hace en las ciudades aliadas con suficiente precisión como para que uno pueda entender qué tipo de guerrero es —dijo Andrómaca—. Y lo que describen no es el tipo de guerrero que se puede contener indefinidamente con murallas. Es el tipo que busca la manera de hacer innecesarias las murallas.

—Lo sé —dijo Héctor.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que hay que hacer —dijo Héctor—. Cada cosa en el momento en que hay que hacerla.

Era una respuesta circular que en otro contexto habría sido una evasión. En la boca de Héctor era una descripción de cómo entendía el gobierno: no como la aplicación de un plan establecido de antemano sino como la respuesta adecuada a lo que cada momento presentaba, con todos los recursos disponibles en ese momento y no con los que uno habría querido tener.

Desde las murallas de Troya, Héctor miraba el campamento aqueo con la atención del que evalúa lo que enfrenta sin el lujo de subestimarlos ni el lujo de sobreestimarlos, porque ambos errores eran igualmente costosos y no había margen para ninguno de los dos. Lo que veía era una fuerza considerable con un punto de debilidad que él identificaba con cada vez más claridad: la coalición que la sostenía era más frágil de lo que su tamaño sugería, porque estaba compuesta de reinos que tenían intereses diferentes que Agamenón había convencido de que coincidían y que tarde o temprano volverían a reconocerse como diferentes.

Esa divergencia era el mejor aliado de Troya. Y Héctor la gestionaba con la paciencia del que sabe que los conflictos internos del enemigo son una fuerza propia que hay que esperar con más cuidado que empujar.

Los troyanos no atacaban al ejército aqueo en su campamento. No porque no pudieran, sino porque no convenía. Cada batalla campal que ganaban costaba más de lo que obtenían, porque sus pérdidas eran más difíciles de reemplazar que las de un ejército que tenía el Egeo a sus espaldas y que podía recibir refuerzos del mundo entero. Lo que hacían en cambio era defender las murallas con una eficiencia que frustró a los aqueos durante años, organizar contraataques selectivos en los momentos en que la cohesión del campamento adversario era más débil, y mantener abiertos los canales de suministro que la geografía y las alianzas regionales todavía les permitían usar.

Era la estrategia de quien sabe que la victoria total no está disponible y que por tanto la definición correcta de victoria es sobrevivir suficiente tiempo para que el enemigo cometiera los errores que los ejércitos que llevan suficiente tiempo fuera de casa inevitablemente cometen.

El hijo de Héctor y Andrómaca, Astianacte, había nacido en el segundo año del asedio. Era un niño que no conocería nunca el mundo de su padre antes de la guerra, porque ese mundo había dejado de existir el día en que los barcos aqueos habían aparecido en el horizonte. Conocería únicamente el mundo de la guerra: el sonido de las centinelas en las murallas por la noche, el olor de la resina ardiendo en los puntos de defensa, la tensión específica del aire en una ciudad sitiada que es diferente al aire de cualquier otra ciudad en el mundo porque contiene la consciencia de la amenaza en cada partícula.

Héctor miraba a su hijo con la expresión que tienen los padres que han comprendido que no pueden proteger a sus hijos de todo y que esa comprensión es parte de lo que significa ser padre: la aceptación de los límites de lo que uno puede hacer combinada con la determinación de hacer lo máximo que esos límites permiten.

Protegería Troya. No porque creyera que la podría proteger indefinidamente contra todo, porque había aprendido a no confundir la determinación con la omnipotencia. Sino porque cada día que Troya resistía era un día que Astianacte tenía para crecer en ella, y cada día que crecía en ella era un día más de una infancia que nadie podía garantizar que fuera normal pero que al menos podía intentar que fuera digna.

Era suficiente razón. Era, en el fondo, la única razón real que los hombres tienen para defender las cosas que defienden: no los principios abstractos ni los juramentos pronunciados ante los dioses, que son las razones que se declaran, sino las caras concretas de las personas específicas que están detrás de las murallas y que dependen de que las murallas aguanten.

Aquiles combatía por la gloria. Héctor combatía por esas caras.

La diferencia entre esas dos motivaciones no haría que ninguno de los dos combatiera peor. Los haría combatir de maneras distintas, con distintas resistencias y distintas vulnerabilidades, y cuando finalmente se encontraran en el campo de batalla con toda la gravedad de lo que significaba ese encuentro, esa diferencia sería la que determinara cómo cada uno enfrentaría lo que tenía delante.

Pero eso estaba todavía por venir.

Por ahora, Héctor bajaba de la terraza con la puntualidad del que tiene siempre lo siguiente que hacer, pasaba por la habitación donde Astianacte dormía con la inocencia específica de los niños que todavía no saben que el mundo afuera de la ventana está en guerra, y salía al corredor del palacio donde los informes de sus capitanes lo esperaban con la regularidad de los días que tienen demasiado contenido para que ninguno de sus momentos pueda permitirse el lujo de la pausa.

Troya resistía.

Héctor la ayudaba a resistir con todo lo que tenía.

Y mientras lo hacía, al otro lado de las murallas, el hombre al que terminaría enfrentándose seguía aprendiendo lo que la guerra le enseñaba a un ritmo que era más rápido que el de la mayoría de los hombres que habían pasado por ella, sin que ninguno de los dos supiera todavía que sus caminos estaban trazados para converger en el único punto donde podían converger los dos hombres más importantes de esa guerra: el campo entre las murallas y el campamento, donde la diferencia entre combatir por la gloria y combatir por las caras de los que uno ama se manifestaría con la claridad de las cosas que solo se ven completamente cuando ya es demasiado tarde para cambiar su resultado.

En los pasillos del palacio que Héctor recorrería durante años, había una sala que los historiadores posteriores describirían como la sala del consejo donde Príamo reunía a sus asesores más cercanos, pero que en realidad era algo más parecido a una sala de trabajo donde los problemas de Troya se presentaban cada día con la regularidad y la concreción de los problemas reales: no las grandes estrategias que los bardos cantarían sino los detalles que determinaban si las grandes estrategias eran siquiera posibles. Los suministros de grano que llegaban del interior y cuyas rutas se estaban volviendo más inciertas con cada incursión aquea en la región. Los aliados que pedían que se les protegiera a cambio de su lealtad y cuya protección costaba recursos que Troya no tenía en abundancia infinita. Los mercaderes que llegaban con noticias de lo que ocurría en el mundo más allá del campo de batalla, noticias que con el paso del tiempo iban adquiriendo la calidad de las noticias que uno preferiría no escuchar pero que resulta indispensable escuchar.

Era en esa sala donde Héctor comenzó a ver, con la gradualidad de las comprensiones que llegan cuando uno ha acumulado suficiente información como para que el patrón se vuelva inevitable, que la guerra que Troya estaba librando no era únicamente la guerra contra el ejército de Agamenón. Era también una carrera contra el tiempo del sistema que sostenía la prosperidad de Troya y que ese sistema estaba siendo erosionado desde múltiples direcciones simultáneamente, algunas relacionadas con el asedio y otras que habrían estado ocurriendo aunque no hubiera habido ningún asedio.

El Imperio Hitita, que había sido el gran respaldo político de Troya durante generaciones, estaba enviando mensajes que contenían entre líneas algo que los mensajeros oficiales no podían decir pero que era perfectamente legible para quien supiera leer ese tipo de lenguaje diplomático: que las presiones que el Imperio estaba experimentando en sus propias fronteras reducían la capacidad de sostener compromisos en la periferia de su esfera de influencia. No era un abandono declarado. Era algo más peligroso: la gradual retirada de la seguridad que la alianza había proporcionado, reemplazada por la seguridad de las palabras que seguían diciendo lo

mismo que siempre habían dicho mientras el contenido real de esas palabras se vaciaba.

Héctor lo presentó ante el consejo de Príamo con la claridad que las situaciones incómodas merecen cuando quienes tienen que tomar decisiones sobre ellas no pueden permitirse la comodidad de la evasión.

—Los hititas nos sostendrán con palabras mientras puedan —dijo—. Con acciones solo si les conviene hacerlo. Y cada día que pasa, lo que les conviene se parece menos a lo que nos conviene a nosotros.

Príamo lo escuchó con la atención del que ya lo sabe pero necesita escucharlo dicho por alguien más para poder actuar sobre ello.

—¿Y qué propones?

—Que nos preparemos para estar solos —dijo Héctor—. No que rompamos la alianza. Que dejemos de depender de ella para calcular lo que podemos sostener.

Había un silencio específico después de esa frase, el silencio de las salas de consejo cuando alguien ha dicho lo que nadie quería ser el primero en decir. Príamo miró a su hijo durante un momento con la expresión que tenía cuando reconocía en él la claridad que él mismo había querido tener en su momento y que los años de gestión habían ido haciendo más difícil de mantener.

—Procede —dijo Príamo finalmente.

Era la única respuesta posible. Era también la confirmación de algo que Héctor ya sabía: que la responsabilidad de Troya estaba pasando a sus hombros con la velocidad de las cosas que no esperan a que uno esté completamente listo para recibirlas.

Héctor salió de esa sala y fue a las murallas, como hacía siempre cuando necesitaba pensar con la claridad que solo el espacio abierto le daba. Desde arriba, el campamento aqueo brillaba en la playa con los fuegos de miles de hombres que también esperaban, también calculaban, también gestionaban sus propias incertidumbres con los recursos que tenían.

En algún lugar de ese campamento estaba Aquiles.

Héctor lo sabía de la manera en que los guerreros saben la localización de los adversarios que importan: no por información específica sino por una especie de atención periférica que se vuelve permanente cuando uno ha pasado suficiente tiempo cerca de alguien cuyas decisiones determinan la forma de los días propios.

No lo había visto todavía. No en el sentido real del término: lo había visto en la distancia del campo de batalla, una figura entre miles de figuras cuya manera de moverse lo distinguía de las demás. Pero no había tenido la proximidad suficiente para ver el rostro, para escuchar la voz, para tener la información que solo la presencia real de alguien proporciona.

Y sin embargo lo conocía. O más exactamente: conocía lo que hacía y lo que hacía decía más sobre quién era que cualquier descripción que los espías pudieran proporcionarle.

Alguien que combatía así, con esa eficiencia combinada con esa velocidad, no era simplemente un guerrero excepcional. Era alguien que entendía la guerra como sistema y no solo como combate. Eso era más raro y más peligroso que la fuerza bruta, y era también, aunque Héctor no podría haberlo dicho en ese momento, algo que lo diferenciaba de todos los demás jefes aqueos de una manera que hacía inevitable que sus caminos convergieran.

Troya necesitaba que esa convergencia no ocurriera antes de estar lista para ella.

Héctor bajó de las murallas con la determinación de quien ha evaluado lo que tiene y ha decidido que es suficiente para seguir por ahora, aunque no sea suficiente para siempre.

Por ahora era todo lo que tenía.

Por ahora era lo único que necesitaba.

CAPÍTULO 9

Briseida

El campamento aqueo — El amor en medio de la guerra

La guerra tiene una manera particular de revelar a las personas que la habitan. No en el sentido heroico que los bardos preferían, ese sentido donde la guerra saca lo mejor de los hombres y los convierte en algo más grande de lo que eran antes. En el sentido más prosaico y más verdadero: que la presión sostenida elimina lo que no es esencial y deja visible lo que sí lo es, como el fuego elimina la corteza de la madera y deja la veta que había estado ahí desde el principio. Lo que el fuego revela no es necesariamente hermoso. A veces es hermoso. A veces es simplemente lo que hay.

Aquiles llevaba casi tres años en el campamento cuando comenzó a verse con la claridad que ese proceso de reducción produce.

Lo que veía no lo sorprendía en términos de las capacidades que había identificado como propias desde la infancia, las que Tetis había construido y Quirón había refinado y los años de gobierno en Ptía habían puesto a prueba en contextos que los entrenamientos no podían replicar. Lo que lo sorprendía era lo que la guerra revelaba debajo de esas capacidades: la soledad específica del que es mejor en lo que hace que todos los que lo rodean, y que esa superioridad, en lugar de conectarlo con los demás, tiende a construir una distancia que nadie puede atravesar desde afuera y que él mismo no sabe atravesar desde adentro.

Patroclo lo atravesaba. Eso era lo que hacía Patroclo y lo que ningún otro hombre en ese campamento podía hacer: existir en ese espacio sin que la distancia se reinstalara en cuanto la conversación terminaba. Pero Patroclo también tenía sus límites, y Aquiles los conocía con la precisión de quien ha convivido con alguien durante años y que sabe exactamente hasta dónde llega lo que el otro puede dar y desde dónde comienza lo que ni el mejor amigo del mundo puede proporcionar.

Briseida había llegado desde el lado opuesto de todo eso.

Su presencia en el campamento había comenzado como lo que era en términos del protocolo del mundo micénico: la consecuencia predecible de una incursión exitosa, gestionada con el procedimiento habitual que ese mundo había desarrollado para gestionar las consecuencias de las incursiones. Lo que el protocolo no había previsto, porque los protocolos no prevén las personas que se mueven dentro de ellos sino únicamente las categorías en que esas personas encajan, era lo que Briseida era concretamente y lo que eso iba a producir en el hombre que la miraba cada vez con mayor frecuencia durante las primeras semanas.

Lo que era, concretamente, era esto: alguien que hablaba sin calcular el efecto de lo que decía sobre la persona que lo escuchaba. No porque fuera imprudente. Sino porque había aprendido muy temprano que las personas que calculan constantemente el efecto de sus palabras terminan siendo incapaces de decir nada que valga la pena escuchar, y que la utilidad de las conversaciones reales dependía de que al menos una de las dos personas presentes en ellas dijera lo que realmente pensaba.

En el campamento aqueo, donde la jerarquía militar producía una presión constante hacia decir lo que los superiores querían escuchar y los iguales esperaban escuchar y los inferiores necesitaban escuchar para que el sistema funcionara, esa disposición de Briseida era tan inusual como sería inusual el agua fresca en el desierto: no extraordinaria en sí misma sino extraordinaria en ese contexto específico.

Aquiles lo notó desde la segunda conversación. La primera había sido de evaluación mutua, ese proceso silencioso e inevitable que ocurre cuando dos personas con capacidad de observación suficiente se encuentran por primera vez y necesitan decidir qué tipo de atención prestarle a lo que tienen delante. La segunda fue diferente porque Briseida preguntó algo que nadie en el campamento le había preguntado nunca en esos términos.

—¿Qué es lo que quieres que ocurra cuando esto termine?

Aquiles la miró durante un momento.

—¿Por qué terminar? —dijo.

—Todo termina —dijo Briseida—. La pregunta es qué quieres que quede.

Era la misma pregunta que Patroclo le había hecho en la playa, formulada de manera diferente. Pero cuando Patroclo la había formulado, lo había hecho desde el mismo lado de la guerra que Aquiles, con el mismo acceso

limitado a lo que estaba al otro lado de las murallas. Briseida la formulaba desde el otro lado. Y eso cambiaba el peso de la pregunta de maneras que Aquiles tardó varios días en entender completamente.

—No lo sé todavía —dijo Aquiles.

—¿Lo estás pensando?

—Ahora sí —dijo Aquiles.

Briseida lo miró con esa atención específica que tenía para las respuestas que no eran lo que parecían.

—Es el primer paso —dijo.

Las conversaciones que siguieron a esa segunda eran el tipo de conversaciones que solo pueden ocurrir cuando dos personas han decidido, sin decirlo explícitamente, que la eficiencia de la comunicación importa más que la protección de lo propio. Briseida hablaba de su ciudad, de las personas que habían vivido en ella, de la manera en que el sistema de alianzas troyanas funcionaba desde el interior de una de sus ciudades secundarias. No como información estratégica, aunque inevitablemente lo fuera, sino como lo que era: la descripción de un mundo que había existido completamente antes de que los barcos aqueos aparecieran en el horizonte y que ahora existía de otra manera.

Aquiles escuchaba con una atención que los hombres del campamento habrían encontrado difícil de creer si la hubieran visto, porque no era la atención que Aquiles prestaba a los informes sobre movimientos troyanos o a las evaluaciones de terreno antes de una incursión. Era algo diferente: la atención del que está aprendiendo algo que no sabía que necesitaba aprender hasta que empezó a aprenderlo.

Lo que aprendía era esto: que las ciudades que sus mirmidones habían tomado en los últimos dos años habían sido ciudades con personas dentro. Lo sabía antes, en el sentido en que se saben las cosas que uno no ha tenido que saber concretamente nunca. Ahora lo sabía de la otra manera: con los nombres específicos, con las historias particulares, con la textura real de las vidas que habían sido alteradas de maneras permanentes por cada incursión que él había planificado y ejecutado con esa eficiencia que tanto se había enorgullecido en llamar suya.

No fue una transformación dramática. Los hombres que han sido contruidos para lo que Aquiles había sido contruido no se transforman dramáticamente: se ajustan, con la misma precisión con que ajustan cualquier otro elemento de su evaluación cuando la información disponible cambia. Lo que cambió en Aquiles no fue la decisión de hacer la guerra de manera diferente. Fue la comprensión de lo que la guerra que hacía significaba para los que estaban del otro lado, y esa comprensión, una vez instalada, no podía desinstalarse.

Patroclo observaba todo esto con la honestidad consigo mismo que era su rasgo más constante. Lo que observaba tenía varias capas. La primera era

la más fácil de procesar: que Briseida estaba dando a Aquiles algo que era genuinamente valioso y que ningún otro ser humano en el campamento podía darle. La segunda era más difícil: que la manera en que Aquiles miraba a Briseida cuando ella hablaba era diferente de la manera en que miraba a cualquier otro ser humano, incluido Patroclo, y que esa diferencia no era un reflejo de lo que Patroclo no era sino de lo que Briseida era, que era una cosa completamente diferente.

La tercera capa era la más honesta y la más incómoda: que había algo en ver a su amigo más próximo encontrar en otra persona un tipo de presencia que Patroclo no podía proporcionar que producía en él una incomodidad cuyo nombre exacto prefería no examinar demasiado de cerca, porque examinarlo de cerca habría requerido admitir cosas sobre sí mismo que el orgullo y la lealtad y la claridad sobre lo que Aquiles necesitaba hacían difícil de admitir directamente.

Lo que Patroclo hizo con esa incomodidad fue lo que hacía con todas las incomodidades que no podía resolver: la observó con honestidad suficiente para no negarla y la dejó en el lugar donde pertenecía sin permitir que ocupara más espacio del que le correspondía. Era una habilidad que había desarrollado desde los años de Ptía y que la guerra había refinado: la capacidad de sostener simultáneamente lo que era verdad y lo que era necesario sin pretender que eran lo mismo cuando no lo eran.

Una noche, en el tercer año del asedio, Patroclo y Briseida tuvieron una conversación que ninguno de los dos había buscado y que ocurrió porque la cocina del campamento estaba donde estaba y las horas en que ninguno de los dos dormía a veces coincidían. Era el tipo de conversación que ocurre entre personas que se han estado observando mutuamente durante tiempo suficiente como para tener preguntas reales que hacerse.

—¿Qué crees que le ocurre cuando está con usted? —dijo Patroclo, con la franqueza que usaba cuando había decidido que los rodeos eran una pérdida de tiempo.

Briseida lo miró durante un momento.

—Lo mismo que le ocurre a cualquier persona cuando alguien la ve completamente —dijo—. Se sorprende de que sea posible.

—¿Y por qué eso le sorprende?

—Porque lleva años siendo visto como lo que hace y no como lo que es —dijo Briseida—. Eso produce un tipo de hambre que la admiración no puede satisfacer porque la admiración mira hacia afuera y el hambre está adentro.

Patroclo procesó eso durante un momento.

—¿Y usted lo ve completamente?

—Lo intento —dijo Briseida—. No siempre lo consigo. Pero el intento mismo ya produce algo que él no estaba acostumbrado a recibir.

—¿Qué?

—La sensación de que la persona frente a él está realmente ahí —dijo Briseida—. No como instrumento de ninguna función sino simplemente ahí, presente, con todo lo que eso implica.

Patroclo miró su taza durante un momento.

—Yo también estoy realmente ahí —dijo.

—Lo sé —dijo Briseida—. Y eso que usted le da es diferente de lo que yo le doy, y las dos cosas son reales y las dos son necesarias. No son el mismo tipo de presencia.

Era una de esas afirmaciones que son completamente ciertas y que al mismo tiempo no resuelven nada de lo que uno habría querido que resolvieran. Patroclo la recibió así: como lo que era, sin pretender que era más.

—¿Qué espera usted de todo esto? —dijo Patroclo.

—Nada que pueda calcular de antemano —dijo Briseida—. En mi experiencia, lo que puede calcularse de antemano raramente resulta ser lo que importó.

Fue el tipo de respuesta que Patroclo habría podido dar. La diferencia era que Briseida la daba desde una experiencia de pérdida que Patroclo no había tenido todavía, y esa diferencia le daba un peso específico que Patroclo reconocía aunque no pudiera replicarlo.

Las consecuencias de lo que Aquiles y Briseida construyeron en esos meses en el campamento aqueo serían las que fueran: la guerra no era el tipo de entorno que permitía construir nada con la solidez que el tiempo y la paz habrían dado. Lo que construyeron era real dentro de las limitaciones de dónde y cuándo lo construyeron, y esas limitaciones eran considerables. Pero lo que construyeron también era suficientemente real como para que la pérdida de ello, cuando llegara, tuviera el peso de las pérdidas verdaderas y no el peso menor de la pérdida de algo que solo parecía real.

Aquiles lo sabía. Lo sabía con la misma claridad con que sabía todo lo que le importaba saber, sin el filtro de la esperanza que hace que la mayoría de las personas vean las situaciones como más prometedoras de lo que son. Lo sabía y elegía estar ahí de todas formas, porque la alternativa, que era no estar, era la manera más eficaz de asegurarse de que lo que podría haber existido no existiera.

Era una lógica que Briseida habría reconocido. Era también la única lógica disponible para las personas que viven en el interior de la historia en lugar de observarla desde afuera.

La crisis que pondría fin a todo lo que ese período había construido no llegó de ninguna dirección que ninguno de los que estaban dentro pudiera haber anticipado completamente. Llegó, como llegan las crisis en los sistemas que han acumulado suficiente tensión, desde el punto donde la tensión era mayor y donde la resolución de esa tensión requería exactamente el tipo de

sacrificio que nadie en el sistema estaba dispuesto a hacer voluntariamente.

Llegó desde Agamenón. Que era, en el fondo, desde donde tenía que llegar. Antes de que esa crisis llegara, hubo un período de tiempo cuya duración exacta los registros no precisan pero que todos los que lo vivieron desde adentro describirían después, en la medida en que lo describirían, como el período en que el campamento tuvo una calidad diferente de la que tenía el resto del tiempo. No mejor en el sentido de que la guerra fuera menos guerra. Diferente en el sentido de que ciertas cosas que el campamento nunca había tenido estaban presentes en él durante ese período y que su presencia cambiaba algo en la atmósfera de los días que era difícil de articular pero perfectamente perceptible para quien prestara atención.

Lo que estaba presente era esto: Aquiles con una dimensión añadida que la guerra sola nunca había producido en él, esa dimensión que solo aparece cuando alguien ha encontrado en otro ser humano el tipo de presencia que hace que el mundo propio se expanda en lugar de contraerse. Los hombres que lo conocían de los años anteriores al asedio habrían reconocido en él algo que no era exactamente nuevo pero que era más visible de lo que había sido: la capacidad de estar quieto sin que la quietud lo consumiera, de dejar pasar un momento sin que el momento tuviera que convertirse en acción para ser válido.

Patroclo lo vio. Los mirmidones lo vieron. Incluso los comandantes de otros contingentes que tenían suficiente perspicacia como para observar más allá de la superficie de las situaciones lo vieron, aunque la mayoría no habría sabido describirlo con palabras más precisas que decir que el señor de los mirmidones parecía diferente de los últimos meses.

Era la diferencia entre estar en la guerra y habitar también algo que la guerra no podía alcanzar completamente, porque Briseida existía en el espacio que la guerra dejaba libre cuando la guerra no estaba activamente reclamando todo lo que una persona tiene disponible.

Aquiles era consciente de esa diferencia con la precisión con que era consciente de casi todo lo que le importaba. Y era consciente también, con la misma precisión, de su fragilidad: que lo que habían construido existía dentro de las condiciones de la guerra y que las condiciones de la guerra cambiaban con la indiferencia específica que tienen los sistemas grandes por los acuerdos privados que sus participantes construyen dentro de ellos.

Una tarde, mientras la luz de finales del verano hacía que las murallas de Troya tuvieran ese color dorado que tenían en las horas en que el sol ya no estaba en su punto más alto, Aquiles y Briseida caminaban por el borde del campamento donde el suelo dejaba de ser el suelo pisado de miles de pies y empezaba a ser la tierra que nadie había reclamado todavía. Era el tipo de lugar al que la gente va cuando necesita hablar de cosas que no tienen lugar en los espacios que todos comparten.

—¿Tienes miedo? —dijo Briseida.

Era una pregunta que nadie en el campamento le habría hecho directamente. No porque todos supieran que la respuesta era no, sino porque en el mundo del honor micénico la pregunta misma implicaba una posibilidad que los guerreros no podían reconocer en voz alta sin complicar la imagen que necesitaban proyectar para que los hombres que dependían de ellos mantuvieran la confianza que los hacía funcionar.

Briseida no era del mundo del honor micénico de la misma manera. Era de un mundo donde la honestidad sobre lo que uno sentía era simplemente parte de estar presente en la realidad y no una vulnerabilidad que explotar.

—Sí —dijo Aquiles.

—¿A qué?

—A que lo que tiene que pasar pase antes de que esto haya tenido tiempo de ser completamente lo que podría ser —dijo Aquiles.

Briseida lo miró con esa atención que tenía para las respuestas que eran más honestas de lo que quien las daba habría querido que fueran.

—¿Y qué podría ser?

—No lo sé todavía —dijo Aquiles—. Pero sé que lo que ya es vale más de lo que estaba dispuesto a admitir cuando empezó.

—Eso siempre es así con las cosas que importan —dijo Briseida—. Se vuelven visibles gradualmente. Para cuando las ves completamente ya han tenido el efecto que van a tener.

—¿Y eso te parece bien?

—Me parece como es —dijo Briseida—. Ya hablamos de la diferencia.

Aquiles recordaba esa diferencia. Era la misma distinción que Patroclo había hecho años atrás en las noches de Ptía: entre la descripción y la justificación, entre lo que es y lo que uno querría que fuera. Que Briseida la hiciera de manera independiente, desde su propio ángulo y con su propia experiencia, decía algo sobre el tipo de pensamiento que producen ciertas maneras de vivir en el mundo.

—Sí —dijo Aquiles—. Ya hablamos de eso.

Se quedaron en silencio durante un rato. El viento que venía del mar tenía en esa hora la temperatura exacta del final del verano: lo suficientemente cálido todavía para ser agradable pero con algo en él que recordaba que lo agradable tenía fecha.

Todo lo que valía la pena tenía fecha. Eso era algo que el campamento enseñaba con más eficacia que cualquier escuela de filosofía, porque las escuelas de filosofía enseñan esa verdad como principio abstracto y el campamento la enseña como experiencia cotidiana que no da opción de ignorarla.

Aquiles lo sabía. Briseida lo sabía.

Y sabiendo ambos que lo sabían, siguieron caminando por el borde del campamento con esa calidad específica de los momentos que uno reconoce como importantes mientras los vive y que por eso los vive con una atención que los momentos ordinarios no reciben.

La crisis que estaba a punto de llegar terminaría con todo esto. No con la brutalidad de una destrucción sino con la burocracia de los sistemas de poder cuando necesitan reafirmarse: fría, calculada, completamente indiferente a lo que había existido dentro de las personas a quienes afectaba.

Pero eso era para después.

Por ahora, el viento del mar y las murallas doradas en el atardecer y dos personas caminando por el único borde del campamento donde el suelo todavía tenía la textura de algo que nadie había reclamado todavía.

Por ahora, eso.

CAPÍTULO 10

La cólera

El campamento aqueo — La crisis con Agamenón

Las epidemias en los campamentos militares de la Edad del Bronce no eran excepciones sino regularidades. Los que planeaban las guerras sabían esto y lo incorporaban en sus cálculos como se incorporan las lluvias de otoño o las corrientes adversas del Egeo: como factores del entorno que hay que gestionar porque eliminarlos no está dentro de las posibilidades disponibles. Miles de hombres viviendo juntos en condiciones de hacinamiento, con el agua que llegaba de donde llegaba y con la higiene que permitían las circunstancias, en un clima mediterráneo que alternaba el calor húmedo del verano con el frío seco del invierno, producían inevitablemente el tipo de propagación que los curanderos describían con los términos que tenían disponibles y que los siglos posteriores nombrarían con más precisión.

La que llegó al campamento aqueo en el verano del cuarto año fue más grave que las anteriores. Comenzó en los barracones del contingente de Argos, que estaban más cerca del agua estancada del estuario que desembocaba al norte de la playa, y desde allí se extendió con la velocidad específica de las enfermedades que se propagan por el contacto y que en un espacio donde el contacto era inevitable producían exactamente los resultados que la lógica predecía. Los curanderos recorrían el campamento con sus remedios y sus oraciones con la eficiencia de quien ha hecho lo mismo demasiadas veces como para creer que funciona completamente y demasiadas veces también como para dejar de intentarlo.

Aquiles, que había aprendido de Tetis y de Quirón más sobre la naturaleza de las enfermedades de lo que la medicina micénica convencional sabía, hizo lo que sabía hacer: aisló a los mirmidones en la sección del

campamento más alejada del estuario, mejoró las condiciones de acceso al agua potable para sus hombres, y aplicó los tratamientos que su madre le había enseñado con la meticulosidad del que sabe que los procedimientos no son rituales sino técnicas y que las técnicas funcionan cuando se aplican correctamente y no cuando se aplican con fe suficiente. Los mirmidones tuvieron menos bajas que los otros contingentes. Eso también era información sobre la diferencia entre la medicina que Tetis representaba y la medicina que el resto del campamento practicaba, aunque nadie en ese campamento tuviera el vocabulario para articular exactamente en qué consistía esa diferencia.

Agamenón gestionó la epidemia con los recursos que tenía: los curanderos oficiales, las oraciones a los dioses que correspondían, las restricciones de movimiento que el protocolo recomendaba. Y cuando los curanderos oficiales y las restricciones de movimiento no produjeron los resultados que necesitaba, hizo lo que los gobernantes hacen en esas situaciones: buscó una causa que fuera más manejable que la realidad de que las epidemias en los campamentos militares eran un producto inevitable de las condiciones del campamento y no la manifestación de ninguna voluntad divina que pudiera ser negociada o apaciguada.

La causa que encontró tenía la forma conveniente de un incidente reciente: la negativa de Agamenón a devolver a Criseida, la hija del sacerdote Crises, que había sido capturada en una de las incursiones en el territorio aliado de Troya y que había sido asignada como parte del botín de la expedición. El sacerdote había llegado al campamento a pedir a su hija con los dones que los protocolos religiosos recomendaban, y Agamenón lo había rechazado con la brusquedad del hombre que no acepta que sus decisiones sobre el botín de su expedición sean cuestionadas por nadie, incluidos los intermediarios de los dioses.

Los sacerdotes del campamento habían interpretado la epidemia como la consecuencia de ese rechazo. Era una interpretación conveniente en el sentido de que daba nombre a lo que había ocurrido y prescribía una solución que en principio era ejecutable: devolver a la muchacha. No era una interpretación que explicara nada de lo que realmente estaba ocurriendo desde el punto de vista de la propagación de la enfermedad, pero en el mundo micénico la diferencia entre la explicación religiosa y la explicación que llamaríamos médica no era la diferencia entre la verdad y la ficción sino la diferencia entre dos lenguajes para describir procesos que ninguno de los dos comprendía completamente.

Agamenón devolvió a Criseida.

Lo hizo con la gracia del hombre que hace lo que no quería hacer y que necesita que quede claro que lo hace porque eligió hacerlo y no porque alguien lo obligó. Y habiendo devuelto lo que no quería devolver, hizo inmediatamente lo que los hombres de poder hacen cuando sienten que una concesión ha debilitado su posición: buscó una manera de restaurar el equilibrio tomando algo equivalente de otro lado.

La lógica que lo llevó a Briseida era la lógica del poder que se justifica a sí mismo: si había cedido algo que le correspondía como señor de la expedición, tenía derecho a tomar algo equivalente del bien disponible. El bien disponible era el botín de los otros comandantes. Y el comandante cuyo botín representaba la opción menos arriesgada para reclamar era el más joven, el que llevaba menos tiempo en el campamento, el que todavía no había tenido tiempo de construir el tipo de alianzas políticas que habrían hecho esa reclamación más costosa.

La elección de Briseida era también la elección que producía el mayor efecto de demostración: todo el campamento sabía que el señor de los mirmidones le daba a ella una importancia diferente de la que daba al resto de su botín. Tomar eso era la manera más eficaz de demostrar que la autoridad de Agamenón se extendía hasta los límites del campamento y que esos límites incluían al guerrero más capaz de la expedición.

Era también, aunque Agamenón lo calculó sin anticipar completamente el resultado, el error más costoso que cometería en toda su vida.

Los mensajeros de Agamenón llegaron a la tienda de Aquiles en la mañana del segundo día después de que la epidemia comenzó a ceder. Lo que comunicaron fue comunicado con la formalidad del protocolo porque era más seguro hacerlo así que en persona: que el comandante en jefe de la expedición requería que Briseida fuera entregada a su campamento como compensación por la concesión que él mismo había tenido que realizar.

Aquiles escuchó el mensaje con la inmovilidad del que está registrando algo que no puede registrar completamente en tiempo real porque lo que registra es demasiado para lo que el tiempo real permite procesar. Luego despidió a los mensajeros con la brevedad de quien no tiene nada que decirles a ellos porque lo que tiene que decir no les pertenece a ellos, y permaneció en la tienda durante un tiempo que Patroclo, que estaba presente y que conocía a Aquiles mejor que ningún otro ser humano vivo, reconoció como el tiempo específico que Aquiles necesitaba cuando lo que le había llegado era demasiado grande para ser procesado con la velocidad que procesaba la mayoría de las cosas.

Luego se levantó.

—¿Dónde vas? —dijo Patroclo.

—A hablar con Agamenón —dijo Aquiles.

—¿Ahora?

—Ahora.

La reunión que siguió fue una de esas reuniones que las personas que asisten a ellas describen después de maneras distintas dependiendo de dónde estaban cuando ocurrieron y qué interés tenían en que el resultado fuera de una manera o de otra. Lo que todas las versiones tenían en común era la temperatura: que fue una de las conversaciones más calientes que se recordaban en el campamento, y en un campamento donde la tensión

entre los comandantes era constante y donde las conversaciones calientes no eran infrecuentes, eso decía algo sobre la escala de lo que ocurrió.

Aquiles habló primero con la claridad del que tiene algo que decir y que ha decidido decirlo completamente.

—Lo que me pides no es lo que parece —le dijo a Agamenón, ante los otros comandantes reunidos—. Me pides que acepte que tu autoridad sobre esta expedición se extiende hasta el punto de poder reclamar lo que yo construí sin que lo que tú cediste equivalga a ello. No es un intercambio. Es una declaración.

—Es una necesidad —dijo Agamenón, con la calma del que ha anticipado la objeción y tiene preparada la respuesta—. He cedido lo que cedí para que esta expedición continúe. Lo que pido es la compensación que corresponde.

—Lo que cediste era parte del botín de esta expedición —dijo Aquiles—. Lo que pides es algo diferente. Y los dos lo sabemos.

—Lo que pido es lo que el señor de esta expedición tiene derecho a pedir —dijo Agamenón—. Si eso no es aceptado, estamos hablando de otra cosa completamente.

Estaban hablando de otra cosa completamente. Eso era exactamente lo que estaban hablando, y el hecho de que Agamenón lo dijera en tono de amenaza no hacía que fuera menos cierto. La pregunta sobre quién tenía autoridad real en ese campamento era una pregunta que llevaba años sin respuesta explícita porque mientras las cosas funcionaban la pregunta podía seguir sin respuesta. Cuando las cosas dejaban de funcionar, la pregunta exigía ser respondida.

Lo que Aquiles vio en ese momento fue algo que le había llevado años ver con esa claridad: que la autoridad que Agamenón ejercía sobre la expedición no era la autoridad del mejor sino la autoridad del que tenía los recursos para organizar la empresa y mantenerla en movimiento. Era una autoridad legítima dentro de sus propios términos. Pero esos términos no incluían el derecho a tratar a los que participaban en la empresa como instrumentos de los que podía disponerse a conveniencia cuando la conveniencia lo requería.

—Cede Briseida —dijo Odiseo, desde un ángulo de la tienda donde había permanecido en silencio durante toda la discusión con la atención del que está evaluando cuándo y cómo intervenir para producir el mejor resultado disponible.

Aquiles lo miró.

—¿Y eso resuelve qué? —dijo.

—Resuelve que la expedición continúa —dijo Odiseo, con la precisión de quien reduce una situación compleja a sus elementos más operativos—. Las otras cuestiones son reales pero no son resolubles en este momento. Esta sí.

—Lo que no es resoluble ahora lo será más tarde —dijo Aquiles—. Cuando sea más costoso resolverlo.

—Así funcionan las cosas complicadas —dijo Odiseo.

Era una respuesta que decía todo sobre cómo Odiseo entendía el mundo. Aquiles la recibió como lo que era: no un argumento sino una descripción. La diferencia que Briseida y Patroclo le habían enseñado que importaba distinguir.

Lo que Aquiles hizo a continuación era lo que tenía que hacer dado quien era: cedió a Briseida con la formalidad que el protocolo exigía, y retiró a los mirmidones del combate con la misma formalidad. No como un gesto impulsivo, aunque la cólera que sentía era perfectamente real. Como una demostración: la única que tenía disponible de que la autoridad de Agamenón sobre esta expedición dependía de la participación de los mirmidones, y que esa participación no era garantizable si quien la garantizaba era tratado como un instrumento y no como una parte.

La cólera que los bardos cantarían durante siglos como el tema central de su poema más famoso era real. Pero era una cólera que contenía muchas capas, y la capa más externa, la más visible, que era la del honor agraviado y la indignación pública, cubría una más interna y más difícil de articular: la comprensión de que lo que Agamenón había arrebatado no era únicamente un símbolo de su posición en el campamento.

Era la persona a través de la cual había empezado a ver el mundo de una manera diferente.

Eso era lo que ningún bardo cantaría nunca con suficiente precisión: que la cólera de Aquiles no era simplemente el resultado de la ofensa al honor micénico. Era el resultado de haber perdido, de la manera más burocrática y más indiferente posible, lo que había empezado a ser la única presencia en ese campamento que le mostraba que existía algo más allá de la guerra.

Patroclo lo vio. Lo vio con la claridad completa que tenía para las cosas que le importaban, y lo que vio le produjo algo que no era exactamente compasión porque la compasión implica distancia y él no tenía distancia de Aquiles. Era algo más difícil de nombrar: la comprensión de que la persona que tenía al lado estaba sufriendo de una manera para la que ninguno de los dos tenía las palabras completamente adecuadas.

—¿Qué necesitas? —dijo Patroclo, cuando estuvieron solos.

—Nada que puedas darme ahora mismo —dijo Aquiles.

—Lo sé —dijo Patroclo—. Pero pregunto de todas formas.

Era la respuesta correcta. No porque resolviera algo, porque no resolvía nada. Sino porque era la única respuesta honesta disponible: que estaba ahí, que no podía arreglar lo que había ocurrido, pero que preguntar era lo mínimo que podía hacer en nombre de lo que era.

—Gracias —dijo Aquiles.

Fue lo único que dijo ese día que sonó completamente como él mismo.

Briseida fue llevada al campamento de Agamenón con la formalidad que el protocolo requería. Lo que ocurrió en ese traslado, en los días que siguieron en el campamento de Agamenón, en lo que Briseida sintió y pensó durante ese período, los relatos no lo contaban con la amplitud que esa historia merecía. La contaban como fondo, como el contexto en que la cólera de Aquiles se desarrollaba, con el sesgo habitual de las historias que tienen protagonistas masculinos y que convierten a las mujeres en el decorado de los estados de ánimo de esos protagonistas.

Briseida no era decorado. Era una persona que había construido algo real en condiciones que no habían sido elegidas y que ahora veía ese algo real desaparecer de la misma manera en que había desaparecido todo lo anterior en su vida: por la intervención de fuerzas que no la consultaban porque no tenían razón para hacerlo dentro de la lógica del mundo en que operaban.

Lo que esa experiencia produjo en ella era algo que Briseida procesó con la honestidad que era su modo de estar en el mundo: sin la negación que habría requerido pretender que lo ocurrido no era lo que era, y sin el colapso que habría requerido no tener los recursos para sostener lo que era. Simplemente con la claridad de quien ha aprendido que los mundos que uno construye dentro de los mundos que no eligió son siempre vulnerables a los mismos mecanismos que construyeron el mundo en que los construyó.

Era una lección que ya sabía. No por eso era menos costosa aprenderla otra vez.

El campamento aqueo sin los mirmidones comenzó a mostrar lo que mostraban todos los sistemas cuando perdían un elemento que habían dado por garantizado: que lo que se da por garantizado es exactamente lo que más se nota cuando falta. Los troyanos avanzaron en sectores que habían estado bloqueados durante meses. Los contingentes que quedaban activos lucharon con la eficacia que tenían, que era considerable pero que resultaba insuficiente para compensar completamente la ausencia. Y Agamenón gestionó esa insuficiencia con los recursos que le quedaban: la retórica del honor colectivo que debía mantenerse, los refuerzos que pedía a los reinos que todavía estaban en condiciones de enviarlos, la presión constante sobre los comandantes que quedaban activos para que compensaran con esfuerzo lo que la situación había reducido en número.

Era la demostración que Aquiles había necesitado hacer. Que se estaba haciendo a su costa también, lo sabía. Que costaba lo que costaba, lo sabía también.

La cólera que lo consumía en los días de inactividad forzada no era la cólera del orgullo herido en el sentido simple del término. Era algo más complejo y más difícil de resolver porque tenía más capas de las que una sola causa podía explicar: la cólera contra Agamenón por lo que había hecho, la cólera

contra el sistema que lo hacía posible, y debajo de ambas, la más difícil de reconocer, la que no tenía objeto externo sino que se dirigía hacia sí mismo por haber construido algo lo suficientemente real como para que perderlo produjera exactamente esto.

Patroclo estaba ahí. Siempre estaba ahí. Con el silencio correcto en los momentos que el silencio requería y con las palabras correctas en los momentos que las palabras podían hacer algo. No resolvía lo que no podía resolverse. Simplemente estaba, que en esas circunstancias era lo más que podía hacer cualquier ser humano y más de lo que la mayoría haría.

Afuera, la guerra continuaba sin los mirmidones.

Dentro de la tienda de Aquiles, algo que había tardado años en construirse se sentaba con el peso de lo que se ha perdido de golpe, y los días que seguían tenían la textura de los días que ocurren en el espacio entre lo que era y lo que todavía no sabe ser.

Era el peor período de la guerra para Aquiles. No por las batallas que no luchaba sino por la conciencia creciente de que la inacción que había elegido estaba cobrando un precio que no había calculado completamente cuando lo eligió, y que ese precio no era únicamente político sino algo más personal y más permanente.

El mundo seguía afuera.

La guerra seguía siendo la guerra.

Y en el campamento de Agamenón, Briseida esperaba con la paciencia que había aprendido a tener en situaciones que no controlaba, sin saber qué vendría pero sabiendo, con la claridad de quien conoce los sistemas en que vive, que lo que viniera sería lo que la lógica de esos sistemas produjera.

Que esa lógica favorecería o no lo que ella habría elegido era una pregunta que el futuro respondería.

Por ahora, el presente era suficientemente real como para requerir toda la atención disponible.

Lo que el narrador omnisciente puede ver desde su posición, que ninguno de los que estaban dentro podía ver todavía, era que la cólera de Aquiles y la crisis que la produjo eran también el resultado de tensiones que se habían estado acumulando mucho antes de que Agamenón tomara la decisión que tomó. El campamento llevaba cuatro años funcionando con la fricción de los sistemas que están compuestos por partes que no encajan perfectamente pero que han aprendido a trabajar juntas mientras las condiciones lo permiten. Cuando las condiciones empeoran, esa fricción se vuelve visible de maneras que antes podía ignorarse.

El mundo exterior tampoco ayudaba. Las noticias que llegaban de los mercaderes que cruzaban el Egeo en la dirección contraria habían adquirido la consistencia de las noticias malas que se confirman mutuamente: más ciudades sin noticias, más rutas comerciales interrumpidas, más relatos sobre pueblos que se movían por regiones que hasta hacía poco habían

sido estables. Los reinos que habían enviado contingentes a la expedición de Agamenón los habían enviado desde economías que en ese momento eran más frágiles de lo que parecían cuando los contingentes habían partido, y esa fragilidad se manifestaba en los mensajes que llegaban: pedidos de reducción de los compromisos, señales de que la disposición a sostener una expedición prolongada tenía límites que se estaban acercando.

Agamenón lo sabía. Sus asesores se lo decían con la claridad que la situación requería. Y esa consciencia de que el tiempo jugaba en su contra era parte de lo que explicaba la urgencia con que había gestionado la crisis de la epidemia: no podía permitirse que la inestabilidad interna del campamento se sumara a la presión externa que ya estaba manejando.

El problema era que su solución había creado un problema mayor que el que había resuelto. Una inestabilidad interna manejable se había convertido en la retirada de los mirmidones, que era una inestabilidad de una escala diferente.

Odiseo lo veía claramente, como veía casi todo claramente. Áyax lo sentiría en la batalla, donde la ausencia de los mirmidones era más evidente que en cualquier análisis estratégico. Diomedes lo gestionaría con la eficiencia de quien se adapta a las condiciones disponibles sin gastar energía en lamentarse de las que no están disponibles.

Y afuera de todas esas perspectivas, en el mundo más amplio que nadie en ese campamento podía ver completamente, los sistemas que habían sostenido la Edad del Bronce continuaban su proceso de desintegración gradual con la paciencia de las cosas que no necesitan prisa porque el tiempo trabaja para ellas.

La guerra de Troya no era la causa de ese colapso. Era uno de sus síntomas: el resultado de las presiones acumuladas de un sistema que había llegado a sus límites y que producía conflictos en los puntos donde las tensiones eran más altas. Troya era uno de esos puntos: el nudo más valioso de la red más importante del Mediterráneo oriental, y los nudos más valiosos son siempre los que generan más conflicto cuando el sistema que los sostiene empieza a fallar.

Pero eso eran perspectivas que ninguno de los hombres en ese campamento, ni siquiera los más inteligentes de ellos, tenía acceso a ver completamente. Lo que tenían era lo que tenían: el presente con sus problemas y sus decisiones y sus consecuencias, y la obligación de gestionarlo lo mejor que podían con lo que el presente les daba.

Aquiles en su tienda. Los mirmidones en su sección del campamento. La guerra continuando sin ellos. Y en algún lugar entre la tienda y el campamento de Agamenón, el espacio donde lo que había existido durante meses continuaba existiendo en la memoria de las personas que lo habían habitado, que es donde existen todas las cosas que han terminado antes de que nadie pudiera prepararlas para terminar.

El siguiente capítulo de esta historia llegaría cuando los troyanos avanzaran lo suficiente como para que la inactividad de los mirmidones se convirtiera en algo que la expedición no podía seguir absorbiendo. Y cuando ese momento llegara, la decisión que se tomaría sería la más costosa de todas las que esta guerra había producido hasta ese punto.

Pero ese momento todavía no había llegado.

Por ahora, la tienda de Aquiles y el silencio de Patroclo y la guerra afuera que seguía siendo la guerra.

Por ahora, el presente con todo lo que pesaba.

CAPÍTULO 11

El peso de la ausencia

El campamento aqueo — La guerra sin Aquiles

La ausencia de los mirmidones cambió la guerra de maneras que los comandantes que quedaban activos tardaron tiempo en comprender completamente, porque la comprensión de lo que falta tarda siempre más en llegar que la percepción de que falta. Durante las primeras semanas, lo que percibían era simplemente la reducción numérica: menos hombres disponibles para las operaciones, menos opciones tácticas abiertas, más puntos del perímetro que defender con los recursos existentes. Eso era manejable, en el sentido de que los ejercicios militares tienen procedimientos para gestionar la reducción de fuerzas y los comandantes experimentados sabían cómo aplicarlos.

Lo que tardó más en ser comprendido era lo que los mirmidones habían representado para el funcionamiento del campamento más allá de su número: una especie de calibración, un punto de referencia respecto al cual los demás contingentes habían aprendido a posicionarse sin saberlo conscientemente. Con los mirmidones ausentes, esa calibración desapareció, y lo que quedó en su lugar era la incertidumbre específica de los sistemas que han perdido el elemento alrededor del cual organizaban su funcionamiento sin haber elaborado una alternativa explícita porque la alternativa nunca había sido necesaria.

Los troyanos sintieron la diferencia antes que nadie, porque los troyanos habían aprendido a organizar sus defensas alrededor de la presencia de los mirmidones con la misma precisión con que un navegante aprende a navegar alrededor de los arrecifes que conoce, y cuando los arrecifes desaparecen el navegante puede ir a lugares que antes no podía ir pero también puede perderse la orientación que los arrecifes le daban. Héctor aprovechó ambas cosas: los espacios donde antes no podía avanzar y que ahora estaban abiertos, y la desorientación táctica de los comandantes aqueos que todavía estaban aprendiendo a funcionar sin el punto de referencia que habían dado por garantizado.

Los contraataques troyanos de ese período no eran los contraataques suicidas de las primeras fases del asedio, cuando la desesperación producía acción sin cálculo. Eran operaciones meticulosas, ejecutadas con la precisión del que ha observado al enemigo durante suficiente tiempo como para saber exactamente dónde aplicar la presión para producir el máximo efecto con el mínimo costo. Héctor dirigía esas operaciones con la concentración del que sabe que cada avance tiene que ser sostenible y no simplemente espectacular, porque los avances espectaculares que no se pueden sostener terminan siendo más costosos que los avances modestos que se consolidan.

Áyax fue el primero de los comandantes aqueos en entender lo que estaba ocurriendo, no porque fuera el más inteligente sino porque era el que más directamente lo sentía en el combate. Era un guerrero que pensaba con el cuerpo antes que con la mente, en el sentido de que su comprensión de las situaciones llegaba a través de la experiencia física del combate antes de ser articulada en términos que pudieran discutirse en una reunión de comandantes. Lo que su cuerpo le decía era claro: que estaba trabajando más de lo que debería trabajar, que los sectores que antes cubrían los mirmidones ahora los cubría él o no los cubría nadie, y que la diferencia entre esas dos opciones era la diferencia entre el agotamiento progresivo y el desastre inmediato.

Áyax, que no era el hombre más diplomático de la expedición por razones que tenían que ver con su carácter y no con su inteligencia, fue también el primero en decir en una reunión de comandantes lo que todos los demás estaban pensando sin decirlo porque decirlo requería admitir algo que era más cómodo no admitir.

—Necesitamos a los mirmidones —dijo Áyax, con la brevedad que le era propia.

Agamenón lo miró con la calma de quien sabe que la objeción es correcta y que por tanto tiene que ser gestionada con más cuidado que las incorrectas.

—La situación está siendo manejada —dijo.

—La situación está siendo manejada por menos gente de la necesaria para manejarla bien —dijo Áyax.

—Hay recursos disponibles que todavía no han sido utilizados completamente —dijo Agamenón.

—¿Cuáles?

La pregunta era la más simple posible y la más incómoda, porque la respuesta honesta era que los recursos a los que Agamenón se refería eran en parte especulativos y en parte dependientes de acciones que requerirían concesiones que Agamenón no estaba dispuesto a hacer públicamente en ese momento.

Odiseo intervino con la fluidez de quien sabe que la conversación necesita ir en otra dirección y que él es probablemente el único en esa sala con la habilidad de llevarla ahí.

—Lo que necesitamos no es resolver la cuestión de los mirmidones en este momento —dijo—. Lo que necesitamos es ganar tiempo suficiente para que la situación cambie en alguna de las direcciones en que puede cambiar.

—¿En cuáles? —dijo Áyax.

—En la de que Aquiles decida que la inactividad le cuesta más de lo que le cuesta participar —dijo Odiseo—. O en la de que los troyanos cometan un error suficientemente grande para que podamos aprovechar sin los mirmidones. O en la de que las fuerzas aliadas en la región troyanas se debiliten lo suficiente para compensar la diferencia.

—¿Y cuál de esas tres es la más probable? —dijo Áyax.

—La primera —dijo Odiseo.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

—Lo que podemos —dijo Odiseo—, que es lo único que siempre podemos hacer cuando la situación nos da menos opciones de las que necesitamos.

Era una respuesta que decía todo sobre Odiseo: que era el hombre más inteligente del campamento en el sentido de ser el que mejor entendía los sistemas en que operaba, y que esa inteligencia tenía el límite específico de todas las inteligencias que se especializan en gestionar lo que hay en lugar de transformar lo que hay en algo diferente.

Aquiles, mientras tanto, vivía la inactividad con la dificultad específica de los que no han sido contruidos para la inactividad. Los mirmidones seguían en el campamento, entrenando con la regularidad que los mantenía en condiciones para cuando se reanudara la participación, pero no combatiendo. Y Aquiles, que había organizado su energía durante cuatro años alrededor del ritmo de la guerra, descubrió que esa energía sin el canal que le daba forma se convertía en algo que llenaba los espacios disponibles de maneras que no siempre eran útiles.

Patroclo gestionó ese período con la habilidad del que conoce exactamente con quién trata y que sabe que lo que Aquiles necesitaba no era entretenimiento ni distracciones sino algo sobre qué poner la atención que la inactividad dejaba libre. Lo que le ofrecía era conversación: no el tipo de conversación que intenta resolver lo que no puede resolverse sino el tipo que mantiene en movimiento el pensamiento de quien sin ese movimiento tiende a volverse hacia adentro de maneras que no le hacen bien.

Hablaban de política, de los movimientos que Héctor estaba haciendo y de lo que revelaban sobre su comprensión de la situación. Hablaban del estado de las alianzas troyanas y de las señales que llegaban sobre su progresiva debilitación. Hablaban del futuro de la expedición y de las distintas maneras en que podía resolverse, con la objetividad de los que no tienen ilusiones sobre la facilidad de ninguno de los escenarios disponibles.

Hablaban, sobre todo, de lo que vendría después de la guerra, que era la conversación que los hombres en las guerras raramente podían tener porque el después era demasiado hipotético para ser real cuando el presente era tan urgente. Pero la inactividad había creado un espacio para el hipotético que el ritmo de la campaña nunca había proporcionado, y ese espacio era una oportunidad que Patroclo aprovechó con la intuición del que entiende que las conversaciones sobre el después no son un lujo sino una necesidad para quienes necesitan creer que hay un después para poder soportar el ahora.

Una tarde, en el segundo mes de la inactividad de los mirmidones, Aquiles dijo algo que Patroclo guardaría durante el resto de su vida con la claridad específica de las cosas que se dicen en los momentos en que la guardia está completamente baja.

—¿Crees que Briseida está bien?

Era una pregunta que no esperaba respuesta útil de Patroclo porque Patroclo no tenía información que Aquiles no tuviera. Era el tipo de pregunta que las personas se hacen cuando lo que realmente expresan no tiene forma de pregunta sino de preocupación que no cabe en ninguna otra frase disponible.

—No lo sé —dijo Patroclo—. Pero creo que Briseida tiene recursos para estar bien en situaciones que no son las que habría elegido.

—Lo sé —dijo Aquiles—. Eso no lo hace mejor.

—No —dijo Patroclo—. No lo hace mejor.

El silencio que siguió tenía la densidad específica de los silencios que contienen todo lo que no puede decirse porque decirlo no cambiaría nada y sin embargo pesa exactamente como si pudiera.

—¿Por qué no fuiste a buscarla? —dijo Patroclo finalmente, con la franqueza que usaba cuando había decidido que una pregunta necesitaba ser hecha aunque la respuesta fuera incómoda.

—Porque ir habría dicho algo que no estaba preparado para decir con las consecuencias que decirlo tendría —dijo Aquiles.

—¿Y ahora?

—Ahora tampoco —dijo Aquiles—. Pero las razones han cambiado.

Patroclo no le preguntó en qué habían cambiado. Había aprendido durante años que Aquiles procesaba ciertas cosas más rápido cuando el que escuchaba no hacía preguntas que lo obligaran a articular lo que todavía no estaba listo para articular.

Lo que Aquiles no dijo, y que Patroclo supo sin que lo dijera porque era el tipo de cosa que se sabía sin palabras cuando se conocía a alguien desde hace suficiente tiempo, era esto: que ir a buscar a Briseida habría requerido hacer explícito que lo que sentía era lo que era, y hacerlo explícito en el contexto de una crisis política cuya resolución dependía en parte de

mantener cierta ambigüedad sobre cuáles eran exactamente sus prioridades, habría convertido una derrota manejable en una declaración de vulnerabilidad que los demás comandantes habrían usado de maneras que él no quería que usaran.

Era la lógica de alguien que había aprendido a gobernar. Era también la lógica de alguien que pagaba el precio de gobernar de la manera más personal posible: callando lo que le costaba más callarse para preservar la posición desde la que podía hacer lo que consideraba necesario hacer.

Patroclo lo vio y guardó lo que vio con el cuidado que las cosas que no pueden compartirse todavía merecen.

Los meses de inactividad pasaron con la lentitud específica de los tiempos que se viven esperando que algo cambie sin poder acelerar el cambio. Los barcos troyanos que llegaban al estrecho con suministros se volvían más escasos. Las alianzas que sostenían el sistema de abastecimiento de Troya seguían erosionándose bajo la presión combinada de las incursiones previas y la inestabilidad regional que el narrador ha señalado desde el principio. Héctor lo compensaba con la habilidad del administrador que sabe que los recursos que se achican hay que distribuir con más precisión, no con más abundancia.

Y en el campamento aqueo, los barcos de refuerzo llegaban con menos regularidad de lo que Agamenón habría necesitado para sentirse cómodo. Los mensajes que recibía de los reinos aliados eran cada vez más cuidadosos en el lenguaje que usaban para hablar de sus compromisos, que es la manera en que los sistemas políticos dicen que sus compromisos tienen un límite que se está aproximando sin decir exactamente dónde está ese límite.

Era el momento exacto en que la guerra debería haber terminado mediante una negociación. Los dos lados tenían razones suficientes para querer que terminara: los aqueos porque el tiempo jugaba en su contra, los troyanos porque la presión acumulada de cuatro años de asedio era real aunque las murallas siguieran resistiendo.

Lo que impidió esa negociación era lo que siempre impide las negociaciones que deberían ocurrir: que ninguno de los dos lados podía aceptar los términos que el otro habría aceptado sin que esos términos constituyeran una derrota política que los gobernantes involucrados no podían sobrevivir en sus contextos domésticos. Agamenón no podía regresar a Grecia sin Troya o sin algo que pudiera presentarse como equivalente. Príamo no podía entregar a su hijo y a la ciudad que su hijo había comprometido sin que eso destruyera la autoridad que su familia había construido durante generaciones.

Las guerras que deberían terminar y no terminan lo hacen porque los sistemas políticos que las iniciaron tienen sus propias necesidades que son distintas de las necesidades de los hombres que las pelean, y esas

necesidades raramente coinciden en el momento en que la coincidencia sería posible.

Así continuó la guerra.

Así continuó la inactividad de Aquiles.

Y así continuó creciendo, en el silencio de la tienda donde Patroclo observaba y esperaba con la paciencia que lo caracterizaba, la presión que terminaría produciendo la decisión más costosa que ninguno de los dos habría elegido en un mundo con otras opciones disponibles.

Pero ese mundo no existía.

Existía este, con sus opciones y sus costos y sus personas reales que tomaban decisiones reales con las consecuencias reales que esas decisiones tenían sobre otras personas reales, en una cadena que nadie en ese campamento podía ver completamente desde adentro pero que el tiempo terminaría haciendo visible para todos, incluyendo para los que ya no estuvieran para verla.

El siguiente capítulo de esta historia se estaba escribiendo en los movimientos de Héctor sobre el campo de batalla y en la presión que esos movimientos ejercían sobre la estructura del campamento aqueo. Y cuando esa presión llegara al punto donde la inactividad dejara de ser una opción que el campamento pudiera absorber, la consecuencia vendría con la rapidez de las cosas que llevan tiempo construyéndose y que cuando se manifiestan lo hacen de una sola vez, como si toda la acumulación anterior hubiera estado esperando el momento exacto en que la presa cediera.

Ese momento se estaba acercando.

Patroclo lo veía. Aquiles lo veía también, aunque ninguno de los dos dijera en voz alta lo que veía porque decirlo en voz alta habría precipitado una conversación que ninguno de los dos estaba listo todavía para tener.

Por ahora, la tienda y el entrenamiento y los días que pasaban sin que el momento llegara.

Por ahora, todavía.

Fue Patroclo quien finalmente lo dijo. No en la gran conversación que ambos habían estado evitando sino de la manera en que Patroclo decía las cosas difíciles: directamente, sin preámbulo, en el momento en que la situación lo hacía inevitable.

Habían pasado casi tres meses desde la retirada de los mirmidones. Los informes de esa semana eran peores que los de la anterior, y los de la anterior habían sido peores que los de la semana previa a esa. Los troyanos habían avanzado hasta un punto que Patroclo había marcado en el mapa que llevaba actualizado con la meticulosidad del administrador que necesita ver la situación en términos concretos para poder pensar sobre ella con la claridad que requiere.

Mostró el mapa a Aquiles. No dijo nada. Dejó que el mapa dijera lo que tenía que decir.

Aquiles lo miró durante un tiempo.

—Sé lo que estás pensando —dijo.

—Lo sé —dijo Patroclo.

—Y sabes lo que voy a decirte.

—Sé lo que dirías normalmente —dijo Patroclo—. No sé si es lo que dirás ahora.

Aquiles lo miró.

—¿En qué han cambiado las cosas?

—En que si los troyanos llegan a los barcos —dijo Patroclo, con la calma que usaba para las cosas que más le costaba decir—, la expedición no tiene retorno posible. No porque no podamos combatir para defenderlos. Sino porque si llegan hasta ahí, la autoridad de Agamenón habrá colapsado de una manera de la que no puede recuperarse. Y si Agamenón colapsa, lo que queda no es una alternativa mejor. Es el caos.

—Y en el caos todos perdemos —dijo Aquiles.

—En el caos todos perdemos —confirmó Patroclo—. Incluyendo lo que queda por perder.

Era una referencia a Briseida que ninguno de los dos necesitó hacer explícita.

Aquiles miró el mapa durante un momento más. Luego lo apartó.

—No voy a ceder ante Agamenón —dijo.

—No te pido que cedas ante Agamenón —dijo Patroclo—. Te pido que hagas lo que hay que hacer porque hay que hacerlo, no porque Agamenón lo pida.

Era la distinción correcta. La única distinción que le permitía a Aquiles hacer lo que tenía que hacer sin que hacerlo significara admitir que la posición de Agamenón había sido legítima.

—¿Y qué propones? —dijo Aquiles.

—Que yo vaya —dijo Patroclo.

El silencio que siguió era el silencio más largo y más pesado del capítulo.

—¿Con la armadura? —dijo Aquiles finalmente.

—Con la armadura —confirmó Patroclo—. Los troyanos retrocederán ante lo que crean que eres tú. No necesitarán que seas tú para que el efecto sea el mismo que si lo fueras.

—Y si se dan cuenta de que no soy yo.

—Si se dan cuenta de que no eres tú —dijo Patroclo—, habrán dado suficiente tiempo para que el campamento reorganice sus posiciones.

Era un plan que tenía lógica y que tenía riesgos y que Patroclo había calculado con la honestidad de quien sabe exactamente lo que propone. Aquiles lo veía. Veía también lo que Patroclo no decía explícitamente: que los riesgos del plan eran principalmente para quien lo ejecutaba y no para quien lo autorizaba.

—Hay condiciones —dijo Aquiles.

—Dime.

—Que no te adentres más allá de lo necesario para que los barcos estén a salvo. Que en cuanto la presión ceda, retires.

—De acuerdo —dijo Patroclo.

—¿Me das tu palabra?

—Te doy mi palabra —dijo Patroclo.

Aquiles lo miró durante un momento con esa atención que solo dedicaba a las cosas que le importaban más que cualquier otra.

—¿Por qué haces esto? —dijo.

Era la pregunta que ninguno de los dos había esperado que se formulara, y que formulada producía el tipo de silencio que requiere la respuesta honesta que también requiere tiempo para ser honesta.

—Porque es lo que hay que hacer —dijo Patroclo—. Y porque tú no puedes hacerlo sin que signifique algo diferente de lo que necesita significar.

—¿Y tú puedes hacerlo sin que te cueste?

Patroclo lo miró.

—No sé lo que me va a costar —dijo—. Pero sé que el costo de no hacerlo es más seguro.

Era el tipo de honestidad que solo era posible entre dos personas que se conocían desde hacía suficiente tiempo como para saber que la verdad incompleta era peor que el silencio y que el silencio era peor que la verdad completa aunque la verdad completa no fuera agradable.

Aquiles asintió.

—Ve —dijo—. Y vuelve.

—Vuelvo —dijo Patroclo.

Lo dijo con la convicción de alguien que lo cree en el momento de decirlo. Las palabras que se dicen con convicción en el momento en que se dicen son verdaderas en ese momento, aunque el futuro resulte diferente. Eso es algo que el mundo micénico entendía mejor que la mayoría de las épocas: que una promesa no es una garantía sino un compromiso, y que la diferencia entre las dos no disminuye el valor del compromiso sino que lo hace más real porque es algo que se elige sostener aunque no haya certeza de poder sostenerlo.

Aquiles le dio la armadura sin más palabras.

Patroclo salió de la tienda con ella.

Y en ese momento, en el umbral entre lo que había sido y lo que venía, el narrador omnisciente puede decir lo que ninguno de los dos podía ver desde adentro: que el capítulo que terminaba con esa salida era el último de esta historia que contendría todavía la posibilidad de que las cosas fueran de otra manera.

Después de eso, serían lo que serían.

CAPÍTULO 12

La muerte de Patroclo

El campo de batalla — La tragedia que lo cambia todo

Hay un tipo de conocimiento que solo puede adquirirse después, cuando la distancia hace visible lo que la proximidad ocultaba. El conocimiento de que algo era inevitable. No inevitable en el sentido de que ninguna otra cosa podría haber ocurrido en ninguna circunstancia, porque el pensamiento contrafactual siempre puede construir el escenario donde las cosas fueron diferentes. Inevitable en el sentido más preciso y más difícil de aceptar: que dadas las personas que eran y el mundo en que vivían y las decisiones que habían tomado, lo que ocurrió era la consecuencia que esas personas y ese mundo y esas decisiones producían.

Patroclo salió de la tienda de Aquiles con la armadura que lo haría reconocible para los troyanos como algo diferente de lo que era. No era un engaño en el sentido moral que el término suele llevar consigo. Era una operación táctica de las que el mundo micénico usaba con la regularidad de los instrumentos que funcionan, y Patroclo lo había propuesto con la claridad de quien ha evaluado los riesgos y ha llegado a la conclusión de que el riesgo de actuar era menor que el riesgo de no actuar.

Los mirmidones lo vieron salir. Habían seguido a Aquiles durante años, en Ptía y en el campamento, con la lealtad específica de los hombres que no siguen a una posición sino a una persona, y lo que esa lealtad les había enseñado sobre el señor que los comandaba incluía la capacidad de distinguir entre lo que él hacía y lo que Patroclo hacía, porque los dos habían estado suficientemente presentes en sus vidas como para que la distinción fuera perfectamente legible aunque nadie la hubiera articulado formalmente.

Pero la armadura producía algo que superaba esa capacidad de distinción: la imagen que los mirmidones habían aprendido a reconocer como la señal de que el señor de los barcos negros estaba de nuevo en el campo, después de meses de ausencia que habían pesado sobre sus hombros con la incomodidad específica de los que han sido entrenados para actuar y que se han visto obligados a no hacerlo. Lo siguieron con el impulso de quien ha estado esperando exactamente esto y que ahora que llega no tiene tiempo para examinar si es exactamente lo que parece.

El efecto fue inmediato. Los troyanos que estaban avanzando sobre los barcos vieron la figura que reconocían por años de combate y retrocedieron con la reflejos de quien ha aprendido dolorosamente que esa figura en el campo es una señal de retirada y no de resistencia. La presión que estaba a punto de hacer colapsar el perímetro aqueo cedió en cuestión de minutos, con esa velocidad que tienen las situaciones que dependen de la percepción más que de la fuerza real.

Patroclo lo vio. Y vio también, con la misma claridad que veía todo lo que le importaba ver, que el momento en que las condiciones de Aquiles le decían que se retirara había llegado.

Fue en ese momento exacto cuando cometió el único error que importaba.

No lo cometió por imprudencia. No lo cometió por exceso de confianza. Lo cometió por la razón que los buenos hombres cometen los errores más costosos: porque en el calor de un éxito inesperado, la lógica que lo había llevado hasta ahí se extendió más allá de los límites que esa lógica podía sostener. Los troyanos retrocedían. Los mirmidones avanzaban. La inercia de la situación producía una dirección que era más fácil seguir que detener, porque detener la inercia requiere una decisión deliberada que se opone al impulso del momento, y el impulso del momento era seguir avanzando.

Patroclo siguió avanzando.

Lo que vino después es lo que los bardos cantarían como el combate más significativo de la guerra, y tenían razón aunque por razones que iban más allá de la escala del enfrentamiento en términos puramente militares. Fue significativo porque fue el punto donde dos concepciones del mundo que habían estado en tensión desde el principio de la guerra se encontraron en el campo con toda la consecuencia que ese encuentro tenía acumulada durante años.

Héctor vio la figura que creía ser Aquiles y eligió no retirarse.

No porque fuera temerario. Era precisamente lo contrario: era el hombre más calculador del campamento troyano, el que había aprendido a no comprometerse en batallas que no podía ganar. Pero llevaba años sabiendo que el enfrentamiento con Aquiles era inevitable y que cada vez que lo evitaba lo que conseguía era aplazarlo a un costo que cada vez que se aplazaba se volvía más alto. En algún momento esa postergación dejaría de ser prudencia y se convertiría en debilidad, y la debilidad en el señor de las defensas de Troya era exactamente lo que Troya no podía permitirse que sus aliados percibieran.

Elegió ese momento como el momento en que la postergación debía terminar.

Lo que siguió fue el tipo de combate que ocurre entre dos hombres que son excepcionales en lo que hacen y que además lo saben, porque la consciencia de lo que el adversario es capaz de hacer cambia la naturaleza del combate de una manera que el combate entre un guerrero excepcional

y uno ordinario no tiene. No era simplemente velocidad contra velocidad ni fuerza contra fuerza. Era el cálculo permanente de dos inteligencias que se conocían por reputación y que ahora se conocían en el único sentido que importaba en el campo de batalla: en la manera en que se movían y en lo que esos movimientos revelaban sobre lo que vendrían después.

La diferencia entre Patroclo y Aquiles no era la armadura. Era algo más fundamental: la velocidad. Patroclo era un guerrero de primera categoría. Aquiles era algo diferente de cualquier categoría disponible. Y Héctor, que había estado preparándose para enfrentarse a Aquiles y que por tanto había ajustado su combate a esa expectativa, ejecutó algo que habría sido decisivo contra Aquiles pero que contra Patroclo resultó ser precisamente la diferencia que importaba.

Lo que los bardos no cantarían era lo que el narrador omnisciente puede decir desde su posición: que Héctor no supo que era Patroclo hasta después. Lo supo por las reacciones de los mirmidones que estaban alrededor. Lo supo por algo en la manera en que el cuerpo caía que no era la manera en que Aquiles habría caído. Lo supo demasiado tarde para que saberlo cambiara algo, que es la característica definitoria de ese tipo de conocimiento.

Y en ese momento de comprensión tardía, Héctor sintió algo que el vocabulario del honor micénico no tenía palabras completamente adecuadas para describir: no exactamente remordimiento, porque el remordimiento requiere haber hecho algo que se sabe incorrecto y lo que él había hecho era lo que la guerra exigía que hiciera. Algo más complicado: la consciencia de que lo que acababa de ocurrir tenía consecuencias que iban mucho más allá del combate inmediato y que ninguna de esas consecuencias iba a ser buena para ninguno de los que estaban en ese campo.

Troya había perdido el único guerrero que podía haber detenido a Aquiles de la única manera que Aquiles podía ser detenido: dándole algo por lo que no querer que la guerra continuara. Y Aquiles había perdido lo único que le quedaba que no era la guerra.

El mensajero que llevó la noticia a la tienda de Aquiles eligió, con la prudencia de quien sabe que algunas noticias necesitan el mensajero correcto, a Antíoco. Era alguien que conocía a Aquiles lo suficiente como para saber que la noticia no podía ser preparada ni suavizada ni contextualizada, que solo podía ser dicha.

Antíoco entró a la tienda.

Aquiles lo miró. Vio lo que la cara de Antíoco contenía antes de que ninguna palabra hubiera sido pronunciada, porque había aprendido a leer las caras con la misma precisión con que leía el campo de batalla y la cara de Antíoco en ese momento no contenía ninguna ambigüedad.

—Patroclo —dijo Aquiles.

No como pregunta. Como la única palabra disponible para lo que ya sabía.
—Héctor —dijo Antíoco.

El silencio que siguió no duró. Los silencios que rodean a las noticias de ese tipo no duran porque el dolor de ese calibre no es silencioso: ocupa el espacio disponible de la única manera en que puede ocuparlo. Aquiles salió de la tienda con el movimiento de quien no está pensando en las consecuencias de lo que hace porque lo que siente supera la capacidad de cualquier pensamiento de gestionar sus consecuencias.

Se cubrió de polvo, que era el gesto de duelo que el mundo micénico reconocía como la señal de que algo se había roto de maneras que ningún ritual posterior podía reparar completamente. Lo hicieron los hombres a su alrededor, los mirmidones que habían perdido a alguien que no era su señor pero que era el corazón social de todo lo que el campamento de su señor había sido durante años.

Lo que Aquiles sentía en ese momento no era lo que el vocabulario del honor micénico describía cuando hablaba de la pérdida en la guerra. Era algo más antiguo y más fundamental: la ausencia de la persona que más importaba, que es el tipo de ausencia que no se puede describir con precisión porque no tiene equivalente en ninguna otra experiencia disponible y que por tanto nunca tiene las palabras exactas que necesita.

Patroclo había sido la persona que lo conocía completamente. No en el sentido de saber todo sobre él, que nadie puede saber todo sobre nadie. En el sentido de que la presencia de Patroclo en el mundo hacía que el mundo de Aquiles fuera diferente de lo que habría sido sin esa presencia, y que esa diferencia era parte de la estructura de cómo Aquiles existía en el mundo, no algo añadido que pudiera separarse sin alterar la estructura.

Cuando la estructura se alteraba así, lo que quedaba era irreconocible durante el tiempo que tardaba en encontrar una nueva forma. Y el tiempo que tardaba en encontrar una nueva forma era exactamente el tiempo en que era más peligroso.

Aquiles regresó a la tienda. Pidió la armadura nueva. No dijo nada más que lo que el protocolo requería decir. Los hombres que lo rodeaban lo vieron con la atención de quienes saben que lo que están mirando es un umbral y que lo que hay del otro lado de ese umbral va a ser diferente de lo que ha habido hasta ahora.

Lo era.

Héctor lo sabía también. Lo sabía desde el momento en que había comprendido a quién había matado. Había pasado el resto de ese día en las murallas mirando el campamento aqueo con la atención específica del que espera algo que sabe que vendrá y que está calculando cuánto tiempo tiene para prepararse.

No tenía suficiente tiempo. Eso también lo sabía.

Había cosas que no podían prepararse con el tiempo disponible, y la llegada de Aquiles de vuelta al campo con ese tipo específico de determinación que producía la pérdida irreparable era una de esas cosas. No porque Héctor no tuviera capacidad de combatir contra ese tipo de determinación. Sino porque contra ese tipo de determinación lo que uno construye son defensas, y las defensas sostienen el tiempo que sostienen pero no transforman la situación subyacente.

Lo que Héctor comprendió en esa tarde, parado sobre las murallas mientras el sol se ponía sobre el campamento aqueo con esa luz de finales de verano que hacía que todo pareciera más nítido y más inevitable de lo que parecía cuando la luz era diferente, era que lo que venía era lo que tenía que venir y que la única pregunta disponible era cómo enfrentarlo con la dignidad que la situación exigía y que él no estaba dispuesto a ceder aunque cediera todo lo demás.

Andrómaca se acercó a él en esa terraza. No dijo nada durante un tiempo. Luego puso la mano en su brazo con el gesto que no necesitaba palabras para decir lo que decía.

—¿Cuánto? —dijo finalmente.

—No mucho —dijo Héctor.

Andrómaca asintió.

No lloró. O si lloró, fue en el espacio interior donde las personas que han aprendido que el llanto visible tiene un costo que en ese momento no podían pagar guardan las cosas que necesitan guardar en algún lugar antes de dejarlas ir.

—Astianacte pregunta por ti todas las noches —dijo.

—Lo sé —dijo Héctor—. Dile que le llevaré algo del mercado mañana.

—¿Irás al mercado mañana?

—Sí —dijo Héctor—. Mientras pueda, iré.

Era la respuesta más honesta disponible. Y Andrómaca la recibió como lo que era: no una promesa de permanencia sino un compromiso de continuar en el tiempo en que continuar era posible.

Era suficiente.

Tenía que serlo.

Y mientras Héctor y Andrómaca estaban en esa terraza y Aquiles estaba en su tienda con la armadura nueva y el vacío de lo que Patroclo había sido, el mundo que rodeaba a todos ellos continuaba siendo el mundo: más grande que cualquiera de sus historias, más indiferente a sus pérdidas de lo que cualquiera de los que las sufrían podía aceptar completamente, y al mismo tiempo completamente dependiente de sus decisiones para tomar la forma que tomaría en los días que venían.

Las decisiones que se tomarían tendrían las consecuencias que tendrían.

Nadie podía evitarlo.

Nadie podía saber completamente cuáles serían.

Lo que podía saberse era lo que siempre puede saberse: que el pasado ya ha ocurrido y que el futuro todavía no, y que el único momento en que la acción humana tiene alguna consecuencia real es el presente, que es donde todos ellos estaban en ese momento: en el presente, con sus pérdidas y sus determinaciones y sus caras que amaban y sus enemigos que respetaban y el mundo que seguía siendo el mundo aunque ellos hubieran cambiado.

Era suficiente para lo que venía.

Tenía que serlo.

Lo que el narrador omnisciente puede añadir, desde esa distancia que ninguno de los que estaban dentro podía tener, es que la muerte de Patroclo fue el momento donde varios hilos de esta historia se anudaron simultáneamente de maneras que cada uno de los involucrados vería solo parcialmente.

Para los troyanos, era la confirmación de que la estrategia de Héctor había funcionado durante cuatro años pero que ahora había producido la consecuencia más peligrosa posible: Aquiles de vuelta en el campo, no con la motivación de la gloria que tenía cuando llegó sino con la motivación del dolor, que es infinitamente más difícil de gestionar porque no tiene límites naturales. La gloria busca un momento culminante después del cual puede detenerse. El dolor no busca culminación. Busca agotamiento, y el agotamiento en el dolor de ese tipo es imposible de predecir y difícil de producir desde afuera.

Para los aqueos que no eran Aquiles, era el momento en que la dinámica del campamento cambió de una manera que ninguno de ellos había anticipado completamente: la retirada de los mirmidones había sido un problema estratégico manejable. Su regreso bajo esas condiciones era otra cosa: una fuerza que de pronto no tenía los moderadores que la habían hecho manejable para todos, incluyendo para Agamenón.

Para Agamenón, que había calculado la recuperación de su posición con la meticulosidad que aplicaba a todos sus cálculos, la muerte de Patroclo producía exactamente lo que sus cálculos más cuidadosos habrían identificado como el peor resultado posible: Aquiles de regreso al campo sin que Agamenón tuviera nada que ver con ese regreso, lo que significaba que el regreso no reforzaba la autoridad de Agamenón sino que la debilitaba de una manera nueva, porque demostraba que Aquiles volvía cuando él elegía volver y por las razones que él elegía tener y no porque el sistema de autoridad del campamento lo hubiera producido.

Y para Aquiles, que el narrador ha seguido más de cerca que a ningún otro personaje de esta historia, era el momento donde todo lo que la guerra le había dado y le había quitado convergía en un punto desde el que el mundo se veía diferente de como se había visto antes.

La gloria que había buscado cuando zarpó de Áulide le parecía ahora lo que siempre había sido: una abstracción. Briseida le había mostrado el mundo desde el otro lado de la lanza. Patroclo le había mostrado que había alguien que lo veía completamente. Ambos habían desaparecido de maneras distintas y por razones distintas pero con el mismo resultado: que lo que la guerra le había prometido, la inmortalidad de los que hacen cosas extraordinarias, le resultaba en ese momento completamente insuficiente para justificar lo que le había costado.

El problema era que ya no había manera de regresar. No había manera de deshacer lo que había ocurrido. No había manera de estar en Ptía con Patroclo vivo y la guerra sin haber comenzado.

Lo que había era esto: el campo de batalla que esperaba al día siguiente, con Héctor al otro lado y el cuerpo de Patroclo entre los dos, y la única cosa que Aquiles sabía hacer con el tipo de peso que lo aplastaba en ese momento, que era convertirlo en movimiento.

No era la mejor manera de procesar el dolor. Era la única manera que tenía disponible.

Y disponible era lo único que importaba cuando el sol saliera al día siguiente.

CAPÍTULO 13

El cazador y la presa

El campo de batalla — La venganza de Aquiles

La armadura nueva llegó esa misma noche. Cómo llegó exactamente, si fue enviada desde Ptía por Tetis con la previsión de quien conocía a su hijo suficientemente bien para saber que el momento en que la necesitaría llegaría antes de lo que cualquier cálculo ordinario podría prever, o si fue encargada de urgencia a los mejores artesanos disponibles en el campamento con los recursos que el señor de los mirmidones podía poner a disposición de cualquier proyecto que considerara prioritario, era uno de esos detalles que los bardos resolverían con la forja de Hefesto y el fuego divino porque la resolución divina era más elegante que cualquier explicación logística disponible.

Lo que importaba no era de dónde venía la armadura. Importaba lo que representaba: que Aquiles salía al campo al día siguiente. No como una decisión tomada después de deliberación. Como la única consecuencia posible de lo que había ocurrido el día anterior.

Pasó la noche sin dormir. No porque la vigilia fuera un ritual de preparación sino porque el sueño no llegaba y no tenía sentido perseguirlo. Pasó las horas en la tienda con los documentos de las operaciones de los últimos meses, revisando mapas, evaluando posiciones, haciendo el trabajo técnico de planificación que habría hecho cualquier otra noche antes de una operación de esa magnitud. No porque necesitara la información. Porque el

trabajo técnico era la única manera de mantener la mente en el plano funcional en lugar de dejarla caer en el plano donde lo que esperaba era simplemente el peso sin forma de lo que había perdido.

Los mirmidones lo observaban desde sus posiciones con la atención de los que saben que lo que verán al día siguiente va a ser diferente de todo lo que han visto antes, porque lo que lo mueve es diferente de todo lo que ha movido al señor de los barcos negros hasta este punto. Lo que lo había movido antes era una mezcla de propósito, de cálculo y de algo que en los bardos sería la búsqueda de la gloria pero que en la realidad era más parecido a la necesidad de estar a la altura de una imagen que el mundo había construido sobre él y que él mismo había contribuido a construir. Todo eso seguía ahí. Pero ahora había algo más, instalado sobre todo lo demás con la solidez específica de lo que no puede ignorarse porque no tiene forma de ser ignorado: el dolor que buscaba el único canal que tenía disponible.

Cuando el sol salió, Aquiles ya estaba en el campo.

Los troyanos lo vieron desde las murallas con la claridad de quien reconoce algo que había esperado ver y que ahora que ve no produce la sensación que había anticipado. Los que lo veían por primera vez después de meses de su ausencia del campo notaron la diferencia que Héctor ya había notado desde la terraza la noche anterior: que el hombre que se movía en el campo no era exactamente el mismo hombre que se había retirado meses antes. La diferencia no estaba en la armadura ni en la velocidad ni en ningún atributo físico. Estaba en algo que los guerreros experimentados reconocen cuando lo ven aunque no siempre tengan las palabras para describirlo: que este hombre no estaba calculando el riesgo de lo que hacía porque en ese momento el riesgo no era una variable que le importara incorporar en sus cálculos.

Eso hacía de él algo diferente de lo que había sido antes. Más peligroso en el sentido más inmediato. Más vulnerable en el sentido más profundo. Ambas cosas a la vez, con la tensión que produce esa combinación cuando se manifiesta en un ser humano que tiene la capacidad de hacer daño que Aquiles tenía.

Lo que siguió durante los días que vinieron después de esa primera mañana fue lo que los bardos cantarían como la demostración más espectacular de lo que un guerrero excepcional podía hacer cuando todas las restricciones habituales habían dejado de funcionar. No era inexacto. Era incompleto en el sentido en que todas las descripciones que reducen una situación a su aspecto más visible son incompletas.

Lo que ocurría en el campo en esos días era esto, desde la perspectiva más completa disponible: Aquiles buscaba a Héctor. No como un objetivo táctico entre otros sino como el único objetivo que importaba. Todo lo demás que ocurría en el campo era el camino hacia ese objetivo o era irrelevante. Los troyanos que encontraba en ese camino no eran adversarios en el sentido

pleno del término: eran obstáculos que la lógica del campo requería gestionar y que gestionaba con la eficiencia brutal de quien no tiene tiempo para otra cosa.

Era una eficiencia diferente de la que había mostrado en los cuatro años anteriores. La anterior era la eficiencia del artesano: cuidadosa, calculada, orientada a producir el resultado correcto con el mínimo de medios necesarios. Esta era la eficiencia de algo más primitivo y más difícil de mirar directamente: la del dolor que busca un punto de descarga y que cuando lo encuentra no aplica restricciones porque las restricciones requerirían un tipo de distancia de uno mismo que en ese momento no está disponible.

Los troyanos lo veían venir y se retiraban. No como cobardes: la distinción entre cobardía y prudencia en esas circunstancias era perfectamente clara para cualquier guerrero experimentado. Se retiraban porque lo que tenían delante no era un adversario que calculara como ellos calculaban, y combatir con alguien que no calcula requiere un tipo diferente de determinación que la que producen los sistemas de honor habituales.

Héctor lo sabía. Lo había visto desde las murallas. Lo había calculado con la misma meticulosidad con que calculaba todo. Y había llegado a la conclusión que la situación producía inevitablemente: que el único hombre que podía detener lo que estaba ocurriendo era él mismo, porque mientras Aquiles tuviera un objetivo específico lo que había en el campo era una situación que podía resolverse de maneras determinadas, y la única resolución que era viable desde el punto de vista de Troya era la que pasaba por ese enfrentamiento.

Lo que Héctor no se permitía calcular, porque calcularlo habría requerido una honestidad sobre sus propias posibilidades que habría sido incompatible con hacer lo que tenía que hacer, era qué tan probables eran las distintas resoluciones posibles de ese enfrentamiento. Había ciertos cálculos que uno hace y ciertos cálculos que uno no hace, y la distinción entre los dos no es debilidad sino la comprensión de que algunas formas de honestidad son destructivas si llegan antes de que uno haya terminado de hacer lo que necesita hacer.

La persecución alrededor de las murallas de Troya fue lo que fue: el espectáculo de dos hombres que se sabían en el centro de algo que iba a definir todo lo que vino después, con la conciencia que da esa posición y que no hace la situación más soportable sino simplemente más visible para quien la vive. Héctor corrió porque correr era la única manera de ganar tiempo para encontrar el ángulo que la situación le requería encontrar. Aquiles persiguió porque perseguir era la única dirección que el dolor le dejaba disponible.

La persecución tenía el aspecto de lo que los bardos describirían como el duelo de los más grandes guerreros de su generación. Lo era. También tenía

el aspecto de dos seres humanos atrapados por las consecuencias de decisiones que habían tomado y que no podían deshacer. También era eso.

Cuando Héctor se detuvo y giró, no fue porque hubiera calculado que ese era el momento correcto para detenerse. Fue porque había comprendido que seguir corriendo y detenerse y combatir producían el mismo resultado final pero que uno de esos resultados le permitía elegir cómo enfrentar lo que inevitablemente venía y el otro no.

Eligió la que le daba esa posibilidad.

—Si me matas —dijo Héctor, en la distancia que separaba a los dos hombres y que ninguno de los bardos que cantarían este momento podría reproducir exactamente, porque la distancia entre dos hombres que están a punto de determinar el resto de sus vidas mutuamente no es el tipo de distancia que se mide en estadios— devuelve mi cuerpo a los míos.

Era el tipo de petición que en el mundo micénico del honor tenía un peso específico: el reconocimiento de que incluso entre adversarios había obligaciones que el combate no cancelaba, que incluso en la guerra había cosas que pertenecían a los que habían caído y no a los que los habían derrotado.

Aquiles no respondió de inmediato. Lo que ocurría en él en ese momento era demasiado complejo para la respuesta inmediata.

—No —dijo finalmente.

Era la respuesta incorrecta. Aquiles lo sabía. No porque violar los códigos del honor fuera incorrecto en abstracto, aunque también lo era, sino porque era la respuesta que venía de la capa más oscura de lo que sentía y no de la capa más profunda de lo que era. Y Aquiles sabía distinguir entre esas dos cosas aunque en ese momento no fuera capaz de hacer que la distinción cambiara lo que hacía.

El combate que siguió era el tipo de combate que ocurre entre un hombre que está completamente presente y un hombre que ya no está completamente presente de la misma manera, porque el dolor que habita a uno de los dos ha cambiado la naturaleza de su presencia de maneras que hacen la situación asimétrica en una dirección que ninguna técnica puede compensar completamente.

Héctor fue extraordinario. Lo fue de la única manera que le quedaba disponible: siendo completamente él mismo en el momento en que ser completamente él mismo era lo único que tenía, sin reservas y sin cálculos sobre lo que vendría después. En otros momentos esa reserva había sido su mayor ventaja: la capacidad de pensar siempre un paso más allá del presente, de conservar recursos para lo que vendría. En este momento, no había lo que vendría.

Aquiles fue lo que era. Con todo lo que eso implicaba y con todo lo que en esos días implicaba además.

La muerte de Héctor fue lo que la muerte de los grandes guerreros es siempre: inesperadamente rápida en el momento concreto después de todo lo que la precedió, con esa brutalidad específica del contraste entre la lentitud de lo que construye y la velocidad de lo que destruye. Héctor cayó en el polvo frente a las murallas de su ciudad, que había defendido durante diez años con todo lo que tenía disponible.

Lo que Aquiles hizo después con el cuerpo era lo que hacen los hombres cuando el dolor ha desplazado temporalmente todo lo demás que son: cometió el exceso que el dolor producía sin la moderación que el resto de su carácter habría aplicado si el dolor no lo hubiera desplazado. Arrastró el cuerpo de Héctor alrededor de las murallas con la rabia específica de quien necesita que algo que ha ocurrido no haya ocurrido y que no encuentra ningún otro canal para esa necesidad.

Andrómaca lo vio desde la muralla.

Las palabras para describir lo que Andrómaca sintió en ese momento no existen en ningún idioma que se haya inventado desde entonces, porque las palabras para describir lo que siente alguien que ve desde la distancia lo que nunca debería tener que ver ocurrir a quien ama son exactamente el tipo de palabras que los idiomas construyen solo después de que suficientes personas han sobrevivido al momento suficiente tiempo como para buscar las palabras que lo describan, y Andrómaca lo estaba viviendo en tiempo real sin el tiempo que ese proceso requiere.

Los ancianos del consejo de Príamo que estaban junto a ella en la muralla hicieron los gestos que el protocolo indicaba. Nadie dijo nada que valiera la pena decir porque nada de lo que valía la pena decir en ese momento tenía palabras disponibles.

Astianacte estaba dentro del palacio con su nodriza. No sabía todavía lo que había ocurrido. Lo sabría pronto, con la crueldad específica de la información que llega a los niños siempre antes de que los adultos estén listos para darla y siempre después de que los niños han percibido que algo ha cambiado pero no saben todavía en qué.

Príamo observaba desde la torre más alta del palacio con la expresión de alguien que ha gobernado durante décadas y que en este momento comprende que lo que gobernaba se ha roto de una manera que ninguna habilidad política puede reparar. No porque Héctor fuera insustituible en el sentido técnico del término, aunque lo era. Sino porque lo que Héctor representaba para Troya no era únicamente la capacidad militar. Era la prueba de que lo que Troya había sido durante generaciones podía continuar siendo posible en el mundo que la rodeaba. Con Héctor, esa posibilidad había muerto.

Príamo lo procesó con la serenidad de quien ha vivido suficiente tiempo como para saber que hay pérdidas que solo pueden ser aceptadas y no resueltas, y que la aceptación, lejos de ser derrota, es la única forma de dignidad disponible cuando la situación no deja otra.

En el campo, los mirmidones observaban a su señor con la atención silenciosa de los que han seguido a alguien durante suficiente tiempo como para conocerlo y que en este momento lo ven siendo algo que no habían visto antes y que en algún nivel reconocen como el umbral de algo que no saben todavía cómo nombrar.

Lo que vendría después del campo de ese día era lo que tenía que venir. Aquiles regresaría a la tienda. El dolor continuaría siendo lo que era. Y en algún momento, que el narrador puede ver pero que Aquiles todavía no, la rabia y el dolor encontrarían un canal diferente. No porque el dolor cediera, porque el dolor de ese tipo no cede de esa manera. Sino porque hay momentos en que lo que uno ha hecho en respuesta al dolor se vuelve visible con la claridad que la rabia impide y que regresa cuando la rabia, que no puede sostenerse indefinidamente porque es demasiado costosa para el cuerpo que la sostiene, empieza a perder intensidad.

Ese momento estaba por venir.

Y lo que Aquiles haría en ese momento era lo más importante que haría en toda esta historia, porque sería lo único que haría por su propia elección sin que el dolor o la gloria o el miedo o el orgullo lo movieran desde afuera.

Pero ese momento todavía no había llegado.

Por ahora, el campo. El polvo. El sol de esa tarde sobre Troya que seguía en pie aunque el hombre que la había sostenido durante diez años ya no estuviera.

El mundo continuaba siendo el mundo.

Esa también era su crueldad más constante.

El narrador omnisciente puede añadir aquí lo que ninguno de los que estaban en ese campo podía ver desde adentro: que la muerte de Héctor era el momento donde las dos historias que esta novela había contado en paralelo, la historia de Aquiles y la historia de Troya, convergían en el único punto donde podían converger, y que esa convergencia era también el punto donde ambas historias empezaban a terminar.

Troya había perdido al hombre que la hacía viable. No en el sentido de que sin Héctor nadie pudiera defender las murallas. Había otros guerreros, otros comandantes, otros hombres con capacidad de sostener la defensa durante tiempo adicional. Pero sin Héctor, la defensa de Troya se convertía en lo que siempre había amenazado con ser si el equilibrio se rompía: una empresa sin el centro que la daba coherencia. Los aliados que habían permanecido leales porque Héctor era Héctor empezaban a calcular sus propios intereses con la libertad de quien ya no tiene el ancla que los mantenía donde estaban. Los ciudadanos de Troya que habían soportado diez años de asedio porque Héctor representaba la posibilidad de que el asedio pudiera sostenerse empezaban a ver esa posibilidad desde un ángulo diferente.

Y Aquiles había perdido el único adversario que habría podido darle lo que la gloria no podía darle: la sensación de que combatir con él era

encontrarse con un igual. No en las capacidades, porque las capacidades de Héctor y las de Aquiles no eran iguales en el mismo sentido. En algo más difícil de cuantificar: el reconocimiento de que ambos entendían lo mismo sobre lo que había en juego, aunque lo que había en juego los pusiera en lados opuestos.

Eso también era una pérdida. Aquiles no podría haberla articulado en ese momento. La articularía después, o comenzaría a articularla, en la oscuridad de la tienda durante los días que vendrían.

Lo que el mundo del siglo XIII antes de nuestra era producía en sus grandes guerreros no era simplemente la capacidad de matar con precisión extraordinaria. Era también, y esto los bardos raramente cantaban porque era menos épico y más triste, la capacidad de reconocer en el adversario algo que no se encontraba en ningún otro lugar. El adversario que te igualaba te daba algo que ningún aliado podía darte: la prueba de que lo que eras era real porque requería algo igualmente real para resistirlo.

Con Patroclo muerto y Héctor muerto, Aquiles tenía todo lo que la guerra podía darle.

Y lo que tenía era lo que siempre produce el vacío que deja lo que uno persiguió durante mucho tiempo y que cuando lo obtiene descubre que no era exactamente lo que imaginó cuando lo perseguía: el reconocimiento de que lo que uno buscaba no estaba en lo que alcanzó sino en el proceso de buscarlo, y que ese proceso ahora había terminado.

Eso era lo que las noches que vendrían le presentarían. No como revelación dramática sino como el tipo de comprensión que llega cuando el ruido se acalla suficientemente para que lo que siempre estuvo ahí se vuelva audible.

El campo se vaciaba con el atardecer. Los cuerpos quedaban donde habían caído, esperando la mañana y los que vendrían a recogerlos. Las murallas de Troya seguían en pie, doradas en la luz de finales del día, exactamente donde habían estado siempre.

El mundo que esas murallas habían representado durante diez años de asedio estaba llegando a su fin. Pero las murallas todavía estaban ahí.

Y Aquiles, que había venido a derribarlas, se encontraba en el campo con todo lo que había buscado y sin lo que lo había hecho posible, que es la posición más difícil de habitar de todas las posiciones que una vida puede producir.

Por ahora, el campo y el atardecer y lo que quedaba de un día que había cambiado demasiadas cosas de demasiadas maneras para que ninguna de ellas pudiera verse completamente todavía.

Por ahora, eso.

CAPÍTULO 14

Príamo en la noche

El campamento aqueo — La humanidad que regresa

Las noches en el campamento aqueo tenían después de la muerte de Héctor una calidad diferente a la de las noches anteriores. No en términos de lo que ocurría en ellas: las guardias rotaban con la misma regularidad, los fuegos ardían con la misma constancia, el ruido de fondo del campamento producía los mismos sonidos que producía desde el principio. La diferencia estaba en el silencio de la tienda de los mirmidones, donde Aquiles pasaba las horas que antes habría pasado durmiendo o en conversación con Patroclo con una actividad que no era exactamente ninguna de las dos cosas y que los mirmidones que montaban guardia fuera aprendieron a reconocer como la actividad de alguien que está presente sin estar completamente presente.

Lo que pensaba en esas noches era aquello que no podía no pensar. No en la victoria sobre Héctor, que había ocurrido y que pertenecía al pasado de la manera en que pertenecen al pasado las cosas que se buscan y que una vez alcanzadas revelan que no contenían lo que uno esperaba que contuvieran. No en la guerra, que continuaba con la inercia de los procesos que se sostienen solos una vez que han alcanzado suficiente masa. No en Agamenón ni en Odiseo ni en ninguno de los otros actores de esa empresa que seguían siendo lo que habían sido y que lo seguirían siendo independientemente de lo que él pensara sobre ellos.

En Patroclo. En Briseida. En lo que quedaba de todo lo que habían sido los dos como conjunto con él en el centro, que era la única forma en que el mundo de los últimos años había tenido una textura completa.

Había algo en esas noches que el narrador omnisciente puede describir con una precisión que el vocabulario de la época no tenía disponible: que Aquiles estaba en proceso de comprender que la victoria que había buscado no era el tipo de victoria que resolvía lo que necesitaba ser resuelto, y que esa comprensión, llegando a través del dolor y no de la razón, era más costosa que cualquier derrota que hubiera podido sufrir en el campo de batalla.

El dolor había hecho lo que el dolor hace cuando tiene suficiente tiempo para trabajar sin interferencia: había ido revelando capas de lo que existía debajo de él. Lo primero que revelaba era la pérdida en sus términos más inmediatos: la ausencia de Patroclo, concreta, diaria, presente en cada momento donde la costumbre había establecido que Patroclo estaría y donde ahora había un espacio vacío que ninguna rutina podía llenar completamente. Lo que revelaba después, cuando el dolor inmediato cedía lo suficiente para que otras cosas pudieran verse, era algo más difícil de nombrar: la pregunta sobre qué quedaba cuando las personas que daban forma al mundo de uno ya no estaban para seguir dándosela.

No era una pregunta filosófica en el sentido abstracto del término. Era la pregunta más práctica posible: qué haces mañana, no en términos de las

acciones físicas que el campamento y la guerra requerirían de él con la regularidad de siempre, sino en términos de para qué las haces.

En el sexto día después de la muerte de Héctor, llegó a la tienda de Aquiles algo que nadie en el campamento había anticipado.

Los guardias lo vieron llegar en la oscuridad de la medianoche: una figura anciana que avanzaba por el campamento con la lentitud de quien ha llegado más lejos de lo que debería poder llegar y que por tanto no tiene prisa con los últimos metros. Llevaba los dones que el protocolo de la súplica requería: objetos de valor que constituían la ofrenda formal, y algo más que el protocolo no requería pero que cualquiera que lo hubiera visto en ese contexto habría reconocido como lo que era: el peso específico de un hombre que ha llegado al extremo de lo que puede hacerse en nombre de una pérdida que no puede sostenerse de ninguna otra manera.

Los guardias lo detuvieron. Lo reconocieron. Lo que tenían ante ellos era Príamo, rey de Troya, el padre del hombre que Aquiles había matado, en el campamento del hombre que lo había matado, en la medianoche, con los dones de la súplica.

Enviaron a buscar a Aquiles.

Lo que ocurrió después, en la tienda, fue el tipo de encuentro que ninguno de los que participaron en él habría podido predecir con suficiente precisión como para prepararse completamente para lo que produjo. No porque los participantes fueran imprevisibles en sus caracteres. Porque el encuentro ocurrió en condiciones que hacían que los mecanismos habituales de protección y cálculo fueran menos accesibles de lo usual, y que por tanto lo que ocurriera en él fuera más directamente lo que los dos hombres eran cuando no tenían esos mecanismos disponibles.

Aquiles vio entrar a un anciano que se movía con la dignidad de quien ha decidido que si tiene que hacer esto lo hará con todo lo que le queda de dignidad disponible. Vio a un hombre que cargaba un peso que reconocía con la precisión de quien lleva días cargando el mismo tipo de peso aunque con diferente contenido. Vio a alguien que había cruzado el espacio más peligroso del mundo para ese hombre, el campamento del ejército que estaba destruyendo su ciudad, para pedir algo que ningún protocolo obligaba a dar y que ninguna lógica militar recomendaba otorgar.

Príamo se arrodilló.

En el mundo micénico, ese gesto tenía un significado específico que todos los presentes entendían perfectamente: era la súplica formal, el acto mediante el cual alguien reconocía que no tenía más recursos que la clemencia del que tenía todo el poder en esa situación. Era un gesto que los guerreros raramente hacían porque costaba todo lo que costaba en términos del tipo de autoridad que su mundo les exigía mantener visible en todo momento.

Príamo lo hizo con la naturalidad de quien ha evaluado lo que tiene y lo que necesita y ha comprendido que el orgullo no pertenece a la lista de cosas que puede permitirse en ese momento.

—Devuélveme a mi hijo —dijo Príamo—. Dame lo que queda de él para que pueda darle lo que merece. No te pido nada más que eso.

Aquiles no respondió de inmediato. Lo que ocurrió en él durante ese silencio es lo que el narrador puede describir con más claridad que cualquier otro momento de esta historia, porque es el momento donde toda la reducción que el dolor había producido se invirtió por primera vez: la presencia del anciano frente a él, con su súplica y con sus dones y con el peso de un padre que ha perdido a su hijo, hizo algo que ningún argumento racional habría podido hacer en ese momento: lo vio.

Lo vio en el sentido en que Briseida le había enseñado que ver significa: no como la categoría en que encajaba, enemigo, rey de la ciudad que estaba atacando, padre del hombre que había matado, sino como el ser humano específico que era, con su historia particular y su dolor particular y su dignidad particular que había elegido sostener incluso cuando el costo de sostenerla era exactamente este.

Y al verlo, algo que el dolor había cerrado en él desde la muerte de Patroclo se abrió de nuevo. No completamente. No de una manera que resolviera lo que necesitaba resolverse. Pero lo suficiente para que el espacio donde estaban los dos tuviera una calidad diferente a la que había tenido en las noches anteriores.

Aquiles se levantó y fue hacia donde Príamo estaba arrodillado.

—Levántate —dijo.

Era una instrucción y era también algo más: el reconocimiento de que el gesto de la súplica había producido su efecto y que por tanto ya no era necesario sostenerlo.

Príamo se levantó con la lentitud de los cuerpos que llevan mucho tiempo cargando más de lo que les corresponde. Aquiles lo miró durante un momento.

—Eras el rey de la ciudad más importante del mundo —dijo Aquiles—. Tenías hijos que habrían podido gobernarla durante generaciones. ¿Cómo pudiste venir aquí?

—Vine porque es lo que hay que hacer —dijo Príamo—. No tengo otro nombre para ello.

—¿Y no temías?

—Temo todo el tiempo —dijo Príamo—. Pero el miedo no es una razón para no hacer lo que hay que hacer. Es simplemente una información sobre el costo de hacerlo.

Aquiles procesó eso durante un momento.

—¿Y cuántos hijos has perdido? —dijo.

—Cincuenta —dijo Príamo—. Muchos antes de esta guerra. Muchos durante ella. —Una pausa—. Héctor era el que sostenía todo lo demás.

—Lo sé —dijo Aquiles—. Lo sabía incluso antes de matarlo. Sabía lo que era para Troya.

—¿Y lo mataste de todas formas?

Era una pregunta que en otro contexto habría sido una acusación. En ese contexto, con ese tono, era simplemente lo que era: una pregunta hecha por un padre que tenía derecho a hacerla y que no esperaba que la respuesta cambiara nada sino únicamente que existiera.

—Lo maté porque Patroclo era lo que sostenía todo lo demás para mí —dijo Aquiles—. Y la única manera que tenía de hacer algo con eso era lo que hice.

Príamo lo miró durante un momento largo.

—Entonces somos lo mismo —dijo Príamo.

—Somos lo mismo —dijo Aquiles.

No era un acuerdo sobre quién tenía razón ni sobre qué debería haber ocurrido ni sobre cómo debería terminar lo que todavía no había terminado. Era simplemente el reconocimiento de que los dos estaban en el mismo lugar: el lugar donde una pérdida que no puede repararse te hace hacer cosas que en circunstancias normales habrían sido impensables, y donde esas cosas, una vez hechas, no pueden deshacerse pero sí pueden ser reconocidas por lo que son.

Aquiles ordenó que trajeran comida y que prepararan un lugar donde Príamo pudiera descansar. No con la ceremoniosidad que el protocolo habría requerido si la visita hubiera sido oficial, sino con la sencillez de quien provee lo que es necesario porque es lo correcto proveerlo.

Comieron en silencio durante un tiempo. No el silencio de la tensión sino el silencio de dos personas que han dicho lo que había que decir y que ahora simplemente estaban en el mismo espacio con el peso de lo que habían dicho.

—¿Por qué no terminó antes? —dijo Príamo finalmente.

—Porque ninguno de los dos podía terminarla de la manera que el otro necesitaba —dijo Aquiles—. Tú no podías devolver lo que tomaron tus hijos. Yo no podía devolver lo que tomé yo.

—¿Y ahora?

—Ahora no cambia eso —dijo Aquiles—. Pero puedo devolverte a Héctor. Eso sí está en mi poder.

—¿Por qué lo harías?

Aquiles tardó en responder.

—Porque hay una diferencia entre ganar una guerra y ser el tipo de persona que uno quiere ser —dijo—. Durante meses no pude ver esa diferencia. Usted acaba de mostrármela de nuevo.

Príamo lo miró con la expresión de quien recibe algo que no esperaba recibir y que todavía está procesando qué hacer con ello.

—Esa persona que usted quiere ser —dijo Príamo—. ¿La conocía antes de todo esto?

—Sí —dijo Aquiles—. La conocía.

—¿Y todavía existe?

Aquiles tardó más en responder eso que en responder cualquier otra pregunta de esa noche.

—No lo sé todavía —dijo—. Pero esta conversación me indica que podría.

Era la respuesta más honesta disponible. Y Príamo, que había vivido suficiente tiempo y suficientemente cerca de la realidad del poder como para reconocer la honestidad cuando la encontraba, la recibió como lo que era.

Durmieron, los dos, en la misma tienda donde horas antes ninguno de los dos había podido dormir. Príamo con el peso que llevaba, que era el peso de décadas y de demasiadas pérdidas para contarlas. Aquiles con el peso que llevaba, que era más reciente pero no menor.

Al amanecer, Aquiles cumplió lo que había dicho. El cuerpo de Héctor fue preparado con el cuidado que el hijo mayor del rey de Troya merecía. Los doce días de tregua que Príamo pidió para los ritos funerarios fueron concedidos. Los mirmidones, que habían observado todo esto con esa atención silenciosa que era la manera en que los mirmidones siempre observaban las cosas que importaban, lo aceptaron con la misma parsimonia.

Agamenón, cuando se enteró de lo ocurrido, calculó lo que el gesto producía en la dinámica del campamento y llegó a la conclusión de que era manejable porque era demasiado tarde para no ser manejable. Lo que no calculó, o calculó mal, era el efecto que esa noche tuvo en Aquiles de maneras que no eran visibles en la superficie de la dinámica del campamento.

La noche con Príamo había hecho algo que la victoria sobre Héctor no había podido hacer: había devuelto a Aquiles la capacidad de ver a los demás como lo que eran en lugar de como los instrumentos o los obstáculos que la reducción del dolor había hecho de todos ellos. No completamente. El proceso de recuperar esa capacidad iba a llevar más tiempo del que quedaba. Pero el inicio de ese proceso, el primer momento donde la reducción se invirtió aunque fuera parcialmente, había ocurrido en esa tienda en la medianoche, cuando un anciano que no tenía nada que lo obligara a sobrevivir excepto el amor de un padre había cruzado el campamento más peligroso del mundo para pedir lo único que podía pedir.

Briseida, en el campamento de Agamenón, supo lo que había ocurrido al día siguiente, cuando las noticias que circulaban en los campamentos con la velocidad específica de las noticias que nadie puede contener completamente llegaron hasta donde ella estaba. Lo que supo no fue solo lo que había ocurrido sino algo que solo ella podría haber sabido con esa precisión: que lo que había ocurrido era posible porque algo en Aquiles había sobrevivido a lo que el dolor había intentado destruir.

No la alegró exactamente. La dejó con un tipo de paz que era diferente de la alegría pero que en ese momento era más valiosa: la confirmación de que lo que ella había visto en ese hombre durante los meses que habían compartido era real y no únicamente lo que había querido ver.

Era suficiente.

Por ahora, era suficiente.

Los doce días de tregua pasaron con la calma solemne de los períodos que el mundo destina al duelo y que el mundo, cuando tiene suficiente humanidad todavía, respeta. En Troya, las honras fúnebres de Héctor se realizaron con todo lo que la ciudad podía poner en ellas, que era considerable porque Troya sabía que lo que estaba honrando era a la persona que más la había sostenido durante los años más difíciles de su historia. El fuego, los cantos, los rituales que el mundo micénico usaba para despedir a sus muertos con el reconocimiento de que habían sido algo que merecía ser despedido así.

Andrómaca estuvo en todas las ceremonias con la compostura que había elegido mantener y que mantuvo con el costo que ese tipo de compostura tiene cuando lo que uno sostiene es todo lo que queda después de que lo más importante ha desaparecido.

Astianacte preguntó por qué lloraba todo el mundo.

No hubo una respuesta que fuera completamente verdadera y que al mismo tiempo fuera apropiada para un niño de cuatro años. Andrómaca le dijo que estaban despidiendo a alguien que había sido muy importante para todos. Astianacte preguntó si papá iba a volver.

Andrómaca no respondió a eso.

Que el silencio fuera la única respuesta honesta disponible era parte de lo que la guerra había producido y que ningún bardo cantarían nunca con suficiente precisión.

Cuando los doce días terminaron, la guerra retomó su forma. Las guardias volvieron a sus posiciones. Los combates pequeños que llenaban los días en que no había operaciones mayores se reanudaron con la rutina de los procesos que no necesitan instrucción para continuar porque han alcanzado la masa suficiente para sostenerse solos.

Y en la tienda de los mirmidones, Aquiles se sentó con la quietud de quien está tratando de encontrar algo que sabe que está ahí pero que todavía no puede ver completamente.

Lo que buscaba era esto: la razón para que la guerra que continuaba tuviera algún sentido en los términos en que el mundo que existía antes de la muerte de Patroclo lo habría tenido. Y la honestidad que la noche con Príamo había restaurado parcialmente le decía que esa razón no estaba disponible en los términos que buscaba.

Lo que sí estaba disponible era algo diferente: la posibilidad de hacer lo que quedaba de hacer de la única manera que todavía podía hacerse sin traicionar completamente lo que Patroclo y Briseida le habían enseñado sobre la diferencia entre lo que uno hace y lo que uno es cuando lo hace.

Era poco. Era también lo que había.

Y lo que había, en el mundo en que vivía, tenía que ser suficiente.

Lo que el encuentro con Príamo había devuelto a Aquiles no era la paz. La paz requería algo que la situación no podía proporcionar: la resolución de las cosas que estaban sin resolver y la ausencia de las cosas que habían ocurrido. Ninguna de las dos condiciones era alcanzable.

Lo que había devuelto era más modesto y más real: la capacidad de estar en el presente con algo parecido a la atención que el presente merecía, en lugar de estar en el presente como un fantasma de lo que uno había sido antes de que lo que había ocurrido ocurriera. Era la diferencia entre funcionar y funcionar completamente, y era una diferencia que los mirmidones notaron con la sutileza de quienes han aprendido a distinguir esas cosas porque su propia supervivencia ha dependido a veces de esa distinción.

En los días que siguieron a los doce de tregua, Aquiles retomó las reuniones de comandantes con una presencia diferente a la que había tenido en las semanas inmediatamente después de la muerte de Héctor. Todavía sin la plenitud anterior, pero con suficiente de ella para que la diferencia fuera visible. Odiseo lo notó primero, porque era el que siempre notaba este tipo de cosas primero y porque tenía razones adicionales para notarlo: la efectividad táctica de la expedición dependía en parte de lo que Aquiles pudiera contribuir, y lo que pudiera contribuir dependía de en qué estado estuviera.

—¿Cómo estás? —le preguntó Odiseo, con la franqueza que usaba cuando había decidido que los rodeos eran menos eficientes que la pregunta directa.

—Mejor —dijo Aquiles.

—¿La visita de Príamo?

—Sí.

—¿Cómo fue posible que te afectara de esa manera?

Aquiles lo miró durante un momento.

—Porque me mostró lo que yo era sin lo que Patroclo era para mí —dijo—. Y lo que era sin eso no era algo que pudiera sostener indefinidamente.

Odiseo procesó eso con la atención que dedicaba a las respuestas que decían más de lo que parecían decir.

—¿Y ahora?

—Ahora sé lo que soy sin eso —dijo Aquiles—. Eso no lo hace más fácil. Pero al menos sé dónde estoy parado.

—Saber dónde uno está parado es suficiente para seguir —dijo Odiseo.

—Sí —dijo Aquiles—. Es lo único que necesita ser suficiente.

Era una conversación que habría sido imposible tres semanas antes. Era también una conversación que habría sido imposible antes de la guerra, cuando Aquiles era el joven rey de Ptía que llevaba a sus mirmidones a Áulide con la certeza de quien todavía no sabe exactamente lo que no sabe. Lo que la guerra había producido en él, en el sentido que importaba, era eso: el conocimiento de lo que no sabía. El conocimiento de los límites que la gloria no mencionaba y que la experiencia de perder lo que más importaba revelaba con una claridad que ninguna otra forma de conocimiento podía producir.

Era un conocimiento costoso. Era también el único tipo de conocimiento que dura.

Afuera, el mundo que rodeaba a Troya y al campamento aqueo continuaba siendo el mundo que era: más complejo y más frágil de lo que ninguno de los que estaban dentro podía ver completamente, avanzando hacia el colapso que el narrador había señalado desde el principio con la paciencia de los procesos que no necesitan prisa porque el tiempo trabaja para ellos.

La guerra que quedaba por librar iba a librarse. Las consecuencias que quedaban por llegar iban a llegar.

Y Aquiles, que había llegado a ese campamento buscando la inmortalidad de los que hacen cosas extraordinarias y que ahora entendía que la inmortalidad no era lo que pensaba cuando la buscaba, iba a hacer lo que quedaba de hacer con lo que le quedaba de lo que había sido.

Era lo que había.

Por ahora, era suficiente.

Y el por ahora, que es el único tiempo en que la acción humana produce consecuencias reales, era exactamente lo que tenía.

CAPÍTULO 15

La flecha y la leyenda

Troya — El fin y el principio

Hay un momento en cada guerra que los historiadores describen como el punto de no retorno: ese instante donde el equilibrio se ha inclinado de manera tan definitiva que lo que queda de la guerra es únicamente el tiempo necesario para que el resultado se manifieste completamente. En

los grandes conflictos ese momento raramente coincide con una batalla decisiva o con la muerte de un solo hombre. Suele ser más difuso, más distribuido en el tiempo, compuesto de una acumulación de pequeños cambios que solo son reconocibles como punto de no retorno cuando se los mira desde atrás.

En la guerra de Troya, ese punto había llegado con la muerte de Héctor. No porque ningún guerrero troyano fuera capaz de combatir después de él. Había guerreros capaces en la ciudad y en las alianzas que todavía sostenían la causa troyana. Sino porque la estructura que Héctor había construido y mantenido durante años dependía de su presencia para ser lo que era, y esa dependencia, que durante su vida había sido una fortaleza porque era la fortaleza de un hombre excepcional, se convirtió en fragilidad el día que ese hombre dejó de estar.

Las alianzas que sostenían a Troya continuaron su proceso de disolución con la lentitud característica de los procesos que dependen de que cada actor individual tome sus propias decisiones sobre sus propios intereses. No fue una desbandada, porque las ciudades que habían comprometido recursos en la causa troyana tenían sus propios compromisos que gestionar y sus propias consecuencias que calcular. Fue algo más gradual y más definitivo: la reducción progresiva de lo disponible para defender lo que quedaba de defender.

Aquiles lo observaba desde el campamento con la atención recobrada del que ha aprendido a ver las situaciones en sus términos reales después de un período donde el dolor había reducido esa capacidad. Lo que veía era lo que cualquier analista competente habría visto en esa situación: que la guerra estaba en su fase final no porque hubiera un evento dramático que lo señalara sino porque la suma de lo que había ocurrido hacía que el resultado fuera visible para cualquiera dispuesto a verlo.

Lo que no podía ver desde el campamento era lo que ocurría dentro de las murallas: Príamo gestionando lo que quedaba con los recursos que le quedaban, que eran la experiencia de décadas y la autoridad que esa experiencia producía pero que ya no eran suficientes para compensar lo que la guerra había reducido en todos los otros aspectos. Andrómaca tomando las decisiones que le correspondían tomar en la administración del palacio con la eficiencia que le era propia, construyendo la nueva estructura de lo que tenía que ser sin Héctor de la misma manera que había construido una nueva vida cuando llegó a Troya sin su familia. No por elección. Porque era lo que había.

Y en las calles de Troya, la vida ordinaria que las ciudades sitiadas mantienen porque la vida ordinaria es más resistente que cualquier guerra y porque las personas que la viven necesitan mantenerla para sostener la razón de defender lo que la guerra les pide que defiendan: los mercados con lo que los mercados tenían, más escaso que antes pero presente. Los niños que crecían sin conocer el mundo antes del asedio porque ese mundo no era el que habían heredado. Los artesanos que continuaban produciendo

lo que producían porque producirlo era lo que sabían hacer y porque el saber hacer algo es una de las cosas que la guerra tarda más en destruir.

Era una vida reducida. No era una vida que hubiera desaparecido todavía.

Los aliados que todavía llegaban a reforzar la causa troyana en esas semanas venían con la determinación específica de quienes han decidido que sus compromisos tienen que honrarse independientemente de lo que el cálculo del momento sugiera. Penthesilea al frente de sus guerreras llegó con esa determinación y con la competencia que su reputación prometía y que su actuación en los primeros días después de su llegada confirmó para cualquiera que hubiera podido dudar de ella. Memnón desde Etiopía con sus hombres llegó con la misma clase de determinación.

El narrador omnisciente los menciona porque merecen ser mencionados: personas que eligieron estar en el lugar más peligroso del mundo en el momento en que ese lugar era más peligroso, no porque les costara menos que a otros sino porque les costaba lo mismo y eligieron de todas formas. Esas personas existen en todas las guerras y raramente reciben el espacio en los relatos que les corresponde porque los relatos tienen una tendencia a concentrarse en los que determinaron el resultado y a olvidar a los que determinaron el carácter de cómo se llegó a él.

Aquiles se enfrentó a ellos con la seriedad que merecían. No con la crueldad de quien ha dejado de reconocer la humanidad del adversario, que es lo que el dolor sin moderación puede producir y que la noche con Príamo había detenido parcialmente. Con la seriedad del guerrero que reconoce que lo que tiene delante merece su atención completa.

Fue en el contexto de uno de esos combates, en las semanas que siguieron a la llegada de los últimos aliados troyanos, cuando llegó lo que tenía que llegar.

No llegó como los bardos lo describirían después: no hubo un duelo formal, no hubo la preparación dramática del combate que define una guerra. Llegó con la indiferencia con que llegan la mayoría de las muertes en combate: sin el anuncio previo que haría que el momento fuera asimilable antes de que ocurriera, sin la calidad de los cierres narrativos que satisfacen la necesidad humana de que las historias importantes terminen de maneras que correspondan a su importancia.

Una flecha. El punto que Tetis había tratado de reforzar toda su vida y que, como todos los puntos que se refuerzan sin posibilidad de reforzarlos completamente, seguía siendo el punto donde la protección era menor que en el resto. El momento en que la concentración del combate dejó un ángulo sin cubrir. La exactitud de un arquero que supo aprovechar ese ángulo en el instante preciso en que estuvo disponible.

Aquiles cayó.

No con la épica que los poemas añadirían después, con los discursos finales y las revelaciones últimas y el tiempo narrativo que no corresponde a la

velocidad con que ocurren las muertes reales. Cayó con la rapidez y la concreción de las muertes en combate: el cuerpo que cesa de funcionar antes de que la mente pueda procesar completamente lo que ha ocurrido, el suelo que se acerca, el sonido del campo que continúa siendo el sonido del campo.

Los mirmidones lo vieron caer.

Lo que ocurrió en los momentos inmediatamente después es lo que ocurre cuando los hombres que han organizado su existencia alrededor de una persona de repente no la tienen: el vacío que esa ausencia produce es diferente de cualquier otro vacío que hayan experimentado porque no habían elaborado un mundo sin esa persona porque no habían necesitado hacerlo nunca.

El campo de batalla se detuvo, por un instante tan breve que podría no haber ocurrido excepto que ocurrió, con esa pausa que producen las muertes de las personas que han definido la naturaleza de un conflicto durante suficiente tiempo como para que el conflicto mismo las reconozca como parte de su estructura.

Luego continuó. Los campos de batalla siempre continúan. Es la diferencia más importante entre los campos de batalla y las personas que los habitan: los campos de batalla no recuerdan lo que ocurre en ellos. Las personas sí.

En Troya, desde las murallas, vieron caer a la figura que habían aprendido a temer durante años. Lo que sintieron los que lo vieron era la mezcla que ese tipo de noticias produce en quienes las han esperado sin poder desearlas sin reservas: el alivio de que la amenaza más inmediata había desaparecido, y al mismo tiempo el reconocimiento de que lo que había desaparecido era algo que merecía reconocimiento aunque fuera el reconocimiento del adversario.

Príamo supo la noticia antes de que llegaran los mensajeros, con esa capacidad que desarrollan los gobernantes que han prestado suficiente atención al mundo durante suficiente tiempo de leer lo que el mundo dice antes de que el mundo lo diga con palabras. Salió a la terraza desde la que había observado años de combate y miró el campo con la atención del que está verificando algo que ya sabe pero que necesita verificar.

El campo decía lo que el campo siempre decía. Pero algo en la manera en que lo decía era diferente.

Príamo pensó en la noche que había pasado en la tienda del hombre que ahora había caído. Pensó en lo que ese hombre le había dicho sobre la diferencia entre ganar una guerra y ser el tipo de persona que uno quería ser, y en cómo esa frase, pronunciada por alguien que había matado a su hijo, había sido la cosa más honesta que alguien le había dicho en meses.

No lo lloró. No era su duelo de llorar. Pero tampoco celebró, porque había aprendido en ochenta años de vida que las cosas que merecen respeto merecen respeto independientemente de en qué lado estuvieran.

Lo que hizo fue quedarse en la terraza un tiempo largo, mirando el campo donde todo lo que había definido los últimos años de su vida continuaba su proceso hacia el resultado que ya no podía evitarse, y pensar en lo que quedaba por hacer y en cómo hacerlo con la dignidad que la situación exigía.

Había cosas que podían hacerse todavía. Mientras pudieran hacerse, valía la pena intentarlas.

Mientras tanto, en el campamento aqueo, la muerte de Aquiles produjo lo que producen las muertes de las personas que han sido el eje de algo durante suficiente tiempo: la reorganización de todo alrededor de su ausencia. Agamenón pronunció los discursos que el protocolo requería. Los comandantes tomaron las posiciones que la nueva distribución de fuerzas hacía necesario tomar. Los mirmidones eligieron su posición con la lealtad que habían manifestado durante años: permanecieron en el campamento porque la misión que los había traído no había terminado aunque el hombre que los había traído ya no estuviera.

Lo que ocurrió con Briseida, la persona que había conocido a Aquiles de la manera en que lo conocía, era lo que siempre ocurre en las guerras con las personas que no tienen el tipo de posición que los sistemas de poder registran: quedó en el espacio que el sistema le asignaba, que era el espacio que el sistema siempre le había asignado, y desde ese espacio procesó la noticia con el silencio que era la única respuesta disponible cuando las respuestas que uno querría dar no tienen lugar en el mundo en que vive.

Pensó en la primera conversación real que habían tenido. En la pregunta que ella le había hecho: qué quería que ocurriera cuando esto terminara. En la respuesta que él había dado: que no lo sabía todavía. En la respuesta que había dado en la segunda conversación sobre esa misma pregunta, meses después, cuando había empezado a saber aunque todavía no pudiera articularlo completamente.

No supo nunca qué habría respondido finalmente si hubiera tenido tiempo de articularlo completamente.

Eso también era parte del precio de la guerra: no las respuestas que se daban sino las que no se llegaban a dar porque el tiempo que las habría producido no estaba disponible.

Lo que sí estaba disponible era lo que Briseida siempre tenía disponible: el presente con sus condiciones reales y la capacidad de existir dentro de él con la honestidad que era su modo de estar en el mundo. Eso no la consolaba. No era su función consolarla. Era simplemente lo que era, y lo que era tenía que ser suficiente porque era lo que había.

Los bardos comenzaron a componer.

No inmediatamente, porque los bardos necesitan tiempo para convertir los hechos en canciones y las canciones necesitan tiempo para encontrar la

forma que las haga cantables durante generaciones. Pero el proceso comenzó pronto, mientras los que habían estado dentro del tiempo que los bardos intentaban capturar todavía podían corregir lo que se estaba perdiendo en la conversión.

No lo corrigieron. No porque no lo pudieran sino porque el mundo que la conversión producía era necesario de maneras que el mundo real no podía satisfacer: necesitaba héroes con motivaciones claras, necesitaba amores que fueran la causa de grandes cosas, necesitaba muertes que ocurrieran en el momento narrativamente correcto, necesitaba un Aquiles que fuera inmortal en el único sentido en que la mortalidad permite la inmortalidad, que es el sentido de la memoria.

El Aquiles que los bardos construyeron era real en ese sentido: era lo que las generaciones que venían después necesitaban que hubiera sido, destilado de lo que realmente había sido, con todo lo que hacía al personaje humano y por tanto comprensible y por tanto no eterno eliminado en favor de lo que hacía al héroe irrepetible y por tanto eterno.

Era una pérdida y era también una ganancia. La pérdida era la persona real, con sus dudas y sus amores y sus aprendizajes y sus errores y la noche con Príamo y las conversaciones junto al fuego en Ptía. La ganancia era algo que Aquiles mismo, si hubiera podido elegir, habría encontrado difícil de valorar: la permanencia de un nombre que los siglos no podrían borrar.

No habría elegido eso a cambio de lo que perdió. Pero la elección no estaba disponible.

Lo que estaba disponible era lo que siempre había estado disponible: el presente con lo que el presente contenía. Y el presente, cuando la flecha cayó, había contenido exactamente lo que había contenido. No más. No menos.

Y era suficiente para lo que había sido.

Aunque no fuera suficiente para lo que todavía podría haber sido si el tiempo hubiera estado disponible.

Esa diferencia, entre lo que fue y lo que podría haber sido, es la diferencia que define a las personas que mueren antes de que lo que tenían que aprender haya terminado de ser aprendido. Y Aquiles, que había aprendido más en diez años de guerra que la mayoría de los hombres aprenden en una vida, seguía siendo uno de esos: alguien que murió antes de que el aprendizaje terminara.

Eso también era parte de lo que los bardos no cantarían con suficiente precisión.

Pero ya era parte de lo que este narrador ha intentado decir.

Lo que el narrador omnisciente puede añadir, desde la posición que ninguno de los que estaban dentro podía ocupar, es esto:

Aquiles no murió en el momento más heroico de su historia. Murió en el período donde lo que había sido antes de la muerte de Patroclo estaba

comenzando a reconstruirse de maneras que habrían producido algo diferente y posiblemente más completo que lo que había habido antes. La noche con Príamo había marcado el inicio de un proceso que necesitaba tiempo para completarse, y el tiempo fue exactamente lo que no estuvo disponible.

Eso no hace su muerte más trágica en el sentido de que el dolor sea mayor. Hace su muerte más específicamente dolorosa en el sentido de que lo que se perdió no era únicamente lo que había sido sino también lo que estaba comenzando a ser.

Los grandes historiadores de la Antigüedad, cuando finalmente encontraran las herramientas para examinar esta época, describirían el colapso de la Edad del Bronce como el fin de un sistema. Lo que el narrador ha intentado mostrar en estas páginas es que los sistemas están compuestos de personas, y que cuando los sistemas colapsan lo que colapsa son también las vidas de esas personas con todo lo que esas vidas contenían: no únicamente los palacios y las rutas comerciales y los tratados diplomáticos, sino las conversaciones junto al fuego, las personas que uno ama y que lo ven completamente, las preguntas que todavía no se han terminado de responder.

Aquiles fue una de esas personas. Héctor fue otra. Patroclo fue otra. Briseida fue otra. Andrómaca fue otra. Príamo fue otra.

Todos ellos vivieron en el centro de un mundo que estaba terminándose sin que ninguno pudiera verlo completamente, y todos ellos construyeron, dentro de ese mundo y a pesar de él, cosas que merecían existir más tiempo del que el mundo les dio.

Eso no es una tragedia en el sentido de que sea algo que podría haber evitarse con mejores decisiones individuales. Es simplemente lo que es: el hecho de que las personas reales viven dentro de fuerzas que las superan y que aun así consiguen construir cosas que merecen construirse, y que esas cosas, aunque el tiempo las limite, son reales mientras existen y siguen siendo reales en el sentido de haber existido incluso cuando ya no existen.

El mundo que todos ellos habitaron terminó.

Los poemas que narraron una versión de sus historias sobrevivieron.

Y en algún punto entre esos dos hechos, en el espacio donde lo que realmente ocurrió y lo que los poemas dijeron que ocurrió no coinciden completamente, está lo que esta novela ha intentado recuperar: no la leyenda sino la persona. No el héroe sino el hombre.

El hombre que nació en las tierras frías de Tesalia.

Que corrió más rápido que todos los que corrieron a su lado.

Que amó a un amigo con una intensidad que hizo imposible sobrevivir a su pérdida.

Que conoció en medio de una guerra a una mujer que le mostró el mundo desde el lado que él estaba destruyendo.

Que pasó una noche con el padre de su enemigo y encontró en esa noche algo que la victoria no había podido darle.

Que murió joven, como mueren los que viven demasiado deprisa, sin haber terminado de aprender todo lo que el mundo todavía tenía para enseñarle.

Su nombre era Aquiles.

Ésta era su historia.

No la que cantaron los poetas.

La otra.

EPÍLOGO

Lo que los poetas no cantaron

El Mediterráneo, generaciones después

Troya cayó.

No de la manera que los poemas preferirían describir: no en un instante de derrumbe espectacular donde las llamas consumían de golpe lo que los siglos habían construido. Cayó como caen las cosas que han resistido durante mucho tiempo y que al final ceden no ante un solo golpe sino ante la acumulación de todo lo que han tenido que resistir: gradualmente, sector por sector, muralla por muralla, con los intervalos de resistencia que producen las ciudades que todavía tienen personas dentro que creen que vale la pena resistir.

Cuando las murallas cayeron por fin, lo que encontraron dentro los hombres que habían cruzado el mar para llegar ahí no era exactamente lo que habían imaginado cuando zarparon de Áulide. Las riquezas estaban, en la medida en que permanecían después de diez años de asedio que habían reducido considerablemente lo que la ciudad próspera de antes del conflicto hubiera podido ofrecer. Los almacenes que en sus años de mayor esplendor habían contenido mercancías llegadas de centenares de lugares distintos contenían ahora lo que quedaba después de una ciudad que había subsistido durante una década con lo que podía conseguir en circunstancias de asedio. Era suficiente para que los vencedores consideraran que la expedición había valido la pena. No era lo que la retórica previa a la guerra había prometido.

Eso también era algo que las guerras producen con regularidad: la diferencia entre lo que se promete antes y lo que se encuentra después.

Los vencedores regresaron a sus hogares.

Lo que encontraron en ellos era diferente de lo que habían dejado, porque diez años cambian los hogares de maneras que ninguno de los que se fue puede anticipar completamente desde afuera. Los hijos que eran niños cuando partieron eran ahora jóvenes que habían aprendido a vivir sin el padre que se había ido a la guerra. Las mujeres que habían administrado los hogares durante una década habían desarrollado la capacidad y la

autoridad que ese tipo de administración produce y que no se deshace simplemente porque el hombre que se fue regrese. Los reinos que habían funcionado durante diez años sin sus reyes habían desarrollado sus propias dinámicas que los reyes que regresaban encontraban más difíciles de gestionar de lo que habían anticipado.

Agamenón regresó a Micenas. Lo que encontró ahí es lo que encontró, y los bardos cantarían sobre ello con la misma intensidad con que habían cantado sobre la guerra porque era del mismo material: el poder, la traición, las consecuencias que se acumulan durante el tiempo en que uno está fuera y que están esperando cuando uno regresa. Micenas seguiría siendo lo que era durante algún tiempo más. Pero lo que le quedaba era diferente de lo que había tenido antes de la expedición, en maneras que el tiempo revelaría con la precisión que solo el tiempo puede aplicar a ese tipo de revelaciones.

Odiseo tardó diez años más en llegar a Ítaca. Eso también los bardos lo cantarían, con más elaboración poética que exactitud histórica, que era la proporción habitual en la que el mundo micénico tardío transmitía sus historias a las generaciones que vendrían. Lo que importaba de esa historia, más que la exactitud de los detalles, era la verdad que contenía: que los caminos de regreso de las guerras largas son raramente directos, y que los que los recorren llegan a donde llegan siendo diferentes de quienes partieron, con la diferencia añadida de que también el lugar al que regresan ha cambiado durante el tiempo que estuvieron fuera.

Los mirmidones regresaron a Ptía. Sin Aquiles, que era el único señor que habían tenido y que los había construido en lo que eran, tuvieron que encontrar su lugar en un mundo que ya no era el mundo de antes de la guerra. Lo consiguieron porque la competencia que Aquiles les había dado era suya y no dependía de su presencia para funcionar, aunque dependiera de su presencia para tener la dirección que les había dado durante años. Los hombres que sobrevivieron la guerra y regresaron a Tesalia llevaban con ellos la formación que los hacía distintos de cualquier otro contingente militar de la región, y esa distinción les daría un lugar en el mundo que siguió aunque ese mundo fuera diferente del que habían dejado.

Briseida. Los relatos que sobrevivieron no la siguieron después de los últimos días del asedio, que es el patrón habitual de los relatos que se organizan alrededor de los actores principales y que pierden de vista a los actores secundarios cuando esos actores principales han dejado de estar presentes para atraer la atención de quien narra. Lo que el narrador omnisciente puede decir, con la honestidad que la situación requiere, es que Briseida sobrevivió. Que la supervivencia en las circunstancias que la guerra creaba para las personas en su situación requería exactamente el tipo de inteligencia práctica y de capacidad de adaptación que la habían caracterizado desde el principio. Y que lo que llevaba consigo, el conocimiento de lo que Aquiles había sido en realidad y de lo que habían construido en los meses que tuvieron, era algo que ningún relato oficial

capturaría nunca con suficiente precisión pero que era tan real como cualquier otra cosa que la guerra había producido.

Algunas historias se pierden porque nadie con el poder de preservarlas las considera suficientemente importantes para preservarlas. Eso no hace que esas historias sean menos reales. Solo las hace más difíciles de recuperar.

Andrómaca sobrevivió también. Llevaba demasiado peso de demasiadas pérdidas para que una más, aunque fuera la pérdida de la ciudad que la había sostenido después de las pérdidas anteriores, pudiera destruirla. Los griegos posteriores, en las historias que compusieron sobre el período que siguió a la caída de Troya, la situarían en distintos lugares y le asignarían distintos destinos con la libertad que los narradores toman cuando los hechos son inciertos y la historia necesita de todas formas ser contada. Lo que todas esas versiones tenían en común era que seguía existiendo, que Astianacte no sobrevivió, que ese peso se sumó a los anteriores, y que Andrómaca siguió siendo quien era porque eso era lo que hacía con los pesos: los sostenía y continuaba.

Era el tipo de fortaleza que los bardos raramente cantaban porque no tenía la forma espectacular de los combates ni la grandiosidad de las hazañas. Era simplemente la resistencia sostenida de alguien que ha decidido que mientras sea posible existir hay razón para hacerlo.

Príamo no sobrevivió a la caída de Troya. Murió de la manera que los ancianos mueren en las guerras que destruyen lo que han construido: al final, cuando lo que los sostenía ya no estaba. Lo que los bardos añadirían a esa muerte eran los detalles que la hacían corresponder a la magnitud de lo que representaba, pero el hecho básico era el hecho básico: el hombre que había gobernado la ciudad más importante del Mediterráneo oriental durante décadas no sobrevivió a su destrucción, lo cual tiene la lógica específica de las historias donde el gobernante y la ciudad son tan inseparables que la una no puede existir sin el otro.

El mundo micénico comenzó a vaciarse.

No de golpe. Con la gradualidad que el narrador ha señalado desde el principio: los palacios que dejaban de funcionar uno a uno, los sistemas de escritura que se perdían porque ya no había las instituciones que los necesitaban, las rutas comerciales que se interrumpían porque las ciudades que las sostenían ya no estaban en condiciones de sostenerlas. Grecia entró en lo que los historiadores modernos llamarían la Edad Oscura, que en términos prácticos significaba siglos de menor complejidad, menor riqueza y menor conectividad que los que habían precedido.

Era el colapso que el narrador había señalado en el Prólogo como el contexto en que toda esta historia había ocurrido. La guerra de Troya no había sido su causa: había sido uno de sus síntomas, el resultado de las presiones que el sistema había acumulado y que inevitablemente debían manifestarse en algún punto. Pero la guerra había contribuido a acelerar ese colapso de maneras que los que la iniciaron no habían anticipado

porque los que inician las guerras raramente pueden ver las consecuencias sistémicas de lo que inician hasta que ya es demasiado tarde para que esa visión cambie lo que iniciaron.

Lo que sobrevivió al colapso fue lo que siempre sobrevive a los colapsos: las historias.

Las historias son más resistentes que los palacios porque no necesitan piedra ni arcilla para existir. Solo necesitan que alguien las recuerde y alguien a quien contárselas, y los seres humanos han demostrado durante toda su historia que esas dos condiciones son suficientemente resistentes como para sobrevivir a casi cualquier cosa.

Las historias de la guerra de Troya sobrevivieron. Las cantaron los bardos de la generación que siguió, en los palacios que todavía existían durante los primeros años del colapso. Las cantaron los bardos de la generación siguiente, en los espacios más modestos que habían reemplazado a esos palacios. Las fueron transmitiendo de voz en voz, de generación en generación, con las modificaciones que cada época hacía para que las historias siguieran siendo comprensibles y útiles en el mundo en que vivían quienes las escuchaban.

Y en algún momento de ese proceso de transmisión, alguien las escribió.

Lo que quedó escrito era ya significativamente diferente de lo que había ocurrido. No por mala voluntad de nadie. Por la razón que el narrador ha señalado a lo largo de toda esta historia: que los relatos transforman la realidad en algo que las personas pueden usar para entender su mundo, y que ese proceso de transformación inevitablemente cambia la realidad de maneras que hacen la historia más útil y menos exacta.

El Aquiles de los poemas era útil. Era inmortal, invulnerable excepto en un punto, hijo de una diosa, el guerrero más grande de su generación, movido por la gloria que sobrevive a la muerte. Era exactamente lo que las generaciones que vendrían necesitaban que hubiera sido: alguien cuya grandeza fuera suficientemente extraordinaria como para justificar la escala de lo que habían hecho, alguien cuya mortalidad fuera suficientemente específica y trágica como para hacer comprensible la pérdida.

No era exactamente el hombre que había vivido en Ptía y en el campamento aqueo y en la tienda donde pasó una noche con un anciano que había cruzado el campamento más peligroso del mundo por amor a su hijo.

Ese hombre era más complicado. Más contradictorio. Más humano en el sentido de que la humanidad no se compone únicamente de las partes que merecen ser cantadas sino de la totalidad de lo que una persona es, incluyendo las partes que los poemas no saben qué hacer con ellas porque no tienen la forma correcta para la épica.

Ese hombre es el que estas páginas han intentado recuperar.

No para destruir al héroe que los poemas construyeron, porque ese héroe cumple funciones que la realidad no puede cumplir y que son tan reales en su manera como lo que el narrador ha descrito en la suya. Sino para añadir a ese héroe lo que la épica le quitó: la carne, la duda, el amor que encontró en el medio de la guerra y que la guerra le quitó, la noche con el anciano que le devolvió algo que el dolor había destruido, los años de aprendizaje que todavía no habían terminado cuando la flecha llegó.

Porque los hombres reales son siempre más interesantes que los héroes que los sustituyen en la memoria colectiva, aunque sean menos útiles para las funciones que la memoria colectiva necesita que sus héroes cumplan.

Hay un tipo de luz que solo aparece al atardecer, cuando el sol está suficientemente bajo en el horizonte como para que sus rayos atraviesen más atmósfera y se carguen de los colores que en otras horas no tienen espacio para manifestarse. Es una luz que no dura: los que la ven saben que en pocos minutos habrá cambiado. Pero mientras dura, ilumina las cosas de una manera que ninguna otra luz puede producir, con esa calidad que hace que todo parezca más definido y más transitorio al mismo tiempo.

Aquiles fue esa luz.

No por la razón que los bardos darían: no porque fuera semidivino ni porque hubiera nacido para la gloria ni porque el destino lo hubiera señalado desde el principio para ser inmortal en los poemas. Sino porque vivió con la intensidad de quien sabe, aunque no lo sepa con palabras, que el tiempo es el recurso más escaso disponible y que gastarlo en algo que no valga la pena es el único desperdicio real que existe.

Lo gastó en cosas que valían la pena. No todas. Nadie lo hace todo bien. Pero suficientes: los años de amistad con Patroclo que construyeron a los dos en lo que fueron, los meses con Briseida que le mostraron el mundo desde el lado que él estaba destruyendo, la noche con Príamo que le devolvió la capacidad de ver lo que había empezado a no poder ver.

Y lo que quedó de todo eso, cuando la flecha llegó antes de que el aprendizaje terminara, fue lo que siempre queda de las personas que han existido de verdad: la forma que su existencia dejó en las personas que estuvieron cerca de ellos, y a través de esas personas, en el mundo que siguió siendo el mundo aunque ellos ya no estuvieran en él.

Patroclo había existido completamente. Eso también fue real, independientemente de cómo terminó. Briseida había visto algo en ese campamento que valió la pena ver, independientemente de lo que la guerra hizo con lo que vio. Príamo había encontrado en una noche en la tienda del hombre que mató a su hijo algo que el protocolo de la guerra nunca habría podido darle. Los mirmidones habían sido algo más de lo que habrían sido sin el hombre que los construyó en lo que fueron.

Todo eso ocurrió. El hecho de que ocurriera antes de que el mundo que lo permitió terminara no lo hace menos real. Lo hace, si acaso, más precioso en el sentido de que las cosas que existen en circunstancias que no las

favorecen contienen un tipo de valor que las cosas que existen en circunstancias favorables no necesitan desarrollar.

El Mediterráneo siguió siendo el Mediterráneo. Los estrechos que Troya había controlado durante siglos siguieron siendo los estrechos que conectaban los mares. Nuevas ciudades se construirían sobre las ruinas de la séptima Troya, porque la posición que hacía a ese lugar valioso no desapareció con las murallas que lo habían protegido. La geografía es más resistente que las civilizaciones que la aprovechan.

Lo que desapareció fue el mundo que había hecho posible que una ciudad en esa posición alcanzara la grandeza que Troya alcanzó. El sistema de rutas comerciales, de tratados diplomáticos, de interdependencias construidas durante generaciones que habían sostenido la prosperidad del Mediterráneo oriental. Ese sistema se fue deshaciendo con la paciencia con que se deshacen los sistemas que han llegado a sus límites, y lo que quedó después fue diferente de maneras que tardaron siglos en resolverse en algo que pudiera llamarse estabilidad de nuevo.

Los griegos que emergieron de esa Edad Oscura siglos después eran griegos diferentes de los que habían enviado barcos a Troya. Tenían a Troya en su memoria, transformada por generaciones de transmisión oral en lo que el narrador ha descrito: la guerra más famosa del mundo antiguo, el escenario de los héroes más grandes que la memoria griega preservaría. Tenían a Aquiles. Tenían a Héctor. Tenían a Odiseo y a Áyax y a todos los demás, en las versiones que cada época había necesitado para que la historia siguiera siendo comprensible y útil.

No tenían, porque no podían tenerlos, los detalles que hacen de esas personas seres humanos en lugar de figuras míticas: las dudas de Aquiles en las noches de Ptía, el silencio de Patroclo cuando era más útil que las palabras, la honestidad de Briseida al decir lo que pensaba en un mundo que no estaba construido para que las personas en su posición lo dijeran, la dignidad de Andrómaca sosteniendo lo que tenía que sostenerse cuando sostenerse era lo único disponible, la claridad de Héctor sobre lo que protegía y por qué.

Esos detalles se perdieron. No por negligencia de nadie en particular sino por la naturaleza de los procesos a través de los cuales las historias viajan en el tiempo: se van puliendo, se van simplificando, se van adaptando a las necesidades de cada momento que las transmite, hasta que lo que llega al final del viaje es algo que dice la verdad en el nivel más importante y que ha perdido la textura de lo cotidiano en el proceso.

Esta novela ha intentado ir en la dirección contraria: no desde la textura cotidiana hacia la verdad más grande, sino desde la verdad más grande hacia la textura cotidiana. No desde el héroe hacia el hombre, sino desde el hombre, que es el único punto de partida que permite llegar al héroe sin perder de vista que el héroe era también, y siempre, el hombre.

Su nombre era Aquiles.

Nació en las tierras frías de Tesalia, en el palacio modesto de un rey que lo amó sin entenderlo completamente.

Creció bajo la formación de una madre que supo desde el principio lo que vendría y que lo preparó lo mejor que pudo para algo que ninguna preparación podía hacer completamente suficiente.

Encontró en un joven exiliado llamado Patroclo al único ser humano que lo conocía del todo, y en ese conocimiento encontró algo que la gloria que buscaba nunca habría podido darle.

Aprendió en el medio de una guerra, de la boca de una mujer que había perdido su mundo antes de que él llegara a destruirlo, que el mundo tenía un lado que él no había visto todavía y que verlo cambiaba la manera en que todo lo demás se veía.

Pasó una noche con el padre del hombre que había matado y encontró en esa noche lo que la victoria no había podido darle.

Murió joven, como mueren los que viven demasiado deprisa, sin haber terminado de aprender todo lo que el mundo todavía tenía para enseñarle.

Y los poetas lo convirtieron en algo más grande de lo que era, porque los seres humanos necesitan que algunas personas sean más grandes de lo que eran, y porque la necesidad de que exista lo que no existe es también una forma de amor hacia lo que existió.

Pero lo que existió fue suficiente.

Lo que existió fue real.

Y lo real, aunque el tiempo lo transforme en leyenda y la leyenda lo transforme en mito y el mito lo transforme en algo que ya no tiene el peso específico de las personas que respiran y sienten y aprenden y mueren, sigue siendo real en el único sentido que importa:

Ocurrió.

Y lo que ocurre no puede no haber ocurrido.

Eso también es una forma de permanencia.

Eso también es suficiente.